

VIAJAR ES QUERER REGRESAR

Ramón Ortiz Aguirre



VIAJAR
ES QUERER
REGRESAR

VIAJAR ES QUERER REGRESAR

Ramón Ortiz Aguirre

Primera edición.

ISBN 978-607-535-343-2

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños o perjuicios, para quienes reproduzcan, distribuyan todo o en partes, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin el consentimiento por escrito del editor.

Impreso en San Luis Potosí, México.

Printed in México.

Diseño: Octavio Alonso López

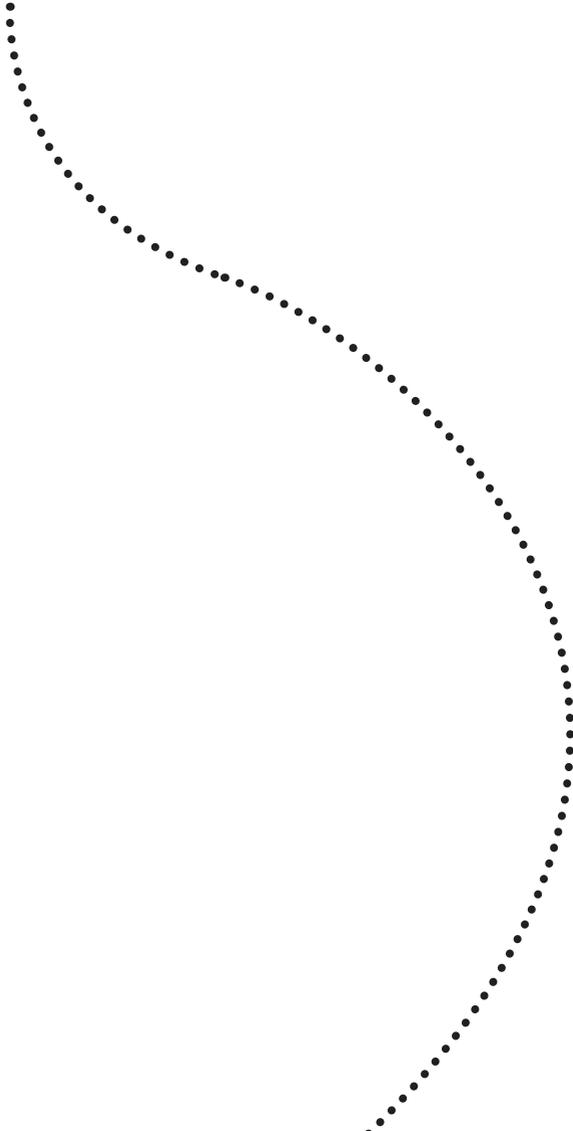




Ramón Ortiz Aguirre

Premio Arena 2021

Unión de Asociaciones del Personal Académico
Universidad Autónoma de San Luis Potosí



ÍNDICE

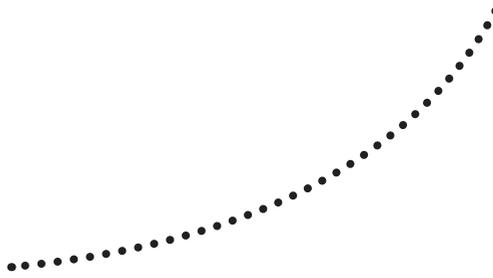
7	Presentación
13	Prefacio
17	De cómo empezó todo
21	Al otro lado del charco
25	Prefiero el lunar de tu cara a la pinacoteca nacional
28	Por las calles de Madrid
32	Un mexicano en el Santiago Bernabéu
36	El día que conocí a Dolores, Enrique y Felipe
41	El destino de los amores contrariados
45	Mare Nostrum
49	Vamos pastores vamos
53	Un regalo de los reyes magos
56	La vuelta de los moros
59	¡Gora Euskadi!
63	Un baño y al cine en Donostia
67	El sagrado corazón de Bilbao
71	Gracias mamá
75	Entre las Chivas de Guadalajara y el Athletic de Bilbao
79	Las ventanas de La Habana
83	Baseball Tonight
88	Tras las huellas del Che
92	El chupinazo
96	Voilà le tour
100	Ante Buffalo Bill Cody
104	Atrapando sueños
108	Pingüinos en el ombligo
112	De gorrón en una boda en Toledo
117	El día que encendí mi luz, en la Ciudad Luz
121	Tomemos los nuevos caminos de la vida
125	Los piratas del Caribe
129	¿El Misericordioso?

PRESENTACIÓN

Viajar es querer regresar del Ing. Ramón Ortiz Aguirre es la obra ganadora del Premio Arena 2021 de la Unión de Asociaciones del Personal Académico de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí y es para mi un honor invitar a la comunidad universitaria y lectores en general, a que disfruten a través de sus páginas cada una de sus historias, volviéndonos sus compañeros de viaje, donde cada palabra nos llevará de la mano por distintos lugares atrapándonos en su lectura desde la primera página.

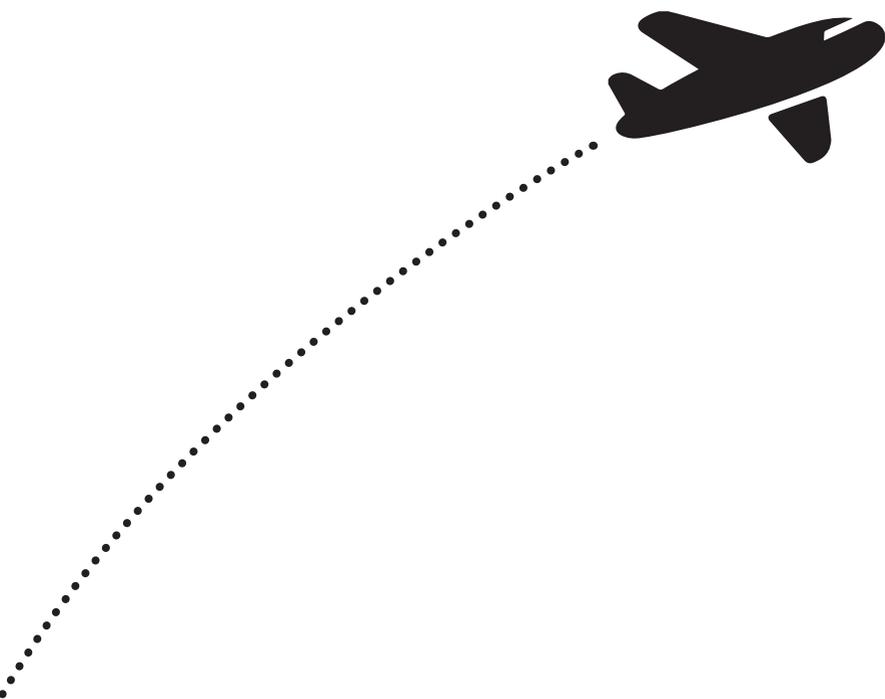
Estoy segura de que el autor logrará que en el lector se despierten las ganas de viajar y querer regresar, a esos lugares que en este libro se nos presentan.

Ing. Martha Lucía López Almaguer
Secretaria General de la UAPA



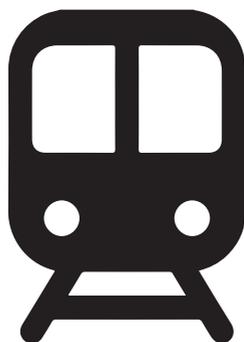


*A Charis
Joserra y Lalo
con todo mi amor*



*Ese niño que fui yo
Que se parece tanto a ti
El que quería ser mayor
Para escapar, para elegir.
Potro del sur, ebrio de luz
Aprendiz de jugador,
el mundo no era más
que un imposible rock and roll.*

-Joaquín Sabina



PREFACIO

A través de la lectura de este libro, recorrerás a mi lado distintos lugares, en diferentes momentos y variados espacios de mi vida. Se trata de un paseo lleno de nostalgia, esperanza y de deseo por vivir con alegría, pero sobre todo con muchas ganas de descubrir lo que existe más allá de mi casa, de mi ciudad y de mi país.

Esta es una recopilación de todo lo que fui escribiendo y grabando en una vieja grabadora de casetes, y que ahora, por medio de estas páginas, te transmito. En cada una de ellas he buscado regresar tras cada viaje a la casa materna y a la de la familia que he formado, y, como dijo Facundo Cabral, ver los perros que jamás me olvidaron y recibir los abrazos que me dan mis hermanos. Bueno, yo solo agregaría los que me dan mis hijos y mi esposa, quienes en muchas ocasiones han formado parte de mis travesías.

No todo lo que aquí encontrarás forma parte de mi maleta, ni cubre todos los sellos de mi pasaporte, pero te prometo que en entregas posteriores mostraré otros caminos y descubrimientos, mis vivencias junto a otras personas de diferentes continentes, culturas, religiones y pensamientos, lo cual me ha ayudado a comprender de una manera más completa a mis semejantes.

San Agustín de Hipona, dijo en una ocasión que el mundo es un libro y aquellos que no viajan solo leen una página, y a mí me ha dado por tratar de leer completo ese libro, pero bien sé que es un libro grande y misterioso, y que por más esfuerzo que ponga no podré terminarlo. Sin embargo, eso no me importa, lo que me es verdaderamente fundamental, es tratar de encontrar los misterios que el libro de la vida nos ofrece y aprender de cada página que vaya pasando.

Cuando era pequeño, en casa teníamos un globo terráqueo que me gustaba mirar y hacerlo girar sobre su eje metálico, luego pararlo con mi dedo índice y ver en dónde había

caído, para preguntar a mamá sobre aquel país; qué lengua hablaban, cuál religión tenían, de qué raza eran sus habitantes, y algo de su historia. No siempre encontraba respuesta en ese momento, pues mi madre tenía muchas cosas por hacer para entretenerse con un niño preguntón, pero al día siguiente me contaba lo que quería saber, hasta que un día descubrí que no es que mamá supiese todo, pero sí que por las noches tenía la paciencia de consultar la Enciclopedia Británica o la Salvat, para aclarar mis dudas.

Con la práctica de la filatelia, mis deseos por recorrer el mundo crecieron y aún hoy en día continúo con el gusto por coleccionar estampillas postales, las que guardo como un gran tesoro. En parte sigo siendo niño, a pesar de los años que ya son muchos y de los caminos recorridos.

Cuando uno viene de una familia de emigrantes puede comprender mejor la movilidad de los hombres que buscan mejores condiciones de vida y paliar el hambre o huir de las guerras, y que en ocasiones acaban inmersos en otras guerras, pero así es la vida y así debemos de entenderla. Por eso, cuando recorras los diferentes caminos y encuentres a alguien con la necesidad de recibir un apoyo no debes de negárselo, y eso lo aprende uno viajando y hablando con otros hombres de diferentes países y culturas.

Un día tomé mi mochila, un pequeño radio de transistores, unos zapatos cómodos y me despedí para iniciar un largo camino. La primera vez que viaje sólo, mi abuelo, que era un hombre callado pero de gran conocimiento me dijo: “es ahora cuando debes de seguir el precepto de san Agustín: Dios provee el viento, el hombre debe izar la vela. Ve a donde te lleve el viento y no te olvides de escribir y regresar que aquí te estere esperando”. Por eso, en estas cuantas páginas, te cuento aunque sea un poco de algunos lugares a donde me ha llevado el viento.



DE CÓMO EMPEZÓ TODO

*Viajar es marcharse de casa
es dejar los amigos
es intentar volar.
Volar conociendo otras ramas
recorriendo caminos
es intentar cambiar.
Viajar es vestirse de loco
es decir “no me importa”
es querer regresar.
Regresar valorando lo poco
saboreando una copa
es desear empezar.*

-Gabriel García Márquez

Lo difícil, lo verdaderamente difícil, es tomar la decisión y dar el primer paso, después ya le va agarrando uno el gusto y poco a poco, se va animando a poder ir cada vez más lejos, de una u otra manera, aceptando uno u otro reto y buscando la forma de poder conseguir los recursos que le permitan seguir con sus andanzas por los diferentes lugares del planeta, mientras se van llenando nuestros ojos de paisajes campiranos y urbanos, de caras, gestos, ademanes y costumbres; mientras que a nuestros oídos van entrando palabras pronunciadas en diferentes idiomas, con acentos que nos suenan extraños, con significados que muchas veces no alcanzamos a comprender, pero que ahí están para recordarnos que somos sólo parte del mundo y que toda esa confusión se debe solamente a la vanidad de aquellos hombres a los que les dio por construir la Torre de Babel.

Desciendo por el lado materno de una familia de inmigrantes, que cargando maletas e ilusiones les ha dado por andar de la seca a la Meca, dejando pedazos de su vida en los di-

ferentes lugares y países por donde han ido, tengo familia en tres continentes, aunque nunca he visto a mis primos japoneses y no tengo en este momento la más remota idea de qué pasa en sus vidas, pero sé que existen y seguramente ellos han de saber que, tanto en América como en Europa, tienen familia a la que tal vez nunca llegarán a ver, pero en casa de mi madre hay varias fotografías que dejan constancia de la presencia de mi tío Alberto en el Imperio del Sol Naciente. Mi abuela Aurora aprendió el inglés antes que el castellano y lo que comenzó por hablar y entender fue una mezcla de español con vasco, hasta que apareció mi abuelo Rafael en su vida, para arrancarla del corazón de las montañas Rocallosas y llevarla a recorrer los Estados Unidos, para finalmente venir a establecerse en el norte de México y desde Coahuila llegó un buen día mi madre hasta ésta muy noble y leal ciudad de San Luis Minas del Potosí, en donde se encontró a mi padre para dar comienzo a otra vida más sedentaria, pero desde donde algunos de sus hijos hemos partido a ver y recorrer la ruta de los antepasados.

La familia de mi padre es potosina de muchas generaciones y si bien han tenido una vida más estable y menos llena de agitaciones entre emigraciones frecuentes, abordaje de barcos y estancias en estaciones de ferrocarril, también tiene su gusto por recorrer caminos y vivir aventuras. Mi bisabuelo Emilio Federico Silva, naufragó en una ocasión y pasó mil vicisitudes para poder volver hasta esta ciudad, y en la época de la bonanza petrolera recorrió el país entero y el sur de los Estados Unidos trabajando para la Huasteca Petroleum Company y para la compañía petrolera El Águila, fue asaltado en los caminos reales y en medio de la lucha revolucionaria se vio precisado a huir por diferentes caminos para poder volver de sus viajes al lado de su familia.

A mí, en lo personal, el gusto por recorrer caminos me nació desde muy pequeño, tal vez influenciado por los relatos que escuchaba de mis abuelos o de mis propios padres, más

las lecturas de obras como Cinco Semanas en Globo, Miguel Strogoff el Correo del Zar o Sandokan, que, aunadas a un espíritu inquieto, me llevaron un buen día a tomar una mochila de campaña, unos zapatos cómodos y la decisión de correr mundo.

Para ser viajero, el primer requisito es tener gusto por la calle y la aventura, de otra manera no será posible el enfrentar los retos que ofrece el camino. Es menester tener capacidad para sentir nostalgia y amar, para que en los momentos difíciles del camino el amor y la nostalgia sean los puntos de referencia que nos den la capacidad de poder regresar, de escribir, de soñar.

Mis primeros viajes fueron dentro del barrio, escapándome de la vigilancia materna y tomando mi bicicleta para devorar calles, mientras, sin importarme lo que pasaba a mi alrededor, iba descubriendo cada día nuevas cosas que me ayudaban a conformar sueños y tejer en mi mente aventuras. El gusto por ser “pata de perro” se va fincando poco a poco, no puede ser de un momento a otro, del escape a la vagancia para no hacer la tarea vino la fuga de la escuela en plenas clases, el lograr impacientar al chofer del camión escolar para que me bajara en otro punto y de ahí caminar, caminar, como aquel día cuando cursaba el primer año de primaria, en que sin saberlo provoqué una movilización de la familia entera y la policía, que pensaban que estaba extraviado o me había llevado algún robachicos, cuando en realidad estaba dedicado a caminar por las calles, trepar árboles y jugar con amigos. El escultismo me ofreció la gran oportunidad de escalar montañas y recorrer caminos, de sentir el viento acariciando mi cara en lo alto de una montaña, de valerme por mí mismo, de nadar en un río, parar una tienda de campaña, convivir con muchachos de otras ciudades, estados y hasta de otros países, de recorrer el mundo por intercambio de postales y fotografías, de observar estrellas y de viajar.

El espíritu de la aventura me ha permitido conocer a gente de muchas razas, religiones y tendencias políticas, pero so-

bre todo me ha enseñado a valorar lo que tengo y lo que me rodea, a darle su valor real a mis raíces de las que me siento orgulloso, a transmitirle a mis hijos las historias familiares que nos conforman, a sembrar en ellos el amor por la lectura y el deseo de ser ciudadanos del mundo.

Espero tener la oportunidad de seguir viajando, de llenar mis ojos con amaneceres en diferentes latitudes y longitudes, de sentir el olor de la panadería de los diferentes países, de ver las obras de arquitectura y los paisajes que distinguen a cada pueblo, de ver el cielo estrellado en otros continentes y encontrar en cada uno de mis pasos la huella de otros hombres. Espero que el afán de aventura se continúe con mis hijos y con sus hijos, de tal forma que fieles a nuestro origen sigamos siendo viajeros, es decir, tengamos una auténtica “pata de perro”.

AL OTRO LADO DEL CHARCO

*Puse rumbo al horizonte
y por nada me detuve,
ansioso por llegar
donde las olas salpican las nubes,
y brindar en primera fila
con el sol resucitado,
sentarme en la barandilla
y ver qué hay del otro lado.
Y cuanto más voy para allá
más lejos queda,
cuanto más de prisa voy
más lejos se va.*

-Joan Manuel Serrat

Todo aventurero lo primero que debe de tener dispuesto para emprender una nueva empresa, es voluntad y fe para que las cosas salgan bien, lo demás es secundario, sobre todo el dinero, pues sin lugar a duda cuando se tiene una meta bien fija, es difícil que nuestra atención se disperse y que consecuentemente no podamos buscar los recursos para poder recorrer caminos. Lo segundo que debemos de tener es un plan de acción, pues sin él de nada sirve la voluntad ya que no podríamos enfrentarnos a los retos del camino y tampoco podríamos encontrar una solución a los problemas por grandes y pequeños que nos parezcan, tomando en consideración estas dos recomendaciones fue como inicié la preparación de mi primera incursión más allá de la frontera que significaba el Océano Atlántico.

En el año de 1976 egresé de la hoy Facultad, entonces Escuela de Ingeniería; como muchos de mis compañeros, me pasé el último semestre haciendo planes sobre lo que haría a partir de junio. Unos pensaban en casarse, otros en la ur-

gencia de conseguir trabajo de preferencia a nivel gerencial, algunos más en la conveniencia de titularse con prontitud para poder acceder a una plaza de base en alguna dependencia del gobierno o bien en una empresa en donde el sueldo fuese bueno y además llevara como consecuencia la oportunidad de que se les entregara una camioneta para su uso personal, otros más esperaban conseguir un trabajo lo más lejos posible para mantenerse alejados de esta ciudad y sus familias. Mientras, yo pensaba en la oportunidad de poder irme muy lejos para conocer otras culturas y recorrer el mundo; me encontraba en estas meditaciones cuando me dio por consultar mi cuenta bancaria y me di cuenta de que con lo raquífica que se encontraba no podría ir más allá de 400 kilómetros a la redonda, situación que me orilló a empezar a buscar un trabajo en donde pudiese ganar un poco más del dinero que, como auxiliar en la elaboración de estudios geohidrológicos, percibía, y a recorrer embajadas para solicitar una beca como estudiante de postgrado y poderme sostener en otro país.

Después de la concebida fotografía de generación, los abrazos, el baile y demás elementos rutinarios, cada uno de los compañeros de aquella generación fuimos tomando nuestro camino. Algunos que tenían pensado conseguir trabajo lejos, muy lejos de San Luis, se vieron precisados a contraer nupcias más a fuerza que con ganas y acabaron trabajando en otras cosas diferentes para lo que habían estudiado, ante la imperiosa necesidad de tener que cambiar pañales y enfrentar la responsabilidad de mantener una familia. Los que pretendían trabajar como gerentes en una oficina muy cómoda y con varias secretarías a su servicio acabaron en una plataforma petrolera en el Golfo de México, o en una mina perdida en medio de la Sierra Madre, hubo unos que iniciaron un periodo de desintoxicación de libros y declararon un periodo de descanso que muchos años después, aún no termina.

Mientras mis compañeros iban desarrollando sus actividades de diferente manera, yo conseguí un trabajo en esta ciu-

dad para levantar un plano de las redes de drenaje y agua potable, así como el inventario y muestreo de pozos ubicados en el valle de San Luis. Sin lugar a dudas fui afortunado, pues este trabajo me dio la oportunidad de poder escribir de continuo a los agregados culturales de embajadas, a los centros de desarrollo científico y hasta a las empresas que contrataban personal para ir a trabajar al oriente medio. Meses más adelante incursioné en la minería en donde con un sueldo más atractivo podía ir ahorrando más cada día sin importar que me trataran de miserable, pues decían que no disparaba ni en defensa propia, pero esa era la única manera de poder ahorrar en tanto me llegaba la oportunidad de partir con la idea de no volver.

Un fin de semana cuando vine a San Luis para visitar a mis abuelos, recibí una carta que en el transcurso de la semana había llegado, al ver el remitente y las estampillas en el sobre, me dio emoción, pero también miedo, aquel sobre podía contener una desilusión si se me notificaba la no aceptación para un postgrado o el no a la solicitud de beca, aunque podía también contener una respuesta que significara el cambio en mi vida y la oportunidad de partir a otro continente, de recorrer el mundo, de ver cumplido parte de mis sueños al ser todavía más “pata de perro” de lo que ya era. En un principio no me atreví a abrir el sobre lo miré largamente y lo guardé, parecía mentira, tanto que había esperado aquello y ahora cuando lo tenía entre mis manos no tenía el valor para encontrarme con una respuesta.

El Boeing 747 “Calderón de la Barca” de Iberia, era el avión más grande en el que me había subido, era más que una simple nave aérea, era a la vez una alfombra voladora que me iba a llevar a donde sólo se puede llegar con la ilusión, porque juntar el dinero para un pasaje puede ser sencillo y muchos lo podemos hacer, pero lo que una maleta y una mochila de excursión llevan consigo es más que eso, cuando se sueña con correr mundo y alejarse de casa para aprender cosas nuevas. Aquel avión tenía el significado inverso de los pensamientos

de uno de mis antepasados que un día cruzó la mar océano en un barco con el sueño de “hacer la América”, era a la vez el globo en el que se le podía dar la vuelta al mundo en ochenta días, o el Nautilus del capitán Nemo.

Si al ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha le comieron el seso los libros de caballería, a mí me lo comieron los relatos de mis abuelos y los libros de Julio Verne, que me han llevado a correr mil y una aventuras, a recorrer caminos y a sentirme en un momento ciudadano del mundo.

Un día me embarqué en aquel Boeing 747 y juré que no volvería en muchos años, pero en el barrio de San Sebastián me habían dado el hechizo que me hizo volver, y que, a pesar de mis frecuentes correrías por diferentes lugares, me hace que vuelva siempre.

PREFIERO EL LUNAR DE TU CARA A LA PINACOTECA NACIONAL

*Pero, puestos a escoger, prefiero
un buen polvo a un rapapolvo
y un bombero a un bombardero,
crecer a sentar cabeza, prefiero
la carne al metal
y las ventanas a las ventanillas,
el lunar de tu cara
a la pinacoteca nacional
y la revolución a las pesadillas.
Prefiero el tiempo al oro,
la vida al sueño,
el perro al collar,
las nueces al ruido
y el sabio por conocer
que a los locos conocidos.*

-Joan Manuel Serrat

Ser poseedor de una credencial de estudiante da indudablemente muchas ventajas que no cualquier mortal puede tener, por más lucha que le haga, para empezar, se reconoce la categoría del individuo, pues aquel papelito enmicado o como ahora un plástico con fotografía, certifica que uno asiste a la universidad, aunque no forzosamente el hecho de tenerlo significa que en realidad uno estudie, pero de que ayuda, ayuda y eso ni quien lo dude.

En nuestro país una credencial extendida por la universidad no pasa de ser un mero recurso de identificación, pero en Europa tiene múltiples ventajas ya que ahí sí se hacen efectivos los descuentos en el transporte urbano cualquier día de la semana y en cualquier época del año, los transportes foráneos ya sean los trenes, aviones o autobuses, no salen con el ab-

surdo de que sólo pueden llevar a dos estudiantes o bien de que no tienen el convenio firmado, ahí viaja uno con la certeza de que le respetarán lugar y precio, sin importar que el maestro de hidráulica lo hubiese sentenciado a tener que presentar un examen extraordinario o a título de suficiencia, eso a los señores transportistas no les importa en lo más mínimo y sí respetan el valor que los jóvenes tienen para enfrentarse a las espantosas evaluaciones periódicas que a más de uno han estado a punto de orillar a un tratamiento psiquiátrico.

Los cines y teatros ofrecen un descuento especial con sólo mostrar el llamado carné, situación que permite a cualquier inquieto chamaco poder acceder a espectáculos de primer nivel a un precio preferencial, no como aquí que pedimos que los muchachos asistan al teatro y conciertos y luego nos quejamos porque no se asoman siquiera a ver la cartelera, pero la verdad sea dicha con precios tan espantosos, no hay estudiante que se anime, pues le sale más barato andar de reventón y frecuentando antros.

Otra de las ventajas que encontré con mi credencial de estudiante del Centro de Estudios Hidrográficos, fue el que la entrada a los museos era total y absolutamente libre, cualquier día del año, ya fuese en la mañana o en la tarde, anduviese peinado o despeinado, fuese bien en calificaciones o anduviera arrasando la cobija y pensando en la inmortalidad del cangrejo.

Cuando se tiene mucho o poco tiempo libre y poco o nada de dinero en los bolsillos, una buena manera de aprovechar la marcha del dios Cronos, es visitar una sala de exposiciones y extasiarse con lo que se nos ofrece para regocijo de nuestras pupilas y consecuentemente de las niñas de los ojos, ahora bien en los museos también podemos ver a muchas muchachas de no malos bigotes que ya las hubiese querido tener como modelos el famoso Goya cuando le dio por pintar a la Maja desnuda.

En Madrid se encuentra uno de los mayores tesoros de la humanidad, una pinacoteca que es la envidia de muchos paí-

ses y todo un orgullo para España, es el Museo del Prado que se ubica sobre el paseo del mismo nombre y consta de dos edificios de exposición; el casón del buen retiro y el edificio Villanueva.

El actual Museo del Prado es uno de los edificios con los que se adornó, en el reinado de Carlos III, el que se llamó primero salón del Prado y luego paseo. Con ese salón del Prado, desde Cibeles a Atocha, concebido como una operación urbanística de altos vuelos, pretendió el llamado “rey albañil”, dotar a la capital de sus reinos de un espacio de categoría urbana y monumental que fuese envidiado por los demás reinos europeos.

Fue Fernando VII, el rey fundador del entonces llamado museo real de pinturas, mismo que ubicó en los señoriales edificios, en donde hoy se encuentra la mayor exposición de arte de España.

En el otoño es una maravilla caminar por el paseo del Prado y pisar las hojas de color ocre que van dando música a nuestros pasos, para que al llegar al museo ya se tenga el espíritu dispuesto para gozar las maravillas que ahí se encuentran, pero en general cualquier momento es propicio para poder deleitarnos con todo lo que nos ofrece, ahí encontré al Greco, Velázquez, Goya y todos los grandes pintores, ahí llené mis horas de un deleite visual que aún me da en el recuerdo grandes satisfacciones, pero entre todas las obras artísticas que pude admirar, entre las explicaciones que escuché de los guías de turistas y el grupo de amigos del museo a quienes por cierto nunca di propina por no tener dinero de sobra, nunca pude ver una imagen más bonita que la del lunar que Charis tenía y como dijo mi buen Serrat; “prefiero el lunar de tu cara a la pinacoteca nacional”.

POR LAS CALLES DE MADRID

La vi, y en la esquina de un antiguo callejón donde en tiempos fue famosa otra pasión el imán de sus caderas yo sentí. La vi y toda la ciudad se iluminó cuando sin saberlo me dejé loco por ella. La vi y por lo que soy me prometí que pronto estaría junto a mí paseando por las calles de Madrid.

-E. Aragón

Madrid es más que la capital de España, es una ciudad que vive y se vive, que se deja querer y que tiene la capacidad de lograr que la gente se enamore de ella, por eso es una de las urbes que recibe más visitantes de todas las latitudes del planeta, y que obliga a quienes en ella habitan a caminar por sus calles enmarañadas y llenas de historia, encontrando todos los días algo nuevo en qué fijarse. Es una ciudad histórica y contemporánea, con gente que habla con un acento especial distinto al del resto de España, que llenan los cafés y bares para discutir a gritos los resultados del último encuentro entre el Real y el Atlético de Madrid, mientras en su mano se agita una copa de brandy o vino tinto y en la barra esperan a ser degustados algunos pinchos.

Cuando en los bolsillos no se tienen más que unas cuantas monedas y consecuentemente se dificulta poder abordar el metro y mucho menos un taxi, o te tienes que conformar con mirar las carteleras cinematográficas o de los teatros, o pasas frente a los bares y cafés y sólo te atreves a mirar por las ventanas, la mejor opción para salir del estado de incomformidad, hambre y deseo, es la de caminar, sobre todo si tienes unos buenos zapatos o tenis que te permitan desplazarte con ligereza por varios rumbos. El segundo requisito que si bien no es indispensable, sí es de una gran ayuda, es el de tener un plano base o guía de la ciudad ya que con este auxiliar resulta

más difícil el perderse o cuando menos te da un aire de explorador en regiones inexploradas, aunque también tiene sus desventajas, pues al verte con este papel en la mano nunca faltará un abusivo que te ayude a desorientarte o bien te vea la cara de turista y acabe por mandarte al extremo opuesto de donde buscabas desplazarte o pretenda abusar de tu pobre situación de turista en zona extraña.

Cuando llegué a la capital de España, llevaba conmigo un viejo plano que mi buen amigo Marco Aguirrezabala me había obsequiado, estaba lleno de cinta adhesiva, tenía anotados una serie de números telefónicos, domicilios y nombres, además el propio Marco agregó algunos nombres de amistades que me aseguró me ayudarían en lo que se ofreciera. Durante el vuelo había desplegado el plano urbano en varias ocasiones tratando de ubicarme a priori en aquella ciudad desconocida hasta entonces y para facilitar las cosas en una pequeña agenda fui anotando los nombres y números telefónicos de las amistades de mi amigo, esperando que en su momento me pudiese comunicar con ellos. Sin embargo, la realidad fue otra, pues más tardé en ubicarme en un lugar en donde vivir, que en extraviar la famosa agenda y en vaciar una copa de tinto de la Rioja sobre el tan maltratado plano, fue así como me vi precisado a comprar en un kiosco de periódicos el “plano – guía – callejero de la ciudad de Madrid” y apenas con un número de teléfono rescatado llamé al susodicho amigo de mi amigo, pero al identificarme aquel individuo aprovechó para tratar de cobrarme un préstamo que había efectuado hacía alguna tiempo atrás a Marco o bien para que yo le indicase dónde podía encontrar al deudor para proceder al cobro, situación que me orilló a sólo contestar; “bueno, bueno, parece que se ha cortado la comunicación” y acabar por resignarme a no recurrir a terceras personas para conocer aquella ciudad.

Ser poseedor de un “plano – guía – callejero”, facilita el volverse callejero, pues al desplegarlo sobre el cofre de cualquier automóvil o extenderlo mientras uno viaja en un vagón del me-

tro, se presenta ante nosotros un verdadero reto que podemos resumir en una ansia loca por devorar calles, por salir temprano a caminar y no parar en todo el día, salvo en uno que otro bar para reponer algo de fuerzas o en una banca de un paseo o parque, para poder admirar como los niños juegan y corren mientras los ancianos se dedican a jugar petanca, que es una especie de boliche, y las mujeres tejen de una manera muy peculiar ya que sostienen bajo el brazo una de las agujas.

Madrid está en el corazón de la península ibérica, fue fundada en el siglo IX, conquistada por Alfonso VI en 1083, residencia real en varias ocasiones, hasta que, en el año en gracia de nuestro señor de 1561, Felipe II la convirtió en la capital de sus dominios, con lo que se inició una etapa de notable desarrollo.

Para conocer la capital de España no basta con tomar un tour de esos que se ofrecen en el Corte Inglés o en cualquier agencia de viajes, es necesario caminar, viajar en metro y en autobús, entrar en los bares, ir a las plazas y jardines, a los mercados, desplazarse no sólo por la Puerta del Sol o la Plaza Mayor, es necesario ir de Vallecas a Peña Grande, de Chamartín a Fuencarral, de la casa de campo a Arganzuela pasando por Carabanchel, en pocas palabras, caminar, mirar, subirse al metro y recorrer sus nueve líneas, escuchar a los músicos que en las estaciones nos deleitan y sólo piden unas pesetas, ir al Santiago Bernabéu para deleitarse con las genialidades del Real Madrid, o al Vicente Calderón para gozar con las ocurrencias de los aficionados de los “Colchoneros” del Atlético de Madrid.

Una de las mayores motivaciones que encuentra uno para caminar por las calles de Madrid, son todos los monumentos y obras arquitectónicas que en ella podemos encontrar, sus plazas y parques, pero sobre todo los llamados “monumentos móviles”, que van caminando con gracia por las diferentes calles, que sonríen al madrileño y al visitante y ofrecen su plática salpicada por ese acento tan especial, que a mí me sonaba como un canto de sirenas.

Me enamoré de las calles de Madrid y de la ciudad entera, gracias a mis andanzas, y a las madrileñas que me motivaron a salir después de clases, para admirarlas, tomar una caña de cerveza en su compañía o solo, pero observándolas y escuchándolas, han pasado ya tantos años de que llegué por vez primera a España, pero cada vez que he vuelto no dejo de encontrar algo que admirar, ya no llevo el “plano- guía – callejero” conmigo, conozco la ciudad, sigo admirando a las madrileñas aunque ahora ya no voy y les hago plática, pues para algunas soy muy viejo y otras siguen siendo guapas, pero ya se me hacen maduritas y además mi esposa me sabe pellizcar con un estilo muy especial, así es que como reza el refrán; con todos pleitos, menos con la cocinera.

UN MEXICANO EN EL SANTIAGO BERNABEU

*No te juntes con ellos, que se ensucian la boca
con el grito del futbol y la gran palabrota.
No te juntes con ellos, que se lavan las manos
en el cielo chiquito que reflejan los charcos.
No te juntes con ellos, porque son unos vagos
que no van a la escuela, que no tienen trabajo.
Excelente consejo que ha escuchado mi infancia,
por no haberlo seguido, capturé la esperanza,
me junté con los niños que me estaban prohibidos
y aprendí que si es alto... no peligra tu nido.*

-Alberto Cortez

Sin temor a equivocarme podría asegurar que el primer regalo o al menos el presente más socorrido para los infantes, es una pelota o un balón de futbol, de ahí en adelante lo demás es solamente accesorio al menos en América Latina y Europa, ya que en otros lugares como los Estados Unidos, el primer regalo o es un carrito o un guante de beisbol y tal vez en algunos países de África, lo primero que entregan a un infante es un arco y flechas para salir a cazar alguna fiera salvaje, así es como ustedes se han de poder imaginar uno de los primeros obsequios que recibí, además de ser uno de los más repetidos, fue un balón que me acompañó hasta que terminó ponchado bajo las llantas de un camión urbano, menos mal que el averiado fue él y no yo que corría detrás de aquella pelota, posteriormente vinieron más y más balones y una creciente afición al “Juego del Hombre” como decía Ángel Fernández al transmitir por televisión y en cadena nacional los encuentros de la primera división del balompié nacional y en algunas otras ocasiones los juegos internacionales, olímpicos y copas del mundo.

En múltiples ocasiones había escuchado hablar de los grandes equipos del balompié español, y de su selección na-

cional mejor conocida como “la Furia española”, de aquellos encuentros gloriosos contra equipos mexicanos y de su valiosa aportación al desarrollo del balompié mexicano, de cómo se había quemado el parque Asturias, de los grandes goles de los jugadores de la selección vasca que había efectuado un viaje a México y de cómo grandes jugadores españoles se habían integrado a los equipos mexicanos, entre ellos Isidro Lángara, Pepe Valtonrá y Manuel Lapuente (padre del ex entrenador nacional) también me había aficionado a coleccionar banderines que adornaban mi recámara y entre ellos se encontraba uno del Real Madrid al lado del Athletic de Bilbao, el equipo más antiguo del fútbol ibérico y por supuesto el de mi equipo el Atlético de Madrid.

En España existe una gran afición al balompié y es fácil ver en todas las plazas y parques a los niños jugando, a las mujeres comentando los resultados de los últimos encuentros, mientras que en los bares y cafés no se hace otra cosa que comentar las incidencias del juego en turno. A mí en lo personal me llamaba grandemente la atención, el observar los domingos a la gran cantidad de gente que metida en un bar pasaba las horas enteras comentando lo que podría suceder al desarrollarse el juego y posteriormente mientras unos celebraban y otros maldecían, seguían bebiendo cañas de cerveza y festejaban o lloraban según les hubiese ido.

El 6 de marzo de 1902 nació oficialmente el club de futbol Madrid y en mayo de ese mismo año ya estaba ganando su primer trofeo al adjudicarse la copa de la Gran Peña, de 1905 a 1909 se ganaron de manera consecutiva cuatro títulos de la copa Rey Alfonso XIII, por cierto el mismísimo rey de España otorga oficialmente el título de Real Madrid al equipo en función de sus glorias deportivas el día 29 de junio de 1920; en 1912 había llegado al equipo un joven delantero llamado Santiago Bernabéu, quien se distinguió por su amor y entrega a la camiseta, a tal grado que llegó a ser presidente del club en 1943 y en 1955 por acuerdo unánime de la mesa directiva

se asigna su nombre al estadio en donde el equipo había conquistado tantas glorias.

Hoy es un sábado como muchos otros y mientras escucho música de Joaquín Sabina me he puesto a escribir mi artículo semanal, mientras aguardo a que llegue el momento para correr al televisor y encenderlo, esperando poder ver una emisión más del clásico de clásicos del balompié, pues en unas cuantas horas se enfrentan el Real Madrid y el Atlético de Madrid, en un momento en el que de nueva cuenta el equipo merengue se encuentra como líder de la liga, cómo me gustaría que éste fuese uno de esos domingos en que con mi bufanda roja y blanca con el escudo del Atlético y en compañía de mis amigos me dirigía caminando por el paseo de la Castellana, hasta el estadio Bernabéu mientras los cantos de los aficionados iban llenando la atmósfera de Madrid y en los bares las cañas de cerveza y las tapas eran degustadas por la afición que prefería esos lugares al estadio, espero que esta noche madrileña la afición de los “colchoneros” baje por la Castellana hasta el Neptuno para festejar un triunfo más sobre los “merengues” y que cuando usted lea estas líneas ya sepa del triunfo del Atlético de Madrid.

En 1981 los periódicos madrileños en su sección de deportes habían consignado que; “firmar a un futbolista mexicano para el Atlético de Madrid era tanto como llevar a un torero egipcio a las corridas de San Isidro”, pero aquel odontólogo de 23 años proveniente de los Pumas de la UNAM, demostró que los 150,000 dólares pagados por su ficha había sido la mejor inversión que los “Colchoneros” habían logrado hacer en muchos años, en 1985 su último año jugando en el Vicente Calderón fue campeón goleador y ganador del Pichichi, entonces los “Merengues” se lo llevaron a su equipo por 250 millones de pesetas, contando con el apoyo de la directiva puma ya que entre el Real y el Atlético no puede haber tratos comerciales.

El primer entrenamiento al que acudió Hugo Sánchez con su nuevo equipo representó su primera multa, pues al llegar

tarde fue castigado, pero se prometió que eso nunca más pasaría y no solamente fue a partir de ese momento el más puntual sino el más eficiente hasta la temporada 1991- 1992, en que se retiró lleno de gloria el número 9 de los “Merengues” y el más grande futbolista mexicano que ha pisado las canchas de futbol.

El día que se jugó en el Bernabéu el encuentro de homenaje a Hugo Sánchez, mucho tiempo después de su retiro, me encontraba en Madrid, compré una nueva bufanda y me fui a buscar un boleto en la reventa, para mi mala suerte ya no pude conseguir nada, por lo que me vi resignado a entrar a un bar en Chamartín y ahí pude ver el juego a través de la televisión y orgullosamente escuché a más de uno decir; esos mexicanos sí que saben jugar y sobre todo Hugool.

Soy “colchonero” porque amo a Madrid, porque los juegos de los entre los “Merengues” y los “Colchoneros” me fascinan y porque en esos equipos un mexicano demostró que con voluntad y deseo se puede llegar muy lejos, tan lejos como llegamos otros mexicanos por otros caminos y en otros juegos que también se han desarrollado en Madrid.

**EL DÍA EN QUE CONOCÍ A DOLORES,
ENRIQUE Y FELIPE**

*Prefiero querer a poder,
palpar a pisar,
ganar a perder,
besar a reñir,
bailar a desfilar
y disfrutar a medir.
Prefiero volar a correr,
hacer a pensar,
amar a querer,
tomar a pedir.
Antes que nada soy partidario de vivir.
Cada loco con su tema,
contra gustos no hay disputas;
artefactos, bestias hombres y mujeres,
cada uno es como es,
cada quién es cada cuál
y baja las escaleras como quiere.*

-Joan Manuel Serrat

Cuando era pequeño y se acercaba una fecha cívica que ameritaba participar en un desfile, le pedía a Dios que a mí no me escogieran para ir caminando por las calles con marcial donaire, pues la verdad se me hacía algo inhumano ver cómo sometían a los escolares a largos ensayos del paso redoblado, firmes, alto, y demás órdenes de mando que nos situaban en un plano marcial, así es que en las fechas obligadas del 15 de septiembre y 20 de noviembre siempre andaba buscando un pretexto para poder escabullirme de lo que mis maestros llamaban un deber cívico, sin embargo, siempre acababa sometido a la disciplina y amenaza de reprobar civismo si no me presentaba con mi uniforme inmaculadamente limpio y a pasar

lista con dos horas de anticipación al desfile, después ya integrado en el contingente de patriotas que al paso que marcaba la banda de guerra íbamos marchando por las calles de la ciudad, ante una valla humana formada por algunos acarreados y otros que verdaderamente admiraban las demostraciones marciales, me sentía un héroe de guerra o al menos un integrante del colegio militar y marchaba poniendo lo mejor de mi parte, aunque frecuentemente perdía el paso lo que me costaba un regaño pues hacía perder la unidad del grupo o acababa pisándole los zapatos al compañero de adelante, pero ahí estaba año tras año en la cita algunas veces como integrante de algún contingente, ya fuese por parte de la escuela, o bien de los boy scouts desfilando o haciendo valla, pero siempre presente, aunque he de confesar que más me entusiasmaba portar mi uniforme scout, pues el sombrero de cuatro pedradas y las insignias me daban un aire más militarizado.

Siempre me ha gustado ser espectador de los desfiles, sobre todo porque el que va desfilando no soy yo, y al ser un simple observador puedo no sólo admirar la marcialidad de quienes conforman el pelotón ya sea de civiles o militares, sino también las diferentes evoluciones que se van desarrollando durante la marcha, por ejemplo, el desfile que se realiza para conmemorar las fiestas de la independencia siempre tiene el atractivo de la marcialidad militar, los tanques de guerra, los vehículos del ejército y la caballería que va mostrando toda su gallardía, mientras que el desfile que nos recuerda la revolución lleva a los contingentes deportivos al lado de secretarías y oficinistas que vestidos con ropa deportiva y gorras de beisbolista lo menos que nos muestran es que practiquen un deporte, y pareciera ser que muchos de los participantes llevaran el balón escondido bajo sus playeras deportivas que nunca han recibido la gota de sudor emanado del esfuerzo deportivo, pero que a cambio de su gallarda marcha y fingimiento de valor atlético recibieran uno o dos días de descanso en la siguiente semana laboral. Otra parada que me gusta ver, es la que año

tras año se da el día primero del año y que se transmite desde Pasadena California, y se conoce como el “desfile de las rosas” en donde carros alegóricos adornados con miles de flores nos dan una muestra no sólo de la creatividad sino también del poder económico que nuestros vecinos del norte tienen, ya que pueden despilfarrar millones de dólares en un solo desfile y todos quedan tan contentos. Un desfile que siempre me disgustó fue el del día primero de mayo, mejor conocido como el “día del trabajo”, pues en éste no había gran atractivo, ya que sólo los ferrocarrileros con sus matracas, gorros de maquinistas y gritos le ponían algo de emoción al evento, por lo demás, burócratas fastidiados que acudían con la esperanza de una compensación económica o días de asueto, y uno que otro contingente de obreros afiliados a la CTM que tenían que alinearse con el señor secretario general participaban en este aburrido evento, pero ahí a pesar de que no me agradaba del todo procuraba darme una vuelta para ver qué novedad me encontraba.

El día primero de mayo de 1979 me desperté temprano como todos los días para dirigirme a clases, pero me encontré con las calles vacías, entonces me di cuenta de que ese día era festivo en España y tal vez podía encontrar un desfile para ver si ahí también participaban los contingentes de acarreados sindicales como en mi país, preguntando me enteré de que por el Paseo de la Castellana estaban convocando a una marcha los miembros del partido socialista obrero español junto a los del partido comunista de España, que al final de la marcha y en la Plaza de las Ventas, hablarían Dolores Ibárruri, mejor conocida como “La Pasionaria” y Santiago Carrillo al lado de un joven político llamado Felipe González, que estaba destacando grandemente y pensaban que tal vez algún día podría llegar a ocupar un buen puesto en las cortes o en la política de Andalucía, fui hasta la Castellana y ahí en lo que iban llegando los contingentes decidí entrar a un bar en donde encontré a un hombre ya mayor, vestido de traje negro, el poco cabello

que le quedaba era blanco, y usaba unos lentes pequeños y que mientras leía el periódico, hacía comentarios con el dependiente, así que decidí integrarme a la plática y comencé por preguntarles acerca de aquella marcha y qué importancia podría tener para los trabajadores españoles celebrar el día mundial del trabajo, qué pensaba el gobierno de todo aquello y si durante el franquismo las marchas eran iguales, mis preguntas fueron ampliamente contestadas y además se me invitó para que me integrara a la marcha y escuchara los discursos que se pronunciarían al final de la misma.

En pleno Paseo de la Castellana me uní al contingente y ahí pude escuchar las indicaciones que iba dando un hombre joven, vestido con pantalón de mezclilla, camisa roja y saco de pana, pregunté ¿quién es éste que dirige todo? Y me indicaron que era el líder de las juventudes del Partido Socialista Obrero Español; Felipe González, vi cómo la gente abría paso para que una anciana de vestido negro se uniera a la marcha al lado de un hombre regordete calvo y de gafas que entrelazó su brazo al de aquella mujer, escuché cómo al pasar frente a la Puerta de Alcalá, el contingente coreó el grito de ¡ NO PASARÁN!, que había escuchado en la interpretación de Víctor Manuel y Ana Belén, entonces me di cuenta que aquella anciana que marchaba casi a mi lado y a quien cedí el paso y ayudé a llegar a su sitio era la mismísima “Pasionaria” y que el hombre regordete que me indicó que el líder de la marcha era Felipe González, era Santiago Carrillo, dirigente del partido comunista español, que volvió de incógnito a su patria tras la muerte de Franco.

Al día siguiente, encontré en un anuncio espectacular la cara de aquel viejo tan agradable que conocí en el bar de la Castellana y que me dio toda una lección sobre la historia de la evolución de la democracia en España, su nombre Enrique Tierno Galván, quien había nacido en 1918, catedrático de la Universidad de Salamanca, expulsado de su cátedra en 1965 por sus ideas, profesor en las universidades de Princeton y

Bryn Mawr en Pensilvania, integrante del partido socialista español y en ese momento alcalde de Madrid.

Aquel primero de mayo de 1979 en unas cuantas horas aprendí la más grande lección de política y atención ciudadana que he podido recibir, cuando un catedrático, político y hombre de momento dejó a un lado su periódico para hablar con un joven estudiante extranjero mal vestido, de patillas, melena e ignorante de la historia por la lucha de la democracia de aquel país, cuando fui testigo de una marcha en donde el futuro primer ministro de España sin un solo guarura tomó los brazos de sus compañeros para marchar en la búsqueda de justicia para los trabajadores, cuando una mujer anciana que vivió más de treinta años en el exilio fue aclamada al agrito de ¡NO PASARÁN!, cuando tomó el micrófono en la Plaza de las Ventas y como aquel líder comunista exiliado por más de treinta años unía sus cantos con los de los jóvenes españoles y uno que otro extranjero en aquella primavera.

EL DESTINO DE LOS AMORES CONTRARIADOS

*Lo nuestro duró
lo que duran dos peces de hielo
en un güisqui on the rocks,
en vez de fingir,
o, estrellarme una copa de celos,
le dio por reír.
De pronto me vi,
Como un perro de nadie,
ladrando, a las puertas del cielo.
Me dejó un neceser con agravios,
La miel en los labios
Y escarcha en el pelo.*

-Joaquín Sabina

Tengo que confesar que soy una persona muy poco o casi nada romántica, que cuando voy a una función de cine y la película me resulta de besos, arrumacos, apapachos y llanto entre una o más parejas de enamorados, acabo por dormir a pierna suelta, y mi esposa me tiene que dar de vez en cuando uno que otro codazo, para que regule de manera automática la intensidad de mis ronquidos, de tal forma que no perturbe en lo más mínimo a los demás espectadores que disfrutan como poseídos la evolución de un drama pasional o el empalagamiento que propician los enamorados. Pero siempre he sido así, desde pequeño y ahora de viejo con más razón, trato de ser práctico y atender las cuestiones del corazón con prontitud y de forma concreta, tal vez por eso mismo nunca pude comprender el drama de Romeo y Julieta y tantos otros que nos muestra la literatura a través de leyendas, cuentos y poesías.

En los asuntos del amor, siempre he sido así de aburrido y por lo mismo no alcanzo a comprender a quienes inmersos en

elucubraciones románticas, se pueden pasar las horas e incluso los días, pensando en una o más mujeres, a tal grado que se les sorbe el seso y acaban como dice la canción; flacos, ojerosos y sin ilusiones.

En los años de la adolescencia y juventud temprana se proyectó en la más importante sala cinematográfica de esta muy noble y leal ciudad, una cinta francesa, que llevaba por título el de "Amigos", era una película que causaba polémica por lo atrevido de su mensaje, su supuesto alto contenido erótico, escenas atrevidas y mensaje de amor entre dos jovencitos, apenas adolescentes que se entregaban a la pasión de una manera desenfrenada, se escapaban de casa para irse a vivir juntos y en el colmo del atrevimiento, según algunos sacerdotes, maestros y personas mojigatas, se veían en algunas escenas a aquellos adolescentes totalmente desnudos, como algunos lectores podrán recordar y otros se enterarán, las filas en el cine eran enormes, la muchachada se volcó a las taquillas y pasaban los días con llenos absolutos, sobre todo porque la censura fue benigna y a todos nos dejaron entrar aún y cuando no teníamos cartilla del servicio militar nacional, como el mercado potencial éramos los jóvenes de aquella época, pues poco se podía hacer por impedir la proyección y salvo uno que otro padre de familia que se apostó en las cercanías del cine para detener a su hijo o hija, que desobedeciendo las indicaciones paternas se aprestaban a ver la película acompañados por amigos no hubo un incidente mayor, las escenas se comentaban en los colegios, cafés y centros de reunión, pero yo la verdad fuera de verle los pechos a la actriz que por cierto estaba muy flaca y la fotografía de los paisajes europeos no encontré ningún otro atractivo y entre dramas pasionales y aventuras amorosas me quedé dormido.

En 1979 cuando llegué a Madrid por vez primera, encontré que en algunas salas de cine estaban proyectando la película que años antes había visto en México y me había parecido tan aburrida, sólo que en ese momento en España la trataban

como una de aquellas películas que el franquismo había impedido que llegasen a ser exhibidas por su contenido y que antes del llamado destape muchos habían tenido que ir a ver a Francia, formando largas colas en los puestos fronterizos y en los cines de las ciudades fronterizas, también me enteré que el índice de suicidios por cuestiones amorosas había bajado un poco desde el cambio de gobierno, pero que se seguían dando y que en la capital española había un sitio predilecto por los suicidas que inclusive algunos le daban ya un cierto tratamiento romántico y turístico.

Las calles de Madrid son para caminar y disfrutar de todo lo que nos ofrecen, tal es el caso de la calle de Bailen que se ubica a espaldas de la plaza de oriente y frente al palacio nacional en esta arteria de gran tráfico, donde todavía se puede apreciar a una gran cantidad de parejas de enamorados de todas las edades que acuden tarde con tarde a pasear, algunos llegan hasta la plaza de Armería, ubicada entre la iglesia de Nuestra Señora de Almudena y el palacio real para desde ese sitio poder admirar la extraordinaria vista que ofrece el campo del moro y la casa de campo, mientras otros caminan de frente para llegar al majestuoso puente de Segovia desde donde se puede apreciar el barrio de Puerta del Ángel y que además por su gran altura es el sitio predilecto de aquellas personas que víctimas de la desesperación y los amores contrariados buscan otro camino.

Día tras día por muchos meses, me paré en el puente de Segovia para admirar la vista que me ofrecía Madrid, para contar los ramos de flores que se encontraban atados al barandal del puente, para con curiosidad leer las notas que acompañaban a los ramilletes de flores y tratar de entender qué podía llevar a las personas a arrojarse desde las alturas para quitarse la vida, en una ocasión me tocó ver a cierta distancia cómo un hombre de mi edad se arrojó y voló como una hoja de otoño ante la decepción de su amor no correspondido, luego me arrepentí por haber leído la nota que dejó atada a una caja

de chocolates en la banqueta del viaducto, después de todo ¿quién era yo para penetrar en sus sentimientos?.

Muchas veces llegué hasta el puente para lanzar avioncitos de papel que llevaban dentro un mensaje de mi poco o casi nulo romanticismo, un llamado a mi novia que se encontraba al otro lado del mar, unas cuantas notas para mis abuelos y mis padres o bien una que otra ocurrencia de esas que suelen venir a mi mente, tal vez como yo robé algo de la intimidad de los suicidas madrileños al leer sus notas o los mensajes de sus seres queridos, alguien encontró uno de mis aviones de papel y lejos de pisarlo o depositarlo en un cesto de basura, le dio por leer mis notas.

Un día de otoño de 1995 soplaba un vientecillo fresco y caminaba por la calle de Bailen en compañía de mi esposa, después de un rato llegamos al puente de Segovia y ahí le mostré el destino de los amores contrariados y la desesperación, las flores que en los aniversarios depositan los seres queridos de aquellos que decidieron irse del planeta con el viento en la cara, con la tristeza de dejar este planeta con una de las mejores vistas de Madrid y a pesar de mi falta de romanticismo le di un beso para afianzar el destino de mi amor que a veces batallo mucho para expresar.

MARE NOSTRUM

*Quizás porque mi niñez
sigue jugando en tu playa
y escondido tras las cañas
duerme mi primer amor,
llevo tu luz y tu olor
por dondequiera que vaya,
y amontonado en tu arena
tengo amor, juegos y penas.
Yo que en la piel tengo el sabor
amargo del llanto eterno
que han vertido en ti cien pueblos
de Algeciras a Estambul
para que pintes de azul
sus largas noches de invierno.*

-Joan Manuel Serrat

El día en que mi padre me llevó a conocer el mar, es algo que jamás podré olvidar y estoy seguro de que como en “Cien Años de Soledad”, aún frente a un pelotón de fusilamiento el sudor me hará recordar ese hecho como al coronel Aureliano Buendía, el sudor lo llevó a recordar el día en que conoció el hielo. Y no estoy exagerando, pero en la vida tenemos en un determinado momento la oportunidad de guardar en lo más profundo de nuestra mente alguna impresión, color, olor, etc., que nos va a acompañar por el resto de nuestros días y que en determinados momentos y bajo ciertas circunstancias podremos volver a llamar, ya sea para regocijarnos por la visión o recuerdo o para añorar los tiempos idos y por qué no, para llevar algunas lágrimas hasta nuestros ojos por la nostalgia.

En la escuela primaria y más tarde en la secundaria me hicieron estudiar dentro de la materia de geografía los nombres y características de ríos, mares y lagos del mundo entero y

había maestros que no desaprovechaban la oportunidad para estar dando lata haciéndonos dibujar y poner el nombre de los cuerpos de agua que existen en el planeta, pero la osadía de nuestros mentores iba más allá de la clase de geografía, y en cuanto materia tenían la oportunidad nos dejaban caer toda una retahíla hídrica que irreversiblemente acabó marcándome para el resto de mis días, independientemente de que en aquellas vacaciones en que conocí el mar me nació la idea de navegar algún día y poder cruzar la mar océano, luego las aventuras de Sandokan y los libros de Julio Verne acabaron por influir para que un día me decidiera a estudiar hidrología a nivel de postgrado, pues si no me pude ir a la marina en parte fue por mis pies planos o como dijo una tía; “este muchacho tiene patas de hacha”.

En España como en México, tan pronto se puede tener la oportunidad de prolongar los días de asueto, se estructura un puente de colosales dimensiones que nos permite aprovechar al máximo los días y emprender la vagancia por diversos destinos, fue así como en aquel año de 1979 un grupo de estudiantes del Centro de Estudios Hidrográficos, reunidos en un bar en las cercanías de la plaza mayor, discutíamos el rumbo que tomaríamos a partir del próximo miércoles, para aprovechar un puente más largo que cualquiera de los que cruzaban el río Manzanares, unos proponían que fuésemos a esquiar, otros que era mejor ir a visitar los picos de Europa, yo les propuse que fuésemos al Mediterráneo, a ver y conocer aquel mar, a bañarnos en sus aguas y ver cómo era lo que los romanos habían denominado como el “Mare Nostrum”. La mayoría me miró con cara de asombro, cómo era posible que en aquella época del año con el frío que hacía, cuando no habría bañistas en las playas se me hubiese ocurrido semejante locura, en que cabeza cabía la posibilidad de ir al mar con un clima tan gélido como el que vivíamos, y por más que traté de explicarles y motivarlos acabó siendo desechada mi propuesta y la mayoría aceptó ir a las montañas.

Con una mochila en la espalda, una chamarra roja y un libro bajo el brazo me encontré un martes por la noche en la estación de Atocha, dispuesto para abordar el tren que habría de trasladarme hasta Algeciras, para iniciar así un recorrido en escalas y con distintas fechas por el mar que navegaron romanos y fenicios, que sirvió para que al cruzarlo los moros llegasen hasta la península Ibérica y para que el generalísimo Franco habiendo salido de Marruecos con los integrantes de la legión iniciara la guerra civil española, tan cruel que dividió al pueblo español y propició la llegada a México de grandes intelectuales, artistas y deportistas además de gente trabajadora que vino a formar familia y encontrar un refugio en nuestra patria, a tal grado que muchos de ellos son más mexicanos que españoles.

Cuando bajamos del tren en el puerto de Algeciras, lo primero que recibí fue el beso de la brisa del mar, el inigualable olor de la costa, el clima más benigno de aquel lugar me permitió quitarme mi chamarra al lanzarme a caminar por aquellas calles, acompañado por mi buen amigo Carlos Saldarriaga, colombiano, amante como yo del mar, quien buscaba tan bien descongestionarse de la gran ciudad y ver aquel lugar en donde dicen estuvieron las columnas de Hércules.

Algeciras es una pequeña, pero acogedora ciudad con poco más de 80,000 habitantes, ubicada en la provincia de Cádiz situada en una bahía frente al Peñón de Gibraltar, de aquí han partido un número incontable de embarcaciones de todo tipo, con emigrantes en ambos sentidos del mar, comerciantes que han llevado y traído a lo largo de la historia diferentes productos entre Europa, América y África, puerto en donde dicen que nace el mar Mediterráneo para llegar hasta Estambul, punto de cruce de la religión católica y el Islam, lugar en donde los ojos negros de las gitanas se han cruzado con la mirada de barbados y tatuados navegantes venidos de los mares del norte. Ciudad con olor a sardinas fritas en aceite de oliva, y bocadillos de calamar, cruce de lenguas incomprensibles con nuestras raíces romances.

La falta de dinero nos llevó a intentar dormir en una pensión cerca del puerto, frecuentada por marineros de todas las nacionalidades y prostitutas que llevan en la piel el olor de todas las razas habidas y por haber, pero el ruido, las luces, el escándalo y las chinches nos obligaron a pasar una noche en vela, en donde acudimos sintiéndonos piratas, a un bar en donde entre cañas de cerveza, música y bailes pudimos conocer algo de aquel cruce de nacionalidades, para nuestra fortuna encontramos descanso a la mañana siguiente cuando pudimos dormir a nuestras anchas a la orilla del mar.

Cuando logré bañarme en aquellas aguas heladas, sentí el beso del “Mare Nostrum” y me quedé enamorado de sus olas y su ritmo; fue entonces que comprendí que valió la pena aquel viaje que compartí con Carlos, el trajín del tren y el desvelo, fue cuando entendí plenamente la letra de la canción de Serrat cuando dice: “A tus atardeceres rojos / se acostumbraron mis ojos / como el recodo al camino / Soy cantor, soy embustero, / me gusta el juego y el vino, tengo alma de marinero / Qué le voy a hacer, si yo / Nací en el Mediterráneo.

VAMOS PASTORES VAMOS

*En nombre del cielo
os pido posada
pues no puede andar
mi esposa amada.
No seas inhumano
tennos caridad.
Que el Dios de los cielos
te lo premiará.
Venimos rendidos
desde Nazareth,
yo soy carpintero
de nombre José*

*Mi esposa es María
es reina del cielo,
y madre va a ser
del Divino Verbo.*

-“Cantos para dar y pedir posada”

Tal vez porque cada año que pasa me voy poniendo más viejo y también porque tengo cada vez más y más compromisos, los días transcurren con mayor rapidez y de pronto cuando menos lo esperaba, ya me encontraba a mitad del mes de diciembre, posiblemente como este año ha sido muy seco y con casi nada de frío, no sentí cómo fueron transcurriendo las estaciones climáticas y de pronto me encuentro a tan sólo unos cuantos días de que dé inicio el invierno y de la consecuente llegada de la Navidad.

Cuando era pequeño el año transcurría lentamente y lo podía dividir muy bien en tres grandes periodos, el inicio del ciclo escolar que se caracterizaba por el hermoso olor de los libros y libretas nuevas, (aunque después ya en plenas clases

me venía un desencanto enorme) y por ver quiénes serían mis nuevos compañeros, la segunda época era la Semana Santa por las vacaciones, la visita a los siete altares y todo lo que tenía relación con aquella época del año en donde tapaban los santos en las iglesias, había comida de vigilia, pero sobre todo nos podíamos ir a nadar con toda libertad, pero la mejor de todas las épocas del año era sin lugar a dudas la de las fiestas decembrinas, ya que en aquellos principios de los años sesenta, en esta época del año teníamos un gran periodo vacacional, pero sobre todo era cuando se llegaba la Navidad y todos o casi todos nuestros sueños se veían cumplidos, así que el festejo nos tenía llenos de alegría por muchos días, por lo que aquel periodo del año era el más esperado por todos y consecuentemente, el año se hacía extremadamente largo.

¡Dale, dale no pierdas el tino, mide la distancia que hay en el camino! Era el grito de combate en la búsqueda de los premios que contenían las piñatas que se iban rompiendo en cada posada, y entre todos los amigos competíamos por ver quién era el que más dulces y fruta lograba juntar en cada una de las nueve posadas a las que asistíamos, y en donde los rezos, cantos, juegos, gritos y algarabía de la muchachada, eran el sello característico.

Cada posada era iniciada por el ritual de recibir en la casa a todos los invitados, que llenos de alegría buscábamos que aquellas frías noches de diciembre, divertiéramos un poco o un mucho, a la vez que cumplíamos con nuestro deber cristiano de recordar la fecha de nacimiento de Jesús de Nazareth. Conforme íbamos llegando a la casa en donde se desarrollaría la posada en turno, cada uno de los invitados recibía un pito de lámina y en algunos casos de barro, para en su momento poder ofrecer entre canto y canto un ruido endemoniado que nos llenaba el corazón de alegría, al finalizar los rezos se iniciaba la procesión en donde íbamos pidiendo posada, pero de manera anticipada se nos entregaba a cada chiquillo una vela y algunas luces de bengala, para iluminar simbólicamen-

te el camino de los peregrinos que eran cargados por regla general por los hijos de la casa en donde se desarrollaba la posada, o bien por los mejor portados, situación que me orilló a nunca poder cargarlos, pues me sometían a un marcaje muy severo ya que tenía la costumbre de quemarle las trenzas a las niñas que iban delante de mí, o bien quemar con parafina a los que caminaban en la procesión al lado mío y no faltó la ocasión en que para poder darle un nuevo sabor a la fiesta aprovechaba para tronar algunos cohetes, lo que hacía que algunas señoras se molestaran conmigo y acabaran dándome algún coscorrón o bien un jalón de pelo, después y ya cuando los peregrinos eran recibidos, la fiesta se generalizaba, se encendían las luces de bengala, se gritaba y corríamos hasta el patio o calle en donde la piñata colgaba como una enorme estrella de verdad, esperando a los muchachos impacientes que nos moríamos de ganas por darle de palos y sobre todo por llevarnos el tesoro que aquella piñata tenía en su interior, rápidamente se formaba una larga fila en donde siempre daban preferencia a las niñas para que ellas fuesen las primeras en darle de palos, después los niños éramos formados para que vendándonos los ojos, nos dieran de vueltas tratando de marearnos y desorientarnos para posteriormente a que nos preguntasen si la seña que nos hacían era de cruz o cuernos, nos soltaran por fin para ver si podíamos romper la famosa piñata, por supuesto que nunca decíamos la verdad en aquello de la señal y si podíamos hacíamos trampa y tratábamos de romper aquella piñata a como diera lugar. Tras romper la piñata y recoger nuestro anhelado trofeo consistente en cañas, naranjas, colaciones, etc., nos volvían a formar ahora para darnos una bolsa conteniendo los dulces, frutas y galletas que componían el regalo de aquel día, y así día tras día durante toda la novena íbamos asistiendo a las posadas, llenos de ilusión y alegría, por vivir aquella experiencia única.

Hoy han pasado muchos años desde que asistí a aquellas posadas y sin embargo las sigo recordando y viviendo en mi

mente, ya no puedo quemar las trenzas de las niñas, hace años que no doy de palos a una piñata, y mucho menos lanzo cohetes a los pies de quienes marchan en la procesión de los peregrinos, tampoco he vuelto a tocar un pito de barro o un pitillo de lámina relleno de agua, pero su sonido y gorgoteos llegan a mis oídos en cada fiesta decembrina.

En la medida que mis hijos fueron creciendo, he ido viviendo un nuevo espíritu navideño, el de poner el árbol y nacimiento haciendo de todo esto un ritual, que repetimos año con año, el asistir a la posada que la familia de mi esposa, que también es mi familia, hace y en donde terminamos con una cena de tamales, el enviar postales a mi familia y amigos, el haber alentado entre mis hijos la ilusión de los regalos, el llamar a mis sobrinos y fingir que soy Santa Claus, en fin el vivir y gozar de estas fechas pero sobre todo el recordar la más grande historia jamás contada y que San Lucas relató de la siguiente manera: POR AQUELLOS DÍAS SALIÓ UN EDICTO DE CÉSAR AUGUSTO PARA QUE SE EMPADRONARA TODO EL MUNDO. ÉSTE ES EL PRIMER CENSO HECHO POR QUIRINO GOBERNADOR DE SIRIA. TODOS IBAN A INSCRIBIRSE CADA UNO A SU CIUDAD. SUBIÓ TAMBIÉN JOSÉ DESDE LA CIUDAD DE NAZARET DE GALILEA A JUDEA, A LA CIUDAD DE DAVID QUE SE LLAMABA BELÉN, POR SER EL DE LA CASA Y PATRIA DE DAVID, PARA INSCRIBIRSE CON MARÍA, SU MUJER, QUE ESTABA ENCINTA. MIENTRAS ESTABAN ALLÍ, SE CUMPLIÓ EL TIEMPO DE PARIR, Y DIO A LUZ A SU HIJO PRIMOGÉNITO; LO ENVOLVIÓ EN PAÑALES Y LO RECLINÓ EN SU PESEBRE, PORQUE NO HABÍA SITIO PARA ELLOS EN LA POSADA.

¡Feliz Navidad, Merry Christmas, Boas Festas, Zorinak, Bon Natale para todos ustedes y sus familias!

UN REGALO DE LOS REYES MAGOS

*Yo soy Gaspar. Aquí traigo el incienso.
Vengo a decir: la vida es pura y bella.
Existe Dios. El amor es inmenso.
¡Todo lo sé por la divina estrella!
Yo soy Melchor. Mi mirra aroma todo.
Existe Dios. Él es la luz del día,
la blanca flor tiene sus pies en lodo
¡y en el placer hay melancolía!
Yo soy Baltasar. Traigo el oro. Aseguro
que existe Dios. Él es grande y fuerte.
Todo lo sé por el lucero puro
que brilla en la diadema de la muerte
Gaspar, Melchor y Baltasar, callaos.
Triunfa el amor y a su fiesta os convida.
Cristo resurge, hace la luz del caos
y tiene la corona de la vida.*

-Rubén Darío

Cuando uno se encuentra lejos de casa y no conoce a nadie o casi a nadie, poco o nada importan las fiestas, pues después de todo y en apariencia no hay mucho que festejar, podemos caminar por calles y avenidas iluminadas, pararnos frente a los aparadores de los grandes almacenes o de las pequeñas tiendas y apreciar lo que ahí se ofrece, complacer a nuestras pupilas con los adornos de la época navideña, escuchar villancicos y deleitar nuestro olfato con los aromas que se desbordan por las calles y despiertan nuestra gula a la vez que nos incitan para entrar a los restaurantes o bares, y probar alguna de aquellas viandas, pero cuando uno está solo y lejos de casa pareciera ser que toda aquella magia se va diluyendo pues no podemos abrazar a quien queremos desearle lo mejor y compartir con ellos todo lo que aquello significa.

Había tomado un avión de Iberia y cargado una vieja maleta llena de ilusiones más que de ropa, me acompañaban también en aquella aventura una carta de aceptación en la universidad y otorgamiento de beca, una regla de cálculo, una calculadora científica en la que no tenía mucha confianza, mi uniforme de boy scout, y la fotografía de mi novia, tenía en la cartera unos cuantos dólares americanos y en la agenda las direcciones de algunos conocidos amigos de mis amigos, para en caso de urgencia poder acudir donde ellos y solicitar su apoyo, muy poco o casi nada sabía en aquella época de España, estaba enterado que el generalísimo Francisco Franco había muerto un 20 de noviembre de 1975 y que desde entonces se había iniciado una transición hacia la democracia y el destape estaba en todo su apogeo, que los malos de ETA seguían haciendo de las suyas, que había una liga de fútbol increíble en donde los máximos honores siempre eran disputados entre el Real Madrid, Barcelona y Atlético de Madrid, además de que me habían aceptado en un curso de posgrado en una universidad a la que no sabía cómo llegar y mucho menos como haría para sobrevivir.

El día de Reyes amaneció con un cielo blanco y cerrado de nubes, además hacía un frío que no me dejaba hacer a un lado las cobijas y me invitaba a seguir acostado al menos hasta la hora de la comida, estiré la mano para encender la radio y escuchar un poco la transmisión de la estación de la base militar de Torrejón de Ardoz, una de las bases militares norteamericanas que en aquel año de 1979 seguían operando en España y que por su cercanía a Madrid era muy conocida, tanto por españoles como por turistas o ciudadanos en tránsito como era mi caso, ya que era la única estación de radio que transmitía música en inglés de manera continua y en donde podíamos escuchar los éxitos del momento, de pronto oí cuando llamaban a la puerta de mi habitación; y ante la insistencia de los llamados me vi precisado a levantarme.

La fiesta del día de reyes es una gran celebración en toda

España, los niños reciben sus regalos y se desarrollan desfiles en todas las ciudades, la gente va recibiendo a los reyes y comparte con ellos aquel momento que llena de alegría los corazones, cenan en familia y comparten momentos de inmenso gozo, pero en aquel año en que me encontraba tan lejos de mi casa y seres queridos no creí que pudiese recibir esa fiesta con gozo y sin embargo fue todo lo contrario.

A la puerta de mi habitación había llamado un hombre a quien había conocido en el avión que me trasladó hasta España y que efectuaba el viaje en compañía de su esposa, durante las largas horas de vuelo habíamos platicado de tantas cosas, les narré a qué me pensaba dedicar cuando terminase mis estudios, todos los sueños que tenía y que deseaba se hicieran realidad algún día, les conté que no tenía dinero más que para lo elemental y que en tanto no iniciara las clases no sabía en dónde hospedarme ni si me alcanzaría con lo que tenía, ellos me contaron de cómo buena parte de la vida de aquel hombre había transcurrido en la cárcel y como sus experiencias las había escrito en un libro que se había convertido en un éxito editorial y hasta una película se había filmado, me ayudaron pagando mi primer hospedaje en Madrid y aquel día de reyes en que me fueron a buscar a donde vivía, me llevaron a comer, a apreciar el desfile de reyes por la calle de Alcalá y recorrer varios lugares, después de cenar me entregaron un libro autografiado y me dieron una tarjeta con su domicilio.

Hoy a más de veinte años de aquel regalo de reyes sigo pensando en dónde acabaría el libro autografiado y la dirección, me molesto conmigo mismo por no haber tenido la precaución debida para conservarlo y haber escrito un día al menos una carta, pero también le sigo agradeciendo enormemente a aquel matrimonio que me brindó su plática y compañía y que cuando más solo me encontré supo brindarme su mano y hacer feliz un día de reyes lejos de mi casa y a seis grados bajo cero.

LA VUELTA DE LOS MOROS

*Cuéntame el cuento del árbol dátíl
de los desiertos,
de las mezquitas de tus abuelos
dame los ritmos de las darbukas
y los secretos
que hay en los libros que yo no leo...
Cuéntame el cuento de las cadenas
que te trajeron,
de los tratados y los viajeros
dame los ritmos de los tambores
y los voceros
del barrio antiguo y del barrio nuevo.*

-Pedro M. Guerra

Mi contacto con la cultura árabe se limitaba al conocimiento y amistad que había tenido con algunos descendientes de libaneses que vivían y siguen viviendo en esta muy noble y leal ciudad de San Luis Minas del Potosí, familias dedicadas sobre todo al comercio de telas y algunos decían que al contrabando, situación que no me atrevo a afirmar, pero que no tiene nada de raro, sobre todo porque sus raíces históricas los sitúan como navegantes en el Mediterráneo cuando eran llamados fenicios, o bien en grandes caravanas que atravesaban las cálidas arenas de los desiertos del norte de África y medio oriente, algo más sabía por los números arábigos y el conocimiento de palabras de origen árabe que salpican y enriquecen a nuestro idioma, así es que como ustedes pueden apreciar no tenía en aquellos años un conocimiento muy profundo sobre esta cultura.

Cuando estudié la secundaria me obligaron en la materia de español a leer y releer, el Cantar del Mío Cid, poema épico que relata la historia de Rodrigo Dfáz de Vivar mejor conocido

como el Cid Campeador, he de confesar que la motivación que recibí en aquel entonces para enfrentarme a la lectura de tan importante historia, había sido casi nula y sólo lo hice por la necesidad de poder pasar la materia en aquella evaluación mensual, sin embargo como la maestra tampoco se había tomado la molestia de explicarnos que el pequeño libro estaba dividido en dos partes, una presentaba la historia en español antiguo y la segunda ya adaptada al castellano que hablamos o al menos pretendemos hablar en esta época, la tarea fue todavía más difícil pues me enfrasqué en una lucha por comprender todo lo que en la vieja lengua hablada en Castilla se me presentaba y con angustia veía transcurrir los días sin poder encontrarle cuadratura al círculo y cuando preguntaba algo a uno de mis compañeros, el que no estaba en los mismos problemas simplemente no había iniciado siquiera la lectura y el problema crecía en la medida en que nos acercábamos al periodo de exámenes, afortunadamente logré salvar la materia gracias a que mi madre me explicó en pocas palabras la historia de aquel extraordinario guerrero, los nombres de los principales personajes incluido el caballo y la espada, así es que a mi acordeón sólo tuve que agregar los nombres árabes, que me resultaban imposibles de aprender, pues no podía en ese entonces entender que el Califa Al-Mundir, estuviese estableciendo una gran influencia sobre lo que hoy es Valencia, pero que en aquel entonces se conocía mejor como el Sarq Al-Andaluz.

Algunos años después de haber tenido que leer y releer la historia del Cid, de haber aprendido que ganó su última batalla ya muerto cabalgando sobre su fiel Babieca y empuñando su espada “Cantora” y así haber expulsado a los moros de la península Ibérica, me encontré un día en la “Puerta del Sol” en pleno corazón de Madrid, con los libros bajo el brazo esperando que llegaran algunos amigos y observé que muchos de los jóvenes y viejos que se encontraban a mi alrededor no tenían las facciones de los españoles, que hablaban en una lengua

que me resultaba incomprensible y parecía que algunos discutían por la manera de expresarse, entonces escuché a dos mujeres que comentaban sobre la llegada de indocumentados marroquíes y argelinos, así como de centro y sudamericanos ,entonces comprendí que el Cid Campeador no había logrado expulsar del todo a los árabes y que si bien ocho siglos de dominio sobre los pueblos de la península Ibérica habían terminado muchos siglos atrás, aún seguían llegando, ya no para dominar y mandar, sino para buscar oportunidades de desarrollo y trabajo que en su tierra no podían encontrar, entonces entendí que no sólo los mexicanos y centroamericanos viajamos a los Estados Unidos para tratar de encontrar una mejor oportunidad, que la migración es un fenómeno global y los hombres seguimos yendo de un lugar a otro, para tratar de encontrarnos a nosotros mismos.

Los moros dejaron una gran herencia en los reinos de España, se enriqueció el castellano, aprendieron a cultivar los olivos y hacer aceite de oliva, a construir hermosos jardines, mejoró la cocina, los pintores crearon grandes obras, se llevaron las matemáticas y la astronomía, abrieron centros de estudio, conservaron y crearon grandes obras literarias, embellecieron a las mujeres andaluzas por el mestizaje que les dio grandes ojos negros y una piel morena.

En toda España encontré y sigo encontrando obras magníficas de arte e ingeniería desarrolladas por los árabes a lo largo de la historia, y no puedo dejar de admirar todo aquello que llegaron a crear y que ha quedado para bien de la humanidad, pues como dijo el poeta: “Contamíname, pero no con el humo / que asfixia el aire / ven, pero sí con tus ojos y con tus bailes / ven, pero no con la rabia / y los malos sueños / ven, pero sí con los labios / que anuncian besos”.

¡GORA EUSKADI!

*Y es que hay que viajar
antes de opinar
¿o todos los vascos
van con metralleta?
pues no, mire usted.
¿y están todos locos por ser de la ETA?
mire usted, tampoco,
habrá unos que sí
habrá otros que no,
si ha estado usted allí
habrá comprobado
que el problema vasco
es muy delicado.
Yo nací en Motril
y no le hago ascos
a un buen bacalao
a la Urdangarin.*

-Joaquín Sabina

Crecí con el conocimiento de que algunos de mis antepasados habían venido desde un lugar de España cercano a la frontera con Francia, específicamente conocido como el país vasco y no podía entender cómo dentro de un país podía existir otro, menos que tuviesen una lengua que no fuese romance, cuando se suponía que si vivían en la madre patria tenían la obligación de hablar el castellano tal y como lo hablábamos nosotros.

En aquellos años de la niñez poco o nada me había llegado a importar la identidad del pueblo vasco, y sobre todo, como mi abuelo a quien llamaban “el Güero” Aguirre, murió siendo yo muy niño, pues poco pude rescatar de las historias de aquellos que se vinieron al otro lado del atlántico con la

ilusión de “hacer la América”, y sólo años después en las pláticas sostenidas con mi abuela y mi madre me fui enterando paulatinamente de algunos aspectos de la cultura de aquel pueblo milenario de donde heredé algunos de mis cromosomas y desórdenes genéticos, pues como buen mestizo soy el resultado de una mezcla de genes y cromosomas que pondrían de cabeza al más avezado de los genetistas actuales que andan discutiendo sobre el mapa genético de los hombres y sus implicaciones en el campo de la medicina.

En 1973 me encontraba estudiando ingeniería cuando me enteré por medio de las noticias de televisión, que en España existía un grupo guerrillero llamado la ETA y que en un ataque en pleno Madrid habían acabado con la vida del militar Carrero Blanco, considerado como el brazo derecho del Generalísimo Francisco Franco, quien se hacía llamar “el caudillo de España por la gracia de Dios”, también me enteré que ETA significaba Euskadi Ta Askatasuna, lo que en castellano es patria vasca y libertad, fue en ese momento en el que se me despertó verdaderamente el interés por saber quiénes eran en realidad los vascos y porqué algunos de ellos andaban como poseídos poniendo bombas y ametrallando gente buscando la independencia de aquella porción de terreno comprendido entre España y Francia.

En 1979 cuando me encontraba estudiando el postgrado en España me tocó presenciar los restos de un atentado perpetrado por la ETA, contra un militar en el barrio de puerta del Ángel, a unas cuantas cuadras del lugar en donde me encontraba viviendo, aquella mañana no fui a la escuela, como buen curioso me dediqué a andar preguntando por todo el barrio a qué se debía aquello, por qué tan temprano, etc., he de confesar que mi labor detectivesca resultó nula, la gente no sabía nada y algunos maldecían en términos generales a los vascos sin saber o sin querer entender que el crimen había sido perpetrado por unos guerrilleros, pero no por todo un pueblo. Así con esa referencia sangrienta y el recuerdo de mis orígenes decidí ir al norte a buscar en Guernica, Bilbao, San Sebastián y de-

más lugares una explicación y respuesta a mis interrogantes.

Mi viaje a Euskadi se inició en la biblioteca y con un amigo originario de San Sebastián llamado Iñaki Zuloaga, quien comenzó por indicarme que no todos los vascos son etarras, que tampoco todos quieren separarse de España o Francia, que empezaron buscando poder hablar en euskera que es su lengua materna y que Franco había prohibido, querían ver su bandera a la que llaman ikurriña, ondeando sobre los edificios en sus provincias y no depender para todo del poder central, pero que la necesidad del gobernante los había situado en un plano desfavorable y rebelde, que después ya con la llegada del rey Juan Carlos muchas cosas se habían cambiado, pero que también los tercios etarras ahora exigían más y continuaban con sus tendencias guerrilleras.

Los restos arqueológicos más antiguos del País Vasco se remontan al paleolítico inferior. La evolución hacia el tipo vasco actual debió de iniciarse hacia los años 20,000 / 15,000 a.C y pudo haberse completado hacia el 2000, el euskera, por ejemplo, debió hablarse ya en torno al año 1000. La antigüedad de los vascos, la singularidad de su lengua, la única no indo – europea de Europa occidental, su presencia desde hace miles de años en los Pirineos occidentales, son hechos extraordinarios de este pueblo.

Los diferentes núcleos vascos colaboraron en distinta medida, con los romanos, incorporaron elementos del latín a su lengua y, antes o después, se cristianizaron, rechazaron el dominio de los visigodos y después de los francos, deshicieron la retaguardia del ejército de Carlomagno.

Cuando me encontraba inmerso en la preparación de mi primer viaje a las provincias vascas me sorprendió un examen de hidrogeoquímica que me situó en una posición muy peligrosa, pues estaba tan entretenido en entender los orígenes de la violencia en Euskadi y todo lo que han aportado al mundo los vascos, que por poco y aportan a un descendiente de vascos a las filas de reprobados.

En una ocasión se interrogó a varios vascos notables y actuales sobre qué significaba para ellos ser vascos, se recogieron muchas opiniones, pero de entre todas ellas vale la pena rescatar dos en esta ocasión, la primera es la opinión del tenista Alberto Berasategui quien dijo: “un orgullo, aunque por culpa de unos pocos la imagen noble y buena de los vascos se haya empañado. Yo tengo un compromiso: llevar el nombre del país vasco lo más alto posible” La segunda es la del filósofo y escritor Fernando Savater, quien dijo: “Ser vasco es uno de los azares de la existencia como ser varón, ser moreno. Es una de esas cosas que se encuentra uno. En alguna parte hay que nacer. Y yo me encuentro muy ligado a mi tierra”.

A México, en diferentes oleadas de emigrantes han llegado muchos vascos en diferentes épocas, muchos de los pueblos de nuestra nación tienen un nombre vasco y mucha gente no se ha percatado de eso, el directorio telefónico está lleno de apellidos vascos y nuestra hermosa bandera tiene los mismos colores que la bandera de los vascos y en la escuela cuando nos enseñan el significado de esos colores, están enseñando lo mismo que a los niños de Euskadi les dicen sus maestros sobre el rojo, verde y blanco.

Yo estoy orgulloso de mis orígenes, soy mestizo con una importante componente de vasco, tal vez por eso soy terco y obstinado, sigo teniendo familia en Euskadi, mi hermana que encontró en los Pirineos su destino, que vive rodeada de montañas verdes, que aprendió el euskera, que tiene un marido y dos hijos vascos que han aprendido a querer a México a pesar de la distancia, que saben que la Ikurriña tiene los mismos colores que la bandera mexicana y que los vascos y los mexicanos tenemos mucho en común, aunque no lo parezca.

Por cierto, el título de este pequeño relato es “Gora Euskadi”, lo que significa “Viva el País Vasco”.

UN BAÑO Y AL CINE EN DONOSTIA

*Hay que ver, hay que ver
cómo pasa la vida
parece que fue ayer
que dejé mi guarida
para echarme a volar
con mis alas cachorras
y empezar a juntar
pedacitos de gloria.
Hay que ver, hay que ver
cuánto tiempo ha pasado
yo sigo como ayer
igual de enamorado
de la luz y el color
del amor a hurtadillas
del sencillo valor
de las cosas sencillas.*

-Alberto Cortez

Mi interés por las funciones de cine se remonta a los años en que corría con frecuencia al viejo cine Potosí, escapándome de las obligaciones que tenía en casa, las tareas escolares y sobre todo de la realidad, pues ante las pantallas me extasiaba y podía vivir las aventuras de mis héroes, conocer países y admirar a mujeres hermosas, así que entre sueños de cinematógrafo, olor y sabor a palomitas de maíz, regaños por tareas no hechas, fui creciendo y empecé a conformar rutas de viaje que afortunadamente con el paso de los años se han ido haciendo realidad.

Las grandes películas mexicanas se filmaban en los estudios Churubusco en la ciudad de México, pero las joyas de la cinematografía se hacían en Hollywood y la verdad sea dicha en aquellos años no tenía ni idea del lugar o estudios en donde

se desarrollaban las cintas europeas, pero las veía con igual gusto y admiraba los paisajes urbanos y campiranos que se me ofrecían a través de las pantallas.

Un día me enteré de que en algunas ciudades se desarrollaban festivales cinematográficos, en donde se otorgaba un reconocimiento a las mejores películas, actores, guiones, directores etc., también que el evento de este tipo más difundido y consecuentemente el más selectivo era la entrega de los Oscar que se desarrollaba en Hollywood, California considerada la Meca del Cine, pero que también en Venecia, Berlín y San Sebastián, había muy importantes festivales y se daban cita las grandes luminarias del cine, en donde lucían todo su glamour, se proyectaban sus mejores obras y se les podía admirar de cerca, así que en mi mente empezó a inquietarme la idea de poder asistir en alguna ocasión a uno de estos lugares para poder admirar toda la magia del cine, pero en vivo y a unos cuantos pasos.

En 1979 cuando tuve la oportunidad de estar por vez primera en el país vasco, llegué hasta la más importante sede del cine europeo, desafortunadamente, no durante el festival internacional de cine de San Sebastián, ya que en esas fechas es prácticamente imposible conseguir hospedaje, todo se encarece y además me encontraba en plena época de clases en Madrid y de reprobar una materia por andar viendo artistas, no me salvaba ni el mismísimo “Santo” el “enmascarado de plata”.

Los vascos la llaman Donostia, una ciudad hermosa ubicada en el norte de España, es mejor conocida en el mundo entero como San Sebastián y los amantes del séptimo arte la califican como una ciudad de cine, hasta ella llegan durante su famoso festival los más prestigiados artistas, productores, guionistas, etc., se convierte durante unos días cada año en el ombligo del mundo artístico y se dice que sólo existe un atractivo mayor que las primeras actrices, los galanes del momento, los triunfadores del celuloide y ese atractivo es la bahía de la Concha a la que se considera como “La Perla del Cantá-

brico”, que coqueteando con su curvilínea figura es la estrella estelar en una ciudad de cine.

La Concha es todo un espectáculo cualquier día del año y a cualquier hora, sólo depende de sutiles matices: desde el estallido que en nuestras pupilas producen las bañistas en los calurosos días del verano, en donde se alternan espacios con toldos, tiendas de campaña y sombrillas multicolores, hasta la soledad de un atardecer rojizo en plena primavera. O los torneos deportivos que día con día se desarrollan sobre sus arenas, como el campeonato de fútbol playero en donde vemos a los jóvenes y viejos compitiendo entre sí y a donde las estrellas de la Real Sociedad de San Sebastián, el equipo donostiarra de la primera división española, acuden para convivir con sus fans, o los encuentros de paleta de madera que confirman el amor de los vascos por el juego de pelota. O los bañistas que reciben el invierno nadando en las gélidas aguas del Cantábrico que bañan a esta bahía.

La Concha es todo un espectáculo que esconde entre sus balaustradas el glamour de los años locos de la “Belle Epoque”, es la joya máxima de la costa vasca en donde confluyen los sueños de emigrantes y pescadores que atisban el mar buscando respuesta a sus inquietudes, de las parejas de enamorados que caminando por sus arenas van tejiendo ilusiones, es el refugio de los que tratan de entender el porqué de la lucha que sigue sacudiendo a los vascos a pesar de todo, de las estrellas del cinematógrafo que acuden al norte de España a un festival que se desarrolla entre el olor de las sardinas asadas, el bacalao, los vinos tintos y blancos.

Me habían dicho que las aguas del Cantábrico son frías durante todo el año, que es necesario estar habituado a sus características para atreverse a nadar en ellas, sin embargo y a pesar de que la noche anterior había caído una tormenta de colosales dimensiones que admiré desde el puente de Zurriola Zubia, donde las olas nos bañaron y espantaron con su rugir, me decidí aquella mañana de primavera a entrar al mar

antes que mis compañeros de viaje para poder impresionar a unas amigas que habían acudido con nosotros a aquel viaje, me sentí el “muchacho chicho” de la película “gacha” y tras una carrera hasta el mar y lanzarme de clavado a la parte baja de una ola para evitar un revolcón, por poco y pierdo la respiración, por lo helado de aquel mar al que menosprecié, salí como pude, decían que de color casi azul, jalando aire y tratando de evitar la hipotermia, pero aquella mañana efectivamente fui el “muchacho chicho”. Por la tarde fuimos al cine en donde se proyectan las obras que participan en el festival, para asistir a la presentación del “Francotirador” interpretada por Robert De Niro, no había actores ni nada glamoroso sólo un grupo de jóvenes latinoamericanos que compartían el sueño de conocer el lugar en donde se desarrolla el más importante festival de cine en Europa y vivir la alegría de las noches en Donosita, tras haberse zambullido en un mar mucho más helado que nuestro caribe.

EL SAGRADO CORAZÓN DE BILBAO

*Yo puse las espinas en la frente,
los clavos en los pies y en ambas manos;
después rompí a llorar amargamente
la muerte de mi hermano.
Por mí se hace polémica la duda,
¿quién soy, dónde voy, de dónde vengo?
A través de los tiempos tan aguda
Que por ella renazco y me sostengo.*

-Alberto Cortez

Si no pasaba todos los días por la calle de la independencia, si lo hacía con bastante frecuencia y nunca me había percatado que tras el viejo y poco estético edificio que albergaba a la delegación de la Cruz Roja, se encontraba un ventanal que al quedar al descubierto de manera completa nos maravilló a todos aquellos potosinos que no observábamos con detalle y mucho menos a cierta altura, pero gracias a la visión del gobernador Antonio Rocha se demolieron las viejas y horrosas edificaciones hospitalarias para dar espacio a la plaza de Aránzazu y como por arte de magia se desplegó la riqueza barroca de aquel ventanal construido por artesanos indígenas bajo la dirección de los maestros arquitectos y misioneros franciscanos que habían llegado a esta muy noble y leal ciudad, conocía la capilla de Aránzazu que se encuentra en el interior de lo que hoy se conoce como el Museo Regional Potosino y que en el pasado fue parte del convento franciscano, sabía también que la palabra Aránzazu es de origen vasco y significa ¿entre espinas tú?, y que fue esa la expresión que un pastor empleó para dirigirse a una imagen de la virgen que encontró en medio de un zarzal en Euskadi, también que la imagen que se encuentra en la capilla había sido traída por alguno de los misioneros oriundos de las vascongadas que habían llegado a

esta ciudad durante la época de la colonia.

Otra de las cosas que aprendí de joven fue el que nuestra universidad, fue anteriormente un colegio construido y administrado por los jesuitas, quienes también habían edificado y ocupado el templo de la compañía de Jesús, hasta que se decretó su expulsión de toda la Nueva España, sin embargo, la influencia de esta orden de religiosos ha sido tan importante que a pesar de expulsiones y persecuciones han logrado influir grandemente en el pensamiento universal, a tal grado que han sido considerados como religiosos revolucionarios e intelectuales, algo que no se puede decir de muchos curitas que andan por ahí dando de qué hablar por sus ideas retrógradas y poca apertura a las corrientes innovadoras del pensamiento.

Un jueves de esos tequileros, con cielo nublado, un poco de frío y pocas ganas de entrar a clases un grupo de amigos tomamos la decisión de encaminarnos al norte de España, específicamente a Vizcaya, una de las provincias vascas para conocer Bilbao, o Bilbo, como le llaman en euskera sus habitantes, así que con sólo unas cuantas pesetas en los bolsillos, una mochila de excursión a la espalda, un saco de dormir y mil ilusiones, abordamos el tren en la estación de Chamartín.

Muy cerca de Bilbao se encuentra un pequeño pueblo llamado Loyola, en él nació en 1491, un hombre que fue bautizado como Iñaki, que en castellano se traduce como Ignacio, de apellidos López de Recalde hoy mejor conocido como San Ignacio de Loyola, dicen que fue como todos los muchachos un poco alocado y desordenado, que se echaba la pinta del colegio para irse a nadar al río, que le gustaba andar de enamorado y que su pobre madre cada vez que recibía la boleta de calificaciones se situaba al borde del infarto, pero un buen día “Nacho” o “Nachito” como lo llamaba su abuela, se enlistó en el ejército y se fue a recorrer los caminos de la milicia en donde anduvo repartiendo golpes, espadaos y todo lo que pudiese darle al enemigo, hasta que salió uno más bravo que él y lo dejó herido en el sitio de Pamplona, así es que fue a

dar a un hospital en donde al no tener gran cosa que hacer, se dedicó a la lectura de libros piadosos (qué bueno que todavía no se inventaba la televisión) lo que lo llevó a una profunda revisión de sus sentimientos y lo que había venido haciendo en su vida, tomando la decisión de que a partir de ese momento pintaba su raya y cambiaba su forma de actuar, además eso de andarse exponiendo a quedar herido en plena batalla o en la calle pues no era muy sano, motivo por el cual se dio de baja del ejército y se retiró a la cueva de Maresa en donde le dio por escribir los Ejercicios Espirituales, después en compañía de algunos de sus amigos y seguidores fundó una nueva orden religiosa con una fuerte influencia militar, lo que se denota en su mismo nombre pues la llamó “La Compañía de Jesús” y de ahí salieron a conquistar con la Biblia en la mano y en algunos casos con espada a la cintura los diferentes lugares de este planeta que para entonces ya había crecido y mucho con el descubrimiento y conquista de América, así como la expansión del imperio Español hasta el oriente, Iñaki de Loyola fue una figura dominante de la contrarreforma, un religioso militar que tuvo la visión de sembrar espíritu de lucha y estudio entre los miembros de su orden, influencia que se sigue sintiendo hoy en día.

Caminábamos por la gran vía, la principal arteria de Bilbao tras una noche de juerga en el casco viejo de la ciudad, en donde el chacolín combinado con cerveza y otras bebidas espirituosas había causado estragos en aquel reducido grupo de estudiantes latinoamericanos, que había preferido gastarse las pesetas en comida y bebida que en hospedaje, cuando al fondo alcancé a descubrir un enorme monumento al Sagrado Corazón que con los brazos abiertos nos recibía, a sus pies colocamos nuestros sacos de dormir y dormitamos por unos momentos, hasta que la policía nos invitó a movernos a un parque vecino u otro punto, en donde no diésemos una mala imagen.

Al amanecer, pude ver cómo el sol se recortaba sobre aquel enorme monumento del Sagrado Corazón de Jesús que

con su dulce mirar transmite su mensaje a quienes van por esos caminos, en el silencio de una mañana de domingo en donde una ciudad desvelada no se levanta temprano, traté de entender todas aquellas situaciones contradictorias que confluyen en ese punto, ahí en la tierra en donde nació la Compañía de Jesús, en donde surgió la ETA, de donde han partido tantas oleadas de emigrantes, cerca de donde se encuentra el santuario de Aránzazu y en donde se han cometido tantos atentados por los etarras, me di cuenta de lo difícil que es entender la naturaleza humana.

Hoy en día sigo tratando de encontrar la explicación a muchos de los misterios de nuestro comportamiento, y creo que me confundo más. He vuelto a Bilbao y me he sentado en el mismo sitio en donde hace más de veinte años siendo estudiante me recibió aquella imagen de Jesús, tras una noche de juerga y espero que un día me ayude a despejar las dudas que siguen en mi mente, no pido que me ilumine como a Iñaki, sólo que me dé un poquito de paciencia y capacidad de comprensión para con los demás.

GRACIAS MAMÁ

*Se le hinchan los pies.
El cuarto mes
le pesa en el vientre
a esa muchacha en flor
por la que anduvo el amor
regalando simiente.
Si la viese usted
mirándose
feliz al espejo
Palpándose el perfil
y trenzando mil
nombres en dos sexos
A su manera
floreció la primavera
para dar gracias al sol
y perfumar la vereda.*

-Joan Manuel Serrat

A lo largo de mi vida he podido encontrar muchas formas de viajar, en algunas ocasiones sin tener que despegarme de mi casa, he podido recorrer los más increíbles países y lugares siguiendo la ruta de Marco Polo, el capitán Nemo, Cristóbal Colón, Yuri Gagarin, Hernán Cortés o Robur el conquistador, entre muchos otros viajeros incansables, pues por medio de los libros mantuve mis primeros contactos con el mundo exterior a mi querido San Luis Potosí.

En otras ocasiones a bordo del automóvil familiar, de un tren o un autobús fui recorriendo diferentes caminos al lado de mis padres y hermanos para que por medio de la vista, el oído y el olfato se fuesen introduciendo hasta lo profundo del subconsciente las diferentes imágenes de la geografía de mi patria y más adelante de los Estados Unidos de Norte Améri-

ca, hasta donde viajábamos con cierta frecuencia para poder visitar a mi abuela Aurora y los hermanos de mi madre, así poco a poco o bien peu à peu como dicen los franceses, me fui volviendo amante de la libertad que sólo se puede encontrar en los caminos que el buen Dios nos ofrece para saciar nuestra curiosidad, pero también para que nuestras dudas existenciales se amplíen y nos dé por caminar más y más lejos, tratando de encontrarle la cuadratura al círculo, conociendo a otras gentes, escuchando diferentes idiomas y dialectos, percibiendo el exquisito olor del pan horneado bajo diferentes técnicas y con diferentes sabores, bebiendo el vino de diferentes cosechas hecho con uvas cultivadas en diferentes terrenos, colores y paisajes han llenado mis ojos, voces y cantos mis oídos, aromas exquisitos han entrado para inundar mi ser y sin embargo sigo con la inquietud de tomar una mochila, unos buenos zapatos y abordar nuevos trayectos que me lleven a lugares conocidos y sin conocer.

De pequeño mis inquietudes de explorador tomaron dos vertientes la del escultismo y la de la vagancia, en la primera encontré las maravillas de la naturaleza que ya de muchacho me orillaron a estudiar geología, para estar en un mayor contacto con los bosques, desiertos y montañas, en esta etapa de mi vida jugó un papel decisivo Emmanuel Coulón, quien no sólo me enseñó a hacer nudos y practicar los primeros auxilios, sino que me mostró todo lo que podía alcanzar valiéndome por mí mismo y en compañía de otros muchachos que como yo buscaban algo más que un pasatiempo, fue mi madre quien pensó que en los boy scouts podrían hacer algo por su hijo y canalizar mi hiperactividad de una manera positiva, tal vez nunca se imaginó que al llevarme aquel sábado con un pantalón corto y casi a fuerzas iba dándome las herramientas para llegar a ser un profesionalista y amante de la naturaleza. En cuanto a la vagancia pienso que debería de quedarme callado, pues en más de una ocasión por esa razón causé mortificación a la familia entera, cuando transcurrían las horas y

no sabían nada de mí, como en aquella ocasión en que me reportaron como extraviado o que tal vez me habían llevado los robachicos, lo que provocó una movilización de la policía hasta que aparecí en casa y entre llantos, abrazos y regaños recibí uno que otro cintazo bien merecido, pero que en aquel momento consideré como una ofensa y exageración. Las escapadas de la escuela, con su consecuente reporte escrito en un papel de color llamativo y el llamado para que mis padres acudieran a platicar con el director fue parte también de mi vida en la primaria, en donde siempre mamá o mi abuelo paterno fueron quienes dieron la cara, pues mi padre por el trabajo no podía acudir a recibir los llamados de atención por el indisciplinado y vago hijo, pobre de mi madre ya que yo sólo fui la primera cuenta de un largo Rosario de llamados de atención por seis hijos que sobrevivieron de siete que fuimos, y en donde a lo largo de muchos años se vio penando por direcciones y salones de clase para recibir siempre quejas y más quejas de sus hijos, sin importar que fuesen hombres o mujeres, reproches que no hacían más que mostrar la intolerancia de los maestros a las inquietudes de los muchachos.

Un día tomé mi mochila y otra maleta, recibí la bendición de mis abuelas y mi madre y entonces chico se me hizo el mundo para andar “pata de perro”, brinqué el charco y llegué a vivir a Madrid (de lo que ya les he contado algo), pero nunca pensé qué habría pasado en casa tras abordar el avión. Hay veces los hijos somos demasiado egoístas y sólo pensamos en nosotros mismos, sin importarnos los sentimientos de nuestra familia, a partir de ese momento mi vida cambió, me despegué casi por completo del seno familiar, pues de eso hace ya 22 años y nunca volví a vivir con mis padres, nunca me pregunté si papá y mamá me extrañaban, jamás pensé en lo que mis hermanos y demás familiares podían haber vivido, como tampoco pensé en lo que habría en el corazón de mamá, el día en que mi hermana Isabel tomó sus maletas para irse a Francia, so pretexto de estudiar y conocer, para ya sólo volver de vez

en cuando en calidad de turista con un pasaporte francés, marido e hijos, que nos ven como la familia en América y a los que sólo vemos de vez en cuando y con los que nuestro contacto se reduce a unas cuantas cartas y e mail.

Hace unos años José Ramón, el mayor de mis hijos partió a un viaje de intercambio en Austria que duró un año, mi esposa y yo acudimos a despedirlo al aeropuerto de la Ciudad de México, se nos hizo un nudo en la garganta, pero sabíamos que volvería a seguir estudiando y consecuentemente a casa, hoy han transcurrido dos años de ese momento y lo hemos acompañado a Monterrey, a donde partirá en el verano para estudiar letras españolas, por los próximos cinco años y después, sólo Dios sabe hasta dónde llegará en la búsqueda de un grado académico mayor. Eduardo, el segundo de nuestros hijos partirá también en el verano a un programa de intercambio a otro país y entonces sí nos quedaremos solos mi mujer y yo, como hace 20 años cuando estábamos recién casados.

Ahora entiendo lo que mis padres sintieron cuando uno a uno nos fuimos yendo muy lejos, a recorrer caminos, a encontrar a otras gentes y beber otro vino, pero qué le vamos a hacer, esa es la ley de la vida, y se cumple tarde que temprano, sobre todo cuando uno es “pata de perro”, pues no tiene más remedio que heredarlo ya que está comprendido en el mensajero genético de nuestros cromosomas.

En una ocasión escribió Facundo Cabral: Me gusta ir con el verano muy lejos/ pero volver donde mi madre en invierno/ y ver los perros que jamás me olvidaron/ y los abrazos que me dan mis hermanos.

Quiera Dios que a mis hijos les guste como a Cabral, volver en el invierno.

ENTRE LAS CHIVAS DE GUADALAJARA Y EL ATHLETIC DE BILBAO

*La para con la cabeza,
la baja con el pecho,
la duerme con la izquierda,
cruza el medio campo
con el esférico
pegado a la bota,
se va de volante
y entra en el área grande
rifando la pelota,
la esconde con el cuerpo,
empuja con el culo
y se sale de espuela
se mea al central
con un tuya, mía, con dedicatoria
y la toca justo, para ponerla
en el camino de la gloria.*

-Joan Manuel Serrat

El primer deporte que practiqué de manera más o menos organizada fue el fútbol, ya que en el colegio era la pasión imperante y raro resultaba el maestro o alumno que no se animara a andar corriendo tras un balón en los recreos y en cualquier momento libre, así es que fui creciendo con una afición que me llevó a establecer colección de banderines que adornaron por muchos años las paredes de mi recámara, fotografías de mis ídolos fueron pegadas en la puerta del clóset y en la tapa del mesabanco escolar, situación que en más de una ocasión me orilló a recibir un regaño por andar maltratando el patrimonio escolar y lo más grave de todo no era que aquella acción me llevara a recibir un regaño, sino que traía consigo invariablemente el trabajo de despegar, limpiar y pintar el lu-

gar desde el que debía de adquirir conocimientos, que como decían los maestros “me hicieran un hombre de provecho y buen ciudadano”, sin embargo lo que más me dolía era destrozar las fotografías de Chava Reyes, el Tigre Sepúlveda y los demás integrantes del “rebaño sagrado” el campeonísimo Guadalajara, que con su playera rayada en blanco y rojo, sus pantaloncillos y medias azules, me hacían soñar y narrar los encuentros deportivos al estilo de don Fernando Marcos o Ángel Fernández, bajando el volumen a la televisión hasta que me regañaban por no dejar escuchar nada y era sometido mediante un coscorrón, así la afición me orilló también a gastar mis domingos enteros en la compra de las revistas especializadas en el tema y en la colección de álbumes de estampas que nunca pude llenar por más dinero que invertí y volados que jugué con mis compañeros, pero eso sí, cómo me divertía. Fue precisamente en uno de aquellos álbumes que descubrí a un equipo español que tenía un uniforme muy parecido al del glorioso Guadalajara, lo que de inmediato atrajo mi atención y me llevó a investigar quiénes eran estos vascos y cómo les iba en la liga de su país.

Cuando estudiaba la primaria fui poseedor de una camiseta del Guadalajara, y en aquel entonces sí eran verdaderamente bonitas ya que sólo llevaban el escudo del equipo del lado izquierdo, el lado del corazón, por eso se decía que se llevaban los colores en la sangre, no como ahora que las casacas de los equipos tienen más publicidad que la sección amarilla, a tal grado que ya casi nadie se puede identificar con los colores de su equipo favorito, pues entre anuncios de firmas cerveceras, cementeras y hasta casas de masajes se ha ido matando el amor por la camiseta. Pues bien, aquella camiseta de las “chivas” también se convertía en parte del uniforme del Athletic, pues al ponérmela al revés no se veía el escudo del Guadalajara y entonces tenía dos uniformes en uno, hasta que descubrí en una fotografía a color y bastante nítida que el pantaloncillo y medias del equipo bilbaíno no eran azules como

los de mis “chivas” sino negros, pero al fin y al cabo los amigos no sabían aquello, y entre juego y juego seguí alternando los nombres de los equipos mexicano y español en mi mente, mientras corría como poseído tras un pesado balón de cuero y volvía a casa hecho un asco, aterrado, sudoroso y apesoso, soñando que había jugado aquella tarde en el estadio Jalisco y luego en el San Mamés, la casa del Athletic.

En la primer ocasión que tuve la oportunidad de estar en Bilbao la capital vizcaína, me dirigí a la casa del equipo que tanto me había interesado desde niño, el estadio San Mamés, la catedral del fútbol ibérico, esperaba encontrar una cancha rodeada de grandes estacionamientos y áreas verdes como los estadios de la C.U. o el Azteca, pero lo que encontré fue muy distinto pues la cancha del Athletic es como una isla en medio de edificios de apartamentos en cuyas plantas bajas abundan los bares y restaurantes y el lugar en donde estuvo el viejo estadio de Bilbo es ahora la central de autobuses, así aquella tarde de domingo en que se enfrentaban mis dos equipos predilectos en el balompié español, el Atlético de Madrid contra el Athletic de Bilbao me tuve que conformar con escuchar la transmisión radiofónica desde las cercanías de aquella cancha de balompié, pues ya no alcancé boletos y si hubiese habido tampoco habría podido entrar, pues un pobre becario del tercer mundo a duras penas alcanza para comer en aquellas latitudes, aquella tarde el marcador fue un salomónico dos a dos.

Las “chivas” sólo admiten como jugadores en sus filas a mexicanos y el Athletic exclusivamente a vascos, unos son nacionalistas, los otros son regionalistas, los dos han aportado siempre jugadores a sus selecciones nacionales, los dos llevan una camisola rojiblanca, en el estadio Jalisco la afición ondea banderas rojiblancas al igual que en el San Mamés, el equipo tapatío es considerado el campeónísimo del balompié mexicano mientras que el Athletic ha obtenido ocho campeonatos de liga y 23 de copa, por lo que es conocido en España

como el rey de copas, los dos hace ya mucho que no ganan un título y luchan por salir adelante con su tradición y nombre, ambos equipos han permanecido siempre en la primera división.

Poco antes de que diera comienzo la copa del mundo de Francia en 1998, me encontraba en Bilbao en tránsito hacia el país galo, acudí como 19 años atrás al San Mamés, ahora sí había tenido el dinero suficiente para ingresar a la catedral del fútbol español, para presenciar el encuentro con que se festejaban los cien años del equipo vizcaíno, ahí desde las tribunas pude apreciar como uno a uno fueron saltando a la cancha los integrantes de la selección nacional del Brasil que en aquella extraordinaria noche bilbaína se enfrentó a los aguerridos vascos del Athletic de Bilbao, el resultado fue un empate, la fiesta por el aniversario y el empate ante el campeón del mundo se prolongó hasta el amanecer y mientras caminaba por la Gran Vía pateando una lata de refresco, comencé a recordar los años de la primaria en que descubrí en un sobre de estampas el escudo de aquel equipo al que pude ver jugar en vivo tras más de treinta años de espera, de pronto las imágenes de la niñez vinieron una tras otra, el volado para escoger compañeros de equipo, la camisola que en un tiempo era de las “chivas” y al siguiente del Athletic, los gritos de los amigos de la niñez se confundieron con el eco de la algarabía de los noctámbulos que festejaban. Chuté la lata y clavé un extraordinario gol justo en la puerta del Corte Inglés, y corrí festejando mi anotación por la calle agitando la bufanda conmemorativa que hoy forma parte del decorado de mi estudio.

Valió la pena esperar tantos años para estar en la catedral del fútbol y anotar aquel gol en pleno Bilbao, porque como dijo Don Fernando Marcos; “el último minuto también tiene 60 segundos”.

LAS VENTANAS DE LA HABANA

Añádele amarillo de la China y un rojo corazón al estribillo para bailarte un son con tu vecina caliente y sabrosón. Y si abres las ventanas de la Habana, Madrid o Nueva York, detrás de un cielo negro puede que veas un dios mulato dibujando el arco iris con su rotulador.

-Joaquín Sabina

Un día de hace ya muchos años cuando apenas era un niño, me encontraba como muchas otras tardes, apreciando una película en donde Santo el “enmascarado de plata”, se enfrentaba a un grupo de mafiosos que tenían aterrorizado a medio mundo y cuyo centro de operaciones se encontraba en una mansión de la capital de Cuba, desde esa preciosa residencia los gánsteres dirigían a diferentes bandas del crimen organizado en varios países y por supuesto disfrutaban de los placeres que la paradisíaca isla caribeña ofrecía, sin embargo el enmascarado mexicano los enfrentaba y lograba vencer a pesar del agobiante calor que se sentía en aquellos hermosos parajes, calor que seguramente hacía imposible poder aguantar la máscara por mucho rato, sin embargo, eso era pan comido para el heroico luchador que podía resistir eso y más, para llevar con dignidad lo incógnito de su personalidad mientras corría y golpeaba a enemigos en pleno malecón o frente al capitolio habanero. Ahí nació mi interés por conocer “cubita la bella” algún día y recorrer los caminos que mi ídolo había recorrido, tal vez si tenía suerte podría llegar a enfrentarme a algún malo y derrotarlo.

En casa era frecuente escuchar música cubana interpretada por Dámaso Pérez Prado creador del mambo, Benny More mejor conocido como “El Bárbaro del Ritmo”, Celia Cruz la

guapachosa cantante refugiada en Miami, o a la orquesta de Enrique Jorrín quien al ritmo de “los marcianos llegaron ya y llegaron bailando chachachá”, ponía a bailar a mis padres, quienes siempre han sido excelentes bailaradores, y hasta la fecha conservan el gusto por los diferentes ritmos, para sacarle como se dice “brillo a la duela”, así es que bajo la influencia de la “guantanamera” y otras melodías como el “mambo universitario”, fui creciendo y envidiando la soltura y gusto por el baile que tienen mis padres y que por desgracia no heredé, pero también se desarrolló el deseo de poder visitar algún día la isla de donde habían salido tantos músicos geniales.

Como buen aficionado al juego de pelota, fui conociendo las estrellas del beisbol cubano que habían venido a jugar a México, y una que otra que había logrado llegar a las grandes ligas, así mismo me enteré que en La Habana había un gran equipo llamado los “Sugar Kings”, y que entre sus hazañas se encontraba la de haber derrotado en juegos de exhibición a conjuntos de las grandes ligas, motivo más que suficiente para estar un día sentado en las tribunas del parque de pelota para poder presenciar un encuentro entre equipos antillanos.

Por muchos años me concreté a llevar un seguimiento de lo que pasaba en Cuba, sólo por las notas periodísticas que a través de los diferentes medios de comunicación llegaban a mis manos, y por lo que platicaban quienes habían tenido la oportunidad de efectuar un viaje que se antojaba misterioso e interesante, pero hay ocasiones en las que por más que uno desea poder hacer algo, simplemente no se puede y eso era lo que a mí me sucedía, tenía ganas pero no podía, y cada vez que se presentaba la oportunidad de ver una película cubana, leer a José Martí o Nicolás Guillén, o escuchar el son cubano, no dejaba de hacerlo ya que de esa manera lograba efectuar el tan anhelado viaje.

Un día de esos en que se levanta uno por el lado derecho de la cama, en que la vida le sonrío a uno cara a cara y todo le sale bien, se me presentó la oportunidad de efectuar un via-

je de estudios a la república de Cuba, para asistir al Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría para compartir nuestras experiencias en el estudio de las aguas subterráneas y el medio ambiente, así es que de golpe y porrazo me imaginé persiguiendo gánsteres por las calles del Vedado, navegando frente a la bahía de La Habana, o bailando en un centro nocturno cual pachuco bailarín, baila mambo extraído de una película de Juan Orol, en donde las mamboleras caen bajo el embrujo de una billetera y una buena pistola que un maloso muestra, mientras se toma una cuba libre, y arroja volutas de humo desprendidas de un aromático habano.

Ante la proximidad del viaje sobraron los consejos, dados por quienes nunca habían viajado a la isla, pero que sintiéndose con toda la autoridad de un erudito en la materia, aconsejaban llevar prendas íntimas femeninas, lápices labiales, perfumes y cuanta cháchara fuese posible para intercambiarlas por aventuras con las llamadas “jineteras”, hubo quien en el colmo de la desinformación me aseguró que jamás en mi vida podría recibir visa estadounidense por haber desafiado la estúpida disposición del bloqueo y que además quedaría señalado en los archivos del FBI, por simpatizar con las ideas del comandante en jefe, suprema ignorancia de quienes piensan que no tenemos la libertad para ir por donde se quiera y que en Cuba todo mundo está tratando de vender aventuras sexuales, como en cualquier otro lugar no falta quien le da vuelo a la hilacha y le va muy bien, y luego andan hablando de más o bien nunca falta el que se siente galán de cine, radio, televisión y compact disc y acaban inventando mil y un fantasías, en donde el viagra es para ellos algo muy lejano.

Para muchos de nosotros Cuba es sólo una isla, pero en la realidad el archipiélago cubano está formado por las islas de Cuba y la Juventud y alrededor de 4,195 cayos o islotes, se sitúa en el Mar Caribe, a la entrada del Golfo de México. La separan 140 kilómetros de Las Bahamas, 180 de la Florida, 210 de Cancún y 146 de Jamaica.

En La Habana he pasado semanas inolvidables, me he bañado en el Mar Caribe, me he refrescado bebiendo Tropicola, una versión cubana de la Coca Cola, he caminado y observado el atardecer desde el malecón por el que el Santo el “enmascarado de plata” perseguía a malhechores en aquella película de la que he olvidado el nombre, me he sentado en el parque de pelota para ver jugar a los Industriales de La Habana, porque los llamados “Sugar Kings”, desaparecieron después del triunfo de la revolución, pero de las filas de los equipos cubanos siguen saliendo grandes peloteros que luego emigran o se escapan para jugar en las ligas mayores en donde triunfan, pero la selección cubana sigue siendo el indiscutible campeón olímpico. He admirado a las bellísimas mulatas que bailan en el Tropicana y otras que caminan salerosamente por las calles y como dicen mis amigos; los gallegos hicieron dos cosas buenas por Cuba, las alpargatas y las mulatas.

En Cuba he encontrado un espíritu de solidaridad que no he apreciado en otros lugares del mundo por los que he tenido la fortuna de ir, amor al deporte y el estudio, alegría y música, pobreza y camaradería y en cuantas ocasiones he tenido la oportunidad de volver, siempre mis queridos colegas y amigos están ahí esperándome para ir a tomar un ron patí cruzado o un mojito, mientras disfrutamos de la buena música y la amistad que nos une.

*Pero cuando veo una habanera
toda la sangre se me alborota
y si veo yo una santiaguera
entonces sí que boto la pelota.*
- Billo Frometa

BASEBALL TONIGHT

*Hermano que te vas a California
121 de PAN AM.
Cuéntale a esa muchacha que te espera
también la quimera,
la esperanza y el ayer
que colgaste en la ventana
que será suya mañana.
Y de vez en cuando,
sólo de vez en cuando,
recuérdanos.*

-Joan Manuel Serrat

Me encuentro en una cómoda butaca del estadio de beisbol de los Dodgers de los Ángeles, llevo puesta mi chamarra oficial del famoso equipo angelino, mi gorra azul con una LA mayúscula al frente, y no dejo de admirar la pantalla electrónica y la iluminación de este formidable parque de pelota, mientras voy tomando tragos de mi bebida favorita y doy una mordida a un enorme hotdog, volteo a ver a mi esposa y la pobre está dormida en medio de aquella algarabía, que lejos de emocionarla la aburre, me ha dicho muchas veces que no entiende nada de nada de este hermoso deporte y poco le importa lo que está haciendo desde la loma de los disparos el más grande beisbolista mexicano de todos los tiempos, Fernando "el Toro" Valenzuela, en aquella noche californiana de 1981, cuando a la altura de la séptima entrada mantiene a raya a los Mets, con una blanqueada impresionante, de pronto me viene el recuerdo de aquellos años de la niñez en que llegaba corriendo a encender el viejo radio de bulbos de la sastrería de mi abuelo...

Estamos en la parte baja de la novena entrada, tenemos corredores en la antesala y la primera base, mientras se va aproximando pausadamente a la caja de bateo el "Superman

de Chihuahua”, el más grande bateador de todos los tiempos en la liga mexicana, este hombre es Héctor Espino, quien busca dar el batazo que defina este trepidante encuentro entre los Sultanes de Monterrey y los Diablos Rojos del México. El lanzador toma la señal del catcher, mientras una gota de sudor escurre por su nariz produciéndole un cosquilleo que no puede atacar, presenta la bola y su brazo se estremece como un látigo mientras la pelota sale a una velocidad de más de 90 millas, pero el jonronero también ha puesto la mirada en la esférica que se estrella con el bate y sale disparada en sentido contrario a gran altura y con una velocidad endemoniada y... la bola se va, se va, y se fue... y el juego y la serie por el campeonato se inclinan con el equipo de la sultana del norte. “Y recuerde, no se vaya que esto se pone bueno con una jugada doble filo Gillette”, reza el comercial.

Mi afición por el juego de pelota nació en la sastrería de mi abuelo en donde religiosamente se encendía la radio para escuchar las transmisiones del beisbol, y más tarde en la escuela y las calles del barrio jugando “gatito bateador” y barriéndome en las calles adoquinadas se acabaron muchos pantalones en la zona de las rodillas o en la parte trasera, mientras en mi fantásiosa mente se desarrollaban los juegos de la liga mexicana o de las grandes ligas en donde los Dodgers de Los Ángeles siempre resultaban triunfadores, pasando sobre los Orioles de Baltimore, Indios de Cleveland y los mismísimos Yanquis de New York.

Un día me presenté en las canchas de la liga pequeña de beisbol para enrolarme en un equipo, llevaba un viejo guante que había sido de mi padre, mi playera a rayas y la cachucha de los Dodgers que mi abuela me había traído de California, el primer día fue como un viaje a los campos de entrenamiento de un equipo de grandes ligas, todo fue novedad y aventura, hasta que volví a casa hecho un polvorón y con los pantalones de mezclilla rotos, para recibir el enésimo llamado de atención por mi poco cuidado y aseo, pero la verdad me valía, el juego

representaba más y sobre todo la diversión y el ver cumplidas mis ilusiones, de camino a casa llegué a la sastrería para escuchar por la radio la transmisión de uno más de los encuentros de pelota que tanto me entusiasmaban, pero ahora ya podía contarles a los sastres los resultados de aquella primera incursión por los diamantes, había dejado de ser de la noche a la mañana un simple espectador para convertirme en uno más de los protagonistas del fascinante mundo del beisbol.

En el mes de octubre por nada del mundo me podían despegar de la televisión o del aparato de radio, en donde veía o escuchaba los juegos de la serie mundial, a tal grado que en una vieja libreta que no había servido para anotar teoremas de Pitágoras, ni ejercicios ortográficos en la escuela, sí había podido capturar toda la magia de cada uno de los juegos, ya que llevaba las anotaciones y pegaba recortes de las fotografías de los grandes peloteros.

En más de una ocasión mi padre me llevó a ver juegos de la liga mexicana a diferentes ciudades y muchas veces asistí al estadio “Veinte de Noviembre” que en aquellos años se ubicaba en la calle de Nicolás Zapata en pleno centro de la ciudad, y más tarde al nuevo estadio en la unidad deportiva Adolfo López Mateos, para presenciar los encuentros de los equipos potosinos que militaron en la liga central mexicana en donde jugaban las sucursales de los equipos estelares de nuestro beisbol.

Durante la niñez y juventud tuve la oportunidad de viajar en innumerables ocasiones a los Estados Unidos de Norteamérica, para visitar a mis tíos y abuela, sin embargo, no tuve la fortuna de poder asistir a un juego de grandes ligas y sólo me tenía que conformar con verlos por la televisión, eso sí a colores y con transmisión en inglés de la cual no entendía nada, pero le daba un sabor muy especial ya que no era lo mismo escuchar cómo se narraban las jugadas en español a escucharlas en su lengua nativa, además con sólo ver y poder apreciar bastaba, ya que tan sólo en una oportunidad pude asistir en

El Paso, Texas, a un juego del equipo local que no militaba en grandes ligas, sino en las sucursales de los equipos mayores, pero de todas formas para mí fue una experiencia inolvidable, que sirvió para incrementar mi pasión por el rey de los deportes.

En julio de 1979, me encontraba muy lejos de mi patria pues estudiaba en Madrid y estaba pasando por un largo ayuno beisbolero, pues en España poco o ningún interés tienen por el beisbol, y sólo algunos estudiantes latinoamericanos lo practican y la transmisión por televisión de algún juego era sólo un sueño, pues ninguna de las cadenas televisivas mostraba interés en ese deporte norteamericano, así es que sólo me tocaba, si tenía fortuna, escuchar muy de vez en cuando la transmisión de algún juego o noticias por medio de la estación de radio de la base aérea de los Estados Unidos ubicada en Torrejón de Ardoz, y fue precisamente en uno de aquellas transmisiones como me enteré que mi equipo favorito los Dodgers de los Ángeles, habían contratado el día 6 de julio a un joven pitcher mexicano nativo de Sonora, llamado Fernando Valenzuela, por recomendación del “scout” Mike Brito.

El 9 de abril de 1981 “El Toro” Valenzuela recibió la oportunidad de lanzar en el juego de apertura de los Dodgers en contra de los Astros de Houston, sólo pudieron conectarle 5 hits los texanos y acabaron siendo derrotados por 2 a 0, ese día nació la leyenda de un joven regordete mexicano que con el “screwball”, dominó por muchos años el escenario de las grandes ligas, sus triunfos lo llevaron a la serie mundial, a ser considerado el novato del año, a ganar el trofeo “Cy Young” y el “Guante de oro” participante en el tradicional juego de estrellas, primer jugador en llegar al arbitraje para ganar más de un millón de dólares y muchos más triunfos que nadie ha podido alcanzar aparte de él.

Aquella noche en el Dodger Stadium, fui parte de la Ferndomanía, vi y escuché como era aclamado por todo el mundo, disfruté enormemente mi primera oportunidad de ver

en vivo un juego de grandes ligas y qué mejor regalo que ver lanzar y batear al “Toro” Valenzuela que inmortalizó el número 34 en la franela de los Dodgers.

Cuando salimos del juego y abordamos el automóvil, aún recordaba los lanzamientos, mientras mi esposa me pedía que en otra ocasión no la llevase al parque de pelota, ya que para ella resultaba incomprensible aquello y que prefería ir de compras.

TRAS LA HUELLA DEL CHE

*Aprendimos a quererte
desde la histórica altura
donde el sol de tu bravura
le puso cerco a la muerte
Aquí se queda la clara,
la entrañable transparencia
de tu querida presencia
comandante Che Guevara.
Vienes quemando la brisa
con soles de primavera,
para plantar la bandera
con la luz de tu sonrisa.
Aquí se queda la clara,
la entrañable transparencia
de tu querida presencia
comandante Che Guevara.*

-Carlos Puebla

El estadio de fútbol está a reventar, en las tribunas se puede ver y oír de todo, podríamos decir que es la locura, pues los fanáticos no conformes con encender bengalas y arrojar miles y miles de metros de papel higiénico, entonan cantos de guerra, tratando de intimidar al contendiente que espera la señal para saltar al campo de juego, de pronto, desde la tribuna de sol se empieza a desplegar una enorme bandera que lleva al centro y envuelto en los colores del equipo de casa, el club Rosario Central, la imagen de uno de los más grandes aficionados de este equipo argentino, quien desde el pasado va recorriendo con su mirada cada uno de los rincones del campo de juego, la figura del comandante va ondulando por las tribunas y es admirada ahora por los jugadores de “la máquina celeste”, el Cruz Azul, que ante tanta algarabía y estruendo tienen que

jugar como todos unos valientes, para poder enfrentar no sólo a un gran contendiente, sino a una de las fanaticadas más explosivas en el balompié, los seguidores del equipo argentino no están dispuestos a que los mexicanos se lleven el triunfo, a pesar de que en México se dio abrigo a su ídolo.

No estoy muy seguro de cuando lo vi por vez primera, pero lo que sí tengo muy presente es aquel otoño de 1968, cuando cerca de la plaza de las Tres Culturas, en compañía de mi padre, vi cómo iban marchando cientos de jóvenes con su imagen en pancartas, como aparecía su fotografía en los carteles y volantes que distribuían poco antes de la matanza que mostró el otro México a nivel mundial, contrastando con la que se había venido proyectando en el marco de los próximos juegos olímpicos, de la llamada olimpiada de la paz. Desde esa tarde del 2 de octubre de 1968, me empecé a interesar en el hombre barbado de boina vasca con una estrella al frente y mirada fija, que había servido como un símbolo para los estudiantes mexicanos, semanas después en la revista Life, vi otras fotos en donde volvía a aparecer, sólo que ahora las pancartas no estaban en Tlatelolco, habían estado en París, Berkley, Washington y muchas otras ciudades del planeta, pero siempre bajo un mismo denominador: “Los jóvenes que protestaban”. En la escuela me dijeron que el Che era un comunista que había pretendido llevar la revolución cubana a todo el mundo, alguien más me dijo que estaba protegido por la CIA y daría información para derrocar a Fidel Castro, mamá me pidió que estudiara y dejara de dar lata con tanta pregunta, que al fin y al cabo aquel mitotero ya se había muerto y podíamos estar tranquilos, papá me contó algo muy leve y me dio una gran cantidad de revistas “Siempre” en donde venían algunos artículos sobre este revolucionario cubano, que nació en Argentina y se unió a la lucha del pueblo de Cuba contra la dictadura de Batista, en México donde conoció a los jóvenes revolucionarios cubanos. Así fue como me empecé a interesar en la vida de Ernesto Guevara de la Serna, mejor conocido como EL CHE.

El calor resulta insoportable y me encuentro empapado en sudor, busco una sombra para descansar un poco después de haber caminado por toda La Habana hasta llegar a la plaza de la revolución, con la intención de unirme al homenaje que miles y miles de cubanos están dando a los restos del comandante, que han vuelto a Cuba después de más de treinta años de su partida a una aventura en Bolivia que sólo le dejó un lugar en la historia, en esa historia, que es escrita por los vencedores de una manera distinta a como la escriben los vencidos, algunos dicen que el Che volvió derrotado, yo no lo creo, pues ha vuelto en medio de uno de los más grandes homenajes que se han llegado a ver para un héroe contemporáneo y hoy se habla más de él, tanto entre jóvenes como entre viejos.

Cuando era niño me gustaba jugar al buscador de tesoros o al arqueólogo que descubre una tumba sagrada o grandes ruinas que revelan la historia de la humanidad, situaciones que recordé la tarde en que conocí a Carlos Saczas, un geofísico de mediana estatura, mulato, catedrático del Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría, quien entre tragos de ron me va contando paso a paso cada una de las etapas de la búsqueda que llevó a un grupo de investigadores cubanos a dar con la fosa común que contenía los restos de varios revolucionarios, entre los que se encontraba el Che, fue el 27 de septiembre de 1997 cuando se dio por terminada una investigación que duró treinta años, y el 13 de julio del mismo año los restos mortales de aquel puñado de soñadores fueron recibidos en La Habana por el comandante Fidel Castro. Después vino la invitación para estar en Cuba y asistir al homenaje y más tarde acompañar a los amigos hasta la última morada del Che, ubicada en Santa Clara, desde donde se selló el destino del pueblo cubano.

He caminado por las calles del DF, siguiendo las rutas del doctor Guevara, he buscado la casa en donde se reunió por vez primera con Fidel en el número 49 de la calle Emparán, fui al Popo y me admiré de cómo aquel asmático pudo esca-

larlo, le he seguido los pasos por América del Sur, caminando por las calles de La Habana y otras ciudades cubanas, me ha parecido escuchar sus pasos, en el museo de la revolución he admirado algunos de sus objetos personales, las camisetas de juego del Rosario Central y el Granma que zarpó de Tuxpan en Veracruz, me confieso admirador del Che y su valor, sé bien que es un personaje controvertido, que algunos lo han llegado a ver como un demonio, mientras otros lo veneran y yo lo llevo en una playera.

Diego Maradona lleva tatuado en uno de sus brazos la imagen del Che, Mike Tyson se lo mandó tatuar en la panza, mientras que yo lo tatué en mi mente, porque a mí en lo personal no me va eso de andarme sintiendo pirata o aborigen de los mares del sur, para andarme grabando en la piel imágenes de ninguna especie, pero las escenas que vi en el otoño del 68 y lo que he venido estudiando en los años subsecuentes, lo tengo bien guardado en mi disco duro y me recuerdan siempre lo que vale ser congruente con uno mismo, porque si bien Ernesto Guevara de la Serna, no es monedita de oro para caerles bien a todos como lo dijo Cuco Sánchez, sí es un claro ejemplo de congruencia revolucionaria e ideológica.

Cuando veo jóvenes pasivos, conformistas, sin espíritu de rebelión o inconformidad me asusto, no concibo que un joven no sea irreverente o burlón y en cierta medida revolucionario y caiga en el conformismo, por eso hace mucho que dejaron de asustarme los reportes que han dado en la escuela a mis hijos por ser libre pensadores, porque después de todo no serán autómatas cuando trabajen y luchan por algo mejor.

Y no es que me fusile nada, pero como escribió Paco Ignacio Taibo II : Desde millones de fotos, carteles, videos, camisetas, postales, discos, libros, frases, testimonios -fantasmas todos ellos de la sociedad industrial, que no sabe depositar sus mitos en la sobriedad de la memoria-, el Che nos vigila. ¡HASTA LA VICTORIA SIEMPRE!

EL CHUPINAZO

*Hoy el noble y el villano,
el prohombre y el gusano
bailan y se dan la mano
sin importarles la facha.
Juntos los encuentra el sol
a la sombra de un farol
empapados en alcohol
magreando a una muchacha.
Y con la resaca a cuestras
vuelve el pobre a su pobreza
vuelve el rico a su riqueza
y el señor cura a sus misas.
Se despertó el bien y el mal,
la zorra pobre al portal,
la zorra rica al rosal
y el avaro a las divisas.*

-Joan Manuel Serrat

Apenas llega el verano y mil fiestas de diferentes tipos se desatan, los vacacionistas atiborran las centrales de autobuses, aeropuertos, carreteras y estaciones de ferrocarril, todo mundo o casi todo, tiene el deseo de escaparse de la rutina al menos por unos cuantos días, para recargar las pilas y volver a la vida cotidiana con un poco más de empuje, con ganas de enfrentarse a los maestros, jefes, grillas, tareas escolares, encargos de último minuto, en fin a los mil y un problemas que le dan sabor al caldo y que nos ponen muchas veces al borde de la locura o de la histeria, pero que también nos brindan satisfacciones y ganas de seguir luchando. Sin embargo, no todos pueden disfrutar del periodo vacacional por diferentes motivos; trabajo excesivo, poco gusto por salir de casa, porque no le agradan las playas o bien, por no tener los centavos

disponibles para poder tomar una maleta y lanzarse a recorrer el mundo y aprender de las costumbres y hábitos de los demás, y de todo aquello que nuestras pupilas pueden captar, sin embargo, también la ciudad en donde vivimos nos ofrece la oportunidad de vacacionar, recorriendo museos, asistiendo a las fiestas de los barrios, levantándonos a caminar, leer los periódicos, ver un documental, asistir al cine, o deleitarnos con un buen libro que a través de sus páginas nos puede llevar a diferentes lugares en un tiempo de nada, e inclusive nos ofrece la oportunidad de cambiar de personalidad, pero muchas veces no queremos correr el riesgo de levantar la mano y tomar el librote que desde el entrepaño del librero nos está llamando, algunos argumentan que no tienen para comprar un libro, pero ahí a unos cuantos pasos se encuentra una biblioteca pública en donde podemos pasar horas de entretenimiento y viajar de la manera más económica posible. Otros deciden tomar sus vacaciones en los estadios deportivos o las plazas de toros y fue precisamente en la plaza de toros de San Luis Potosí donde inicié mi primer viaje a España, el día en que mi padre me llevó a los toros, no recuerdo si fue en verano o en alguna otra estación, pero los pasos dobles, los vistosos trajes de los toreros, las botas de vino -de donde por cierto no me dieron ni una probada- me fue envolviendo y despertando la curiosidad por el llamado “arte de cúchares”.

En la universidad conocí a José Esqueda “El Tuco”, estudiaba al igual que yo geología, pero él ambicionaba más que poder perforar un pozo, o encontrar una rica veta de mineral o un yacimiento petrolero, poderse enfrentar a un astado de Miura o de alguna otra ganadería española y que por medio de los capotazos y figuras de filigrana hechas con la muleta las vetas de la fama se abrieran para él, en pocas palabras que la gloria del toreo se le ofrecieran como manolas que le acariciarán y encumbrarán. Mientras trabajábamos en una empresa minera, en varias ocasiones dejamos de lado las labores de la exploración de minerales para acudir a las ganaderías cerca-

nas, con la finalidad de que el matador en ciernes entrenara, mientras que yo me concretaba a mirar y de vez en cuando, muy de vez en cuando, dar un pase. Si hubiese tenido un gusto real por la fiesta brava y me hubiera animado a emular a mi amigo adoptaría el nombre taurino de “el niño de pecho”, esto para estar a tono con el llamado “niño de la capea” o “el niño de Cáceres”, pero de hacerme llamar el niño de tal o cual ciudad, barrio o pueblo, a nombrarme “niño de pecho” tenía más pegue.

Con la llegada del mes de julio se presenta también el inicio del periodo vacacional del verano y la fiesta de San Fermín, evento que se celebra en Pamplona la capital de la provincia española de Navarra, ubicada en la margen izquierda del río Arga fue fundada en el año 74 a.C., por Pompado, celebra sus fiestas patronales del 7 al 13 de julio, festejos mundialmente conocidos gracias a la difusión que de ellos realizó el célebre novelista estadounidense Ernest Hemingway, quien mostró al mundo entero la imagen superflua de los habitantes de esta provincia, que el día 7 de cada julio al filo del mediodía esperan el llamado “Chupinazo”, para lanzarse a la fiesta como locos poseídos, pues apenas se levanta por los cielos el enorme cohete y estalla se inicia la apertura de botellas de champaña y vino tinto que corren por las calles llevándose consigo todas las penas y amargas para dar paso a la alegría desbordada, que no alcanza a ser opacada ni siquiera por las víctimas de las cornadas de los toros que corren desbocados por las calles, persiguiendo a los insensatos que se atreven a retarlos y más de uno es arrastrado entre las pezuñas de los animales que de vez en cuando y sólo de vez en cada año logran inferir mortales heridas a quienes se sienten toreros. No sé si en algún momento el “Tuco” Esqueda ha podido ir corriendo delante de los toros en Pamplona, pero a mí me ha parecido que en cada uno de los rostros de aquellos que sueñan con ser novilleros o en los de los ingenuos que se enfrentan al toro sin tener conocimiento mínimo del arte taurino, está la imagen de los novilleros o muletilas que he visto desde joven.

He tenido la fortuna de estar en las fiestas de san Fermín o “pamplonadas” como se les conoce más generalmente, en las auténticas en Pamplona y no en la copia de San Miguel Allende que es un excelente pretexto para sacar algo de dinero a los turistas gringos y agarrar una borrachera de pronóstico reservado, ni en aquella masacre que se realizó en una ocasión en San Luis Potosí, cuando soltaron a unos pobres becerros desde un camión y hubo más de dos que tuvieron que ser sacrificados por las patas rotas, me he deleitado con el colorido de las fiestas de san Fermín, con el “chupe” que circula como consecuencia del chupinazo, con las “manolas” que bailan y bailan durante las 280 horas que dura la fiesta y sigo sin entender a los que arriesgan su vida corriendo ante y tras los toros, cuando era mejor brindar con un buen tinto y bailar un buen rato, pero como me dijo Miguel mi cuñado; sin toros, cornados y lastimados no hay fiesta de San Fermín, por más bebida que circule y más mujeres hermosas que podamos encontrar. “Se acabó, / el sol nos dice que llegó el final. / Por una noche se olvidó / que cada uno es cada cual”.

VOILÁ LE TOUR

*Era un chivo en bicicleta sin saber andar
contra la banqueta el manubrio a clavar
¡que se cae!, ¡que se cae!, ¡que se cae!
¡todo es cuestión de practicar!
Iba el chivo piocha en bicicleta de alquiler
que valor derrocha en sus ansias de aprender
¡que se cae!, ¡que se cae!, ¡que se cae!
¡como treinta jarros fue a romper!*

-Francisco Gabilondo Soler, Cri-Cri

Vengo subiendo por la empinada avenida que me lleva desde el parque Tangamanga, hasta el monumento al poeta Manuel José Othón, las gotas de sudor se han empezado a convertir en un auténtico diluvio que penetra a mis ojos causando un ardor que me impide ver el camino con claridad, por lo que tengo que limpiarme el agua salada con el antebrazo para no perder la dirección, la camiseta se pega al cuerpo empapada por la transpiración y la respiración entrecortada resuena hasta lo más profundo de mi cerebro, de pronto trato de jalar aire por nariz y boca, siento que no puedo más, y cuando estoy a punto de ceder ante el agotamiento, me rebasan unos muchachitos de no más de quince años que pedalean acompasadamente al ritmo que les marca con toda seguridad la música que escuchan a través de su Walkman, uno de ellos en el colmo de su imprudencia agita vigorosamente sus brazos como si se encontrase bailando en una disco, ante tal actitud siento que no debo desfallecer, la adrenalina se dispara por todo mi cuerpo, meto un cambio en el engranaje de mi caballo de acero y el pedaleo aumenta de manera formidable, he sacado fuerza de flaqueza, las gotas de sudor salen disparadas ante el vértigo de la velocidad que alcanzo al pasar frente a la zona universitaria, me inclino sobre los manubrios y levanto un poco el

cuerpo al tiempo que imprimo un ritmo al pedaleo que mucho se asemeja al de Miguel Indurain, sin embargo mi esfuerzo resulta inútil, los alocados adolescentes se han perdido en la distancia, han devorado la subida y yo con mis cuarenta y tantos años y cien kilos de peso me he tronado, no pude cumplir el recorrido de un solo jalón, la meta de montaña no fue alcanzada, perdí más que un imaginario suéter de líder, perdí el reto de querer hacer volver el tiempo, de retomar las andanzas de chiquillo y muchacho a bordo de una bicicleta, cuando las calles y caminos no eran nada a bordo de aquella bicicleta de carreras color rojo, tengo que bajar del biciclo limpiarme el sudor y recargar los brazos sobre la barra de mi vehículo al tiempo que jalo aire por la boca, en eso me llaman desde un auto que se ha parado al lado mío y me preguntan si me siento bien y si necesito que me lleven a casa, doy las gracias y digo que así acostumbro descansar, pero el amor propio está herido y tengo que terminar el recorrido de la pequeña y empinada cuesta arrastrando a mi lado aquella pesada bicicleta que poco o casi nada me ayudó en el tour dominical, al llegar a casa mi mujer me pide que no deje el vehículo tirado y me llama la atención por el estado lamentable en el que me encuentro, me recuerda que el ejercicio debe ser hecho a diario y poco a poco, que no son lo mismo los tres mosqueteros que veinte años después y que además con el sobrepeso y pedaleando me puede dar un infarto, sobre todo porque hace ya mucho que dejé atrás los cuarenta años.

Me empezó a gustar el ciclismo en la Navidad en que al lado del árbol apareció una hermosa bicicleta roja, en la que aprendí a pedalear en sólo un día y que me abrió las puertas de las calles más alejadas de mi casa, desde entonces varios bicis han estado presentes en mi vida a tal grado que siendo novio de mi esposa, frecuentemente escuchaba el reclamo de que le ponía más atención al velocípedo que a ella misma, pero por supuesto que eso no era cierto. En los años sesenta se celebraba una gran competencia ciclista, la llamada vuelta

“García Valseca”, que luego cambió su nombre al de la vuelta ciclista de la juventud, evento en el que participaban los mejores pedalistas nacionales y extranjeros quienes recorrían prácticamente todo el país en una gesta heroica que atraía a gran cantidad de espectadores en todos los puntos que llegaban y San Luis Minas del Potosí no era la excepción, pues año tras año la meta se establecía frente al viejo cine Potosí y la avenida Damián Carmona se llenaba de banderas de colores y aficionados que aplaudíamos a rabiar la llegada y la partida de los titanes del camino, en donde destacaban los más grandes exponentes del ciclismo mundial que enfundados en sus coloridos uniformes llamaban profundamente la atención; como los suéteres rojos con una cruz blanca de los suizos, o con letras CCCP en blanco de los soviéticos, los españoles e italianos pedaleaban codo a codo con colombianos, cubanos, franceses y mexicanos, mientras un muchachito con gorra de beisbol, encaramado en una reja de ventana los admiraba y soñaba con un día poder recorrer caminos a bordo de una bicicleta de velocidades.

Las competencias ciclistas más famosas del mundo son sin lugar a duda el Giro de Italia y la Tour de Francia, ahí va a competir sólo lo mejor de lo mejor, los que han sido bendecidos con el don de dominar al caballo de acero para poder devorar montañas y recorrer verdes campiñas como émulos de Hermes, para volar de un pueblo a otro, de un camino a otro y arrancar un pedazo de gloria a los dioses.

Muy cerca de donde vive mi hermana Isabel, en plenos Pirineos franceses rumbo al santuario de Lourdes, pude observar un enorme monumento dedicado a los titanes del camino, en él se ven varias siluetas de ciclistas que parece fuesen dando vueltas en un tornillo sin fin, nos paramos al lado de la autopista para poder ver con todo detalle este homenaje a los grandes pedalistas, y al estar ahí parado me di cuenta que llega gente a colocar ramos de flores a los grandes pedalistas que han luchado por llevarse el suéter de líder de color

amarillo que caracteriza a los grandes triunfadores del Tour de Francia.

En la Tour de Francia ha habido grandes pedalistas, todos con grandes méritos, pero de entre todos ellos para mi gusto cuatro han sido los mejores hasta ahora, Miguel Indurain el ciclista vasco español que más veces ha subido al pódium con el suéter amarillo y que en plenos Campos Elíseos ha levantado más veces la corona de laureles del triunfo, Lance Armstrong el pedalista estadounidense que ha ganado las últimas emisiones y que nos dio una muestra de valor y tesón al ganarle la carrera no sólo a los demás competidores sino también al mismo cáncer testicular que no sólo estuvo a punto de retirarlo de la bicicleta sino de este planeta, un mexicano se vistió de gloria en muchas ocasiones en las montañas francesas el llamado “halcón de Huamantla”, Miguel Arroyo, y sobre todo la estrella del equipo estadounidense Seven Eleven, el pedalista regiomontano Raúl Alcalá quien no sólo ganó múltiples etapas en las diferentes emisiones en que participó, sino que estuvo a punto de ser el campeón del tour.

Sobre un árbol situado a la orilla del camino en el pueblo de Lannemezán en plenos Pirineos, un hombre cuarentón se encuentra encaramado con la ilusión de ver pasar la caravana multicolor de ciclistas del Tour de Francia que van luchando codo con codo por llegar primero a la meta que se encuentra a unos doscientos metros, ese hombre es el mismo niño que hace muchos años se encaramaba en las viejas rejas de las ventanas de la calle Damián Carmona en San Luis Potosí para ver llegar a los pedalistas de la vuelta ciclista de la juventud y que ha tenido que ceder en la subida que va del parque Tangamanga al monumento a Manuel José Othón, por la falta de entrenamiento, el sobrepeso, los años y sobre todo porque no es lo mismo los tres mosqueteros que veinte años después.

ANTE BUFFALO BILL CODY

*En la ratonera
ha caído un ratón
con sus dos pistolas
y su traje de cowboy
ha de ser gringuito
porque siempre habla inglés
a más de ser güerito
y tener grandes los pies.
El ratón vaquero
sacó sus pistolas,
se inclinó el sombrero,
y me dijo a solas:
what the heck is this house
For a manly cowboy mouse?
Hello you! Let me out!
And don't catch me like a trout.*

-Francisco Gabilondo Soler, Cri-Cri

¡Suéltala cácaro, suéltala!, gritaba la chiquillería cuando en plena función se había quemado el film que transmitían en la matinée dominical, y el pobre proyectista iniciaba una lucha frenética para poder rescatar la cinta y calmar así a la muchachada que gritaba, chiflaba, subía los pies a los asientos y corría como desaforada por toda la sala de proyecciones sintiéndose algunos los indios perseguidos por el audaz vaquero y otros más personificaban en su imaginación a Búfalo Bill Cody, el rubio y barbado vaquero que llevaba un sombrero de ala ancha y un extraordinario rifle que parecía fuese mágico pues a nada de lo que le apuntase aquel hombre, escapaba de su alcance y mientras la muchachada gritaba y gritaba a más no poder, el pobre proyectista mejor conocido como “el cácaro” sufría y sudaba la gota gorda pues no podía pegar la cinta

de tal forma que se tuviera una concordancia entre lo que se había visto por última vez y lo que estaba tratando de rescatar.

Uno de los juegos que más me apasionaban en la infancia era el de los indios y vaqueros, sobre todo porque mi abuela materna me había provisto de todo tipo de rifles y pistolas además de mi traje de cowboy con todo y placa de sheriff, pero en la vorágine de los disfraces también contaba con un traje de “Toro” el indio que ayudaba al “Llanero Solitario”, así es que con toda facilidad viajaba de un estado a otro y mientras una mañana era un aguerrido piel roja que cortaba la cabellera a mis hermanas y primas, por la tarde era el “Llanero Solitario”, que atrapaba al bandolero que las más de las veces resultaba ser el pobre de mi primo Luís, quien acababa amarrado en medio del patio o junto a una maceta esperando ser llevado a la horca o ya de perdido a la prisión del condado. Sobra decir que si en los juegos me sentía todo un vaquero o indio a la hora de ver en la televisión mis programas favoritos, pues igual me transportaba a viajar por el oeste indómito y vivir en carne propia las aventuras televisadas, a tal grado que la familia entera me sacaba la vuelta y me dejaban a un lado, pues más tardaba en empezar el comercial en que yo me lanzara como en un auténtico ataque de demencia a tratar de cortar la cabellera de quien estuviese más próximo o bien saltaba desde el respaldo del sillón como si me lanzara desde mi caballo para atrapar a algún enemigo.

Mi abuela Aurora nació y creció en el viejo oeste, pues mi bisabuelo fruto de la emigración llegó a Colorado, donde se estableció a finales del siglo XIX, así es que a ella le tocó vivir en carne propia muchas aventuras como aquellas que yo veía por la televisión o en el cine y cuando llegaba a venir de visita o nosotros nos trasladábamos a los Estados Unidos, siempre tenía algo que contarnos sobre aquellos años. En una ocasión vi una vieja fotografía de un hombre recargado en un enorme montón de pieles de búfalo y que además tenía a su lado cabezas de esos animales y a un indio con cara de pocos

amigos que sostenía un rifle en su mano derecha, fue cuando me enteré que aquel vaquero de piocha y bigote además de melena era el famoso Búfalo Bill, y que había recibido ese sobrenombre porque se había dedicado a cazar búfalos por todo el oeste de la Unión Americana, con dos finalidades expresas: la primera surtir de carne a los obreros que instalaban las vías férreas y la segunda facilitar el trabajo del tendido de las vías ya que en las enormes praderas la gran cantidad de búfalos dificultaba el trabajo de las cuadrillas, por supuesto que el negocio de las pieles vino añadido. Mi abuela me contó también que ese héroe del oeste estaba enterrado muy cerca de Denver en un pequeño pueblo minero llamado Golden Colorado y que ella había visitado en una ocasión aquel sitio ubicado en una pequeña colina al pie de las montañas Rocallosas.

En la primavera de 1991, tuve la oportunidad de asistir a un curso sobre ecología y minería que se iba a impartir por varios meses en Colorado School of Mines, así es que partí pensando en la escuela y la oportunidad de conocer las montañas Rocallosas, una de las formaciones geológicas más interesantes que existen en el planeta, con suerte podía ir a esquiar a alguna de las estaciones que aún trabajan durante la primavera y recorrer los bosques que en aquel lugar había, sin recordar en ese momento las pláticas de mi abuela llegué a la escuela ubicada en el pueblo de Golden y durante varias semanas dediqué el tiempo libre a viajar por las cercanías, hasta que un sábado el doctor David Coulbagh, un viejo minero que vivió muchos años en México, me invitó a ir a una pequeña colina situada al pie de las Rocallosas, para que admirara cómo se extienden las grandes praderas y visitara el museo que ahí se encuentra, qué grande fue mi sorpresa cuando independientemente de lo que se me había comentado me di cuenta de que ahí se encontraba la tumba de William Frederick Cody, mejor conocido como Búfalo Bill, quien nació en 1846 y murió en 1917, fue un militar aventurero que luchó en la guerra de secesión, fue correo de la Pony Express Company, organiza-

dor de grandes matanzas de búfalos y acabó sus días en un circo que organizó llevando “indios americanos” y “bandoleros mexicanos”, por Europa y los Estados Unidos. Mientras admiraba los objetos personales de aquel vaquero histórico un grupo de ecologistas realizaban una manifestación en contra de él y en señal de protesta vaciaban orines sobre su tumba como desagravio por tantos y tantos búfalos aniquilados, después tuvieron que ir sus amigos y familiares a pagar la multa y atender el citatorio de la corte por sus actos vandálicos.

Han pasado ya diez años de que tuve la oportunidad de conocer los pueblos mineros de Colorado a donde llegó a trabajar uno de mis bisabuelos maternos y en donde transcurrió la infancia de mi abuela Aurora, de ver que era verdad lo que ella me contaba de aquellas aventuras en el oeste y de conocer en donde está sepultado uno de los personajes de la historia de los Estados Unidos que es universalmente conocido por sus andanzas.

Por cierto se está repoblando la región de Búfalos y en algunos lugares venden su carne, que tiene un sabor un poco fuerte, pero si usted tiene la oportunidad de probarla por favor no la coma en hamburguesa pues le mata el sabor, el cátsup y demás menjurjes que atentan contra el paladar.

ATRAPANDO SUEÑOS

*Cuando le dije a mi padre
que me iba a echar a volar.
Que ya tenía mis alas
Y abandonaba el hogar.
Se puso serio y me dijo:
"A mí me ha pasado igual,
también me fui de casa
cuando tenía tu edad."
En cuanto llama la vida
los hijos siempre se van;
te está llamado el camino
y no le gusta esperar.
Camina siempre adelante
tirando bien de la rienda,
más nunca ofendas a nadie
para que nadie te ofenda.*

-Alberto Cortez

Hace ya muchos años cuando era un adolescente en un periodo vacacional del verano, mi tío Arturo Aguirre, me llevó a cazar y pescar en las montañas de Nuevo México, yo nunca me había distinguido por tener gusto o inclinación a esas actividades, ya que era excursionista por el gusto de caminar en el campo y sólo en contadas ocasiones había acompañado a mi padre de cacería o a pescar, pero esas incursiones como niño-joven de rifle y caña, lejos de haberme despertado la afición por las armas de fuego y la caña de pescar, sólo me habían hecho encontrar piquetes de hormigas en salva sea la parte, ampollas y disgusto por andar comiendo conejos, patos al carbón o peces con sabor a fango, así que la expectativa de pasar parte del verano dedicado a aquello no me agradó mucho, sin embargo, no podía rehuir la invitación para incur-

sionar en el vecino país del norte como todo un expedicionario, dispuesto a cazar un enorme oso o un venado con una cornamenta digna de exhibirse en los más reconocidos clubes de tiradores o ya de perdido en la sala de mi casa y así opacar los contados trofeos que mi padre había conquistado entre los que se encontraban algunas cabezas y pieles de ciervo, coyote, gato montés, zorrillo, conejo y una que otra pobre criatura que había tenido la desgracia de atravesarse en el camino del grupo de amigos que acompañaban a papá cada vez que se le ocurría eso de andar gastando balas a lo loco e imaginarse en algún safari, acompañado por un perro que era improvisado como can de caza ya que más bien era perro faldero dedicado a orinarse sobre las pieles de los animales y morderles las orejas o la nariz cuando ya estaban extendidas en la sala o recámara, tras haber pasado por el taxidermista.

El agua fría me ayudó a despertar completamente aquella mañana en que me arrojé al lago en compañía de mi primo Rafael y empezamos a brucear vigorosamente para llegar desde el pequeño muelle a una boya situada a considerable distancia en el lago que entre las montañas se ofrecía como un remanso de quietud y serenidad; eran las siete de la mañana y mientras mi tía preparaba el desayuno decidimos meternos a nadar y disfrutar de aquel paraíso, situado entre las montañas rodeado de pinos y salpicado por cabañas, como las que sólo había podido ver en el cine o en las series de la televisión, cuando regresamos al campamento un apetitoso desayuno nos esperaba en tanto mi tío preparaba la lancha para navegar en aquellas aguas que formaban parte de una reservación india y parque nacional, hasta donde habíamos llegado, para vivir la aventura del verano. En la tienda de carnadas y donde se tramitaban los permisos encontré muchas cosas extraordinarias que despertaron mi interés, tal vez algunas ya las conocía pero no les había puesto atención, como a muchas cosas que los jóvenes no atienden cuando están en el hogar, ya sea por familiaridad o por el simple hecho de que las usan los padres,

pero hubo algo que me marcó enormemente aquel día en que jugueteaba con los reclamos, carnadas y curricanes y aquello se me quedó tan grabado que aún hoy en día después de treinta años lo sigo recordando y viendo como en aquel día del verano, a tal grado que en una de las paredes de mi estudio está colgando un objeto similar al que vi y compré en Nuevo México.

Al calor de una fogata escuchamos historias sobre los habitantes originales de aquella región de los Estados Unidos, cuentos narrados magistralmente por el hermano de mi madre y en cierta medida actuados, lo que acrecentó mi interés por lo que escuchaba y veía, mientras en mis manos se encontraba aquel “atrapa sueños” que había comprado en la tienda de la reserva india, era un pequeño amuleto redondo que simulaba un escudo, de él pendían diez pequeñas correas con cuentas de colores, plumas de ave y piel de conejo, mientras que en el centro se formaba una especie de telaraña con cuentas de colores, plumas y piel.

Dicen los indios norteamericanos que siempre debes de tener a la mano y preferentemente en tu cabecera un “atrapa sueños”, para que mientras duermes a través de los huecos puedan pasar tus buenos sueños que son como bendiciones y que en la trama que se forma en el centro del círculo se queden atrapadas las pesadillas y malos sueños que con la primera luz del día se transformarán con la ayuda de tus antepasados y buenos espíritus, en sueños dulces y bendiciones. A mí en lo personal mi “atrapa sueños” siempre me ha funcionado, y me ha permitido tener dulces sueños y sobre todo mis sueños y anhelos se han vuelto realidad. El día en que me fui a estudiar a Europa en mi maleta coloqué mi pequeño amuleto Navajo, froté las plumas y piel de conejo, lo coloqué en la cabecera de mi cama y volví un día a México sin él, nunca supe quien lo había tomado, pero había cumplido su cometido con creces, el año pasado me encontraba en una tienda de artesanía india en Las Vegas, Nevada, cuando encontré un

atrapa sueños igual al que había comprado treinta años atrás, lo adquirí y llevé a mi casa y ahí está guardando los sueños de mi familia, sueños que se van haciendo realidad poco a poco.

José Ramón, el mayor de mis hijos, se parece en algunas cosas a su padre y le gusta tener sueños y andar “pata de perro”, y hoy se ha marchado de casa, por segunda ocasión, no muy lejos como la vez pasada, sólo a Monterrey, a estudiar y perseguir sus sueños de escribir, de crear y crecer a través de la palabra escrita, las letras españolas, la literatura y el cine en general, son su pasión y estoy seguro que sus sueños serán realidad, porque aquel día que su amiga Mariana llegó a casa con la convocatoria para el concurso de creación literaria del TEC, mi “atrapa sueños” entró en acción, y cuando el maestro Gurría revisó y efectuó correcciones al trabajo, de nueva cuenta los espíritus indios ayudaron, así como cuando nos llamaron de Monterrey y llegó el cartero con la notificación del triunfo.

Los jóvenes tienen sueños y desean crecer, ojalá y todos puedan ver hecho realidad lo que ambicionan siempre que sea bueno, como el sueño de Poncho, de ser doctor y que nació en el curso de urgencias, o el de Zully de ser abogado, y el de Morroco de ser músico, o el de Paco de ser diseñador industrial, y tantos y tantos sueños de los niños que conocimos en el kínder o en la primaria o el de los que llegaron en secundaria y que hoy se han marchado a buscar su futuro, algunos como mi hijo fuera de San Luis y otros a las instituciones de educación superior que aquí les ofrecen esa oportunidad. Ojalá y lo que hoy sueñan todos esos jovencitos sea una realidad y que sus sueños sirvan para que en su momento sus familias actuales y las que formen sigan soñando. DULCES SUEÑOS, HOY Y SIEMPRE.

PINGÜINOS EN EL OMBLIGO

*Qué maravilla
de maravilla
la maravilla.
No hay pie de rey que mida
la maravilla.
Ni balanza que pese
la maravilla.
Qué maravilla
de maravilla.
No hay dinero que compre
la maravilla.
Y ya que estamos todos en capilla
y donde quiera el mundo se equivoca
aprendamos la vida
boca a boca
y usemos de una vez la maravilla.*

-Joan Manuel Serrat y Mario Benedetti

Sin lugar a dudas que una de las materias más interesantes que tenemos que estudiar quienes aspiramos un día a ser geólogos, es la geología histórica, pues a través de ella vamos descubriendo poco a poco como se ha venido desarrollando la historia de la gran canica azul, o séase el pequeño planeta en el cual nos tocó por suerte vivir y en el que muchos circulan sin saber qué hacer y sin poder observar las maravillas que se encuentran a nuestro derredor, pues se les pasa la existencia en grillas, flojeras, y banalidades que les cierran los ojos a lo evidente y con mayor razón a lo no tan fácil de comprender, pero que está allí esperando ser apreciado, maravillas como los diferentes tipos de rocas, las coloraciones de la tierra, la formación de una nube y tantas y tantas cosas que Dios ha creado para desconcertarnos y admirarnos, para ver si por

medio del aprecio a su obra aprendemos a respetarla, pero ya ven, unos somos demasiado burros y no queremos darnos cuenta de tanto y otros son tan engreídos que no ven más allá de sus narices.

A través de la geología podemos leer las páginas de la historia evolutiva y entonces entenderemos que no podemos andar por allí jugando a ser Dios, como esos estúpidos supuestos científicos que inmersos en su egocentrismo y ceguera buscan como poder clonar a un ser humano, como si fuera posible que en una enorme fotocopiadora nos fuesen reproduciendo en cada uno de nuestros detalles y además con sus tonterías no sólo atentan contra el orden de natura sino que van tratando de eliminar uno de los mayores placeres que tienen el hombre y la mujer al concebir un hijo, pero en fin, qué se les puede pedir a esos doctores en filosofía o PhD, como rimbombantemente se les conoce, si a la mejor andan buscando la clonación porque ya no funcionan o bien porque a través de sus hábitos sexuales pues no puede ser posible la fecundación de un óvulo por medio de un espermatozoide.

Un día de hace ya muchos años, en aquella época en que usaba pantalones acampanados o “pata de elefante”, con zapatos de plataforma y mucho tacón y me divertía escuchando la música de Carlos Santana, Hendrix y uno que otro alucinado, llegó a mis manos un pedazo de roca que tenía la forma de un caracol, era la primera vez que tenía la oportunidad de tener ante mí un fósil de verdad y no era para nada un compañero de aquellos que tienen el gusto de permanecer por generaciones en las aulas universitarias, por aquello de que vinieron a estudiar una carrera y no a “estudiar de carrera”, no señor, era un auténtico ser que vivió en el pasado y que se había conservado hasta nuestros días transformado en roca por una serie de extraños fenómenos que en aquel momento me resultaban inexplicables, pero que poco a poco fui comprendiendo y así en la medida que intentaba aclarar dudas, más y más interrogantes surgían; ¿ por qué se había formado

tal o cual roca bajo ciertas condiciones? o ¿por qué se habían logrado conservar entre las cenizas volcánicas algunos de los habitantes de Pompeya, y entre la resina del ámbar se conservaban insectos y restos de plantas?, interrogantes que ahora son muy fáciles de aclarar, pero que a principios de los años setenta me parecían, la verdad sea dicha, cosas inexplicables, pero fascinantes.

Un día de otoño de 1973 llegó a mis manos un libro que en mucho ha influido en mis afanes de viajero, lo había escrito un inglés que respondía al nombre de Charles Robert Darwin, el título de la obra que aún conservo en mi biblioteca es del origen de las especies, cuya primera edición completa apareció el 24 de noviembre de 1859 y en lo que hoy en día considerarían los publicistas como todo un Best-Seller se agotó el día de su aparición en los estantes de las librerías de Londres, esto ocasionó que una segunda edición saliera a la venta en el mes de enero de 1860, poco menos de dos meses después y de ahí en adelante cuatro nuevas ediciones para hacer un total de seis y cada vez con mayor tiraje salieron a la venta y dieron la vuelta al mundo, causando la admiración de los científicos y estudiosos de las ciencias de la tierra y biológicas, a la vez que despertaban la ira de los sectores más conservadores de diferentes iglesias, quienes no se atrevían a aceptar conceptos como el de la evolución, la selección y adaptación de las especies tanto vegetales como animales y mucho menos el concepto de la evolución del hombre. Darwin realizó un largo viaje de 5 años a bordo del buque oceanográfico y científico llamado H.M.S. Beagle y durante su trayecto en cualquier sitio que se soltara ancla iniciaba de inmediato la búsqueda de fósiles y la recolección de especies animales y vegetales para su clasificación y estudio.

El calor es insoportable en aquella tarde del verano ecuatorial en que camino por las calles de Guayaquil en compañía de mi querido amigo el doctor Roberto Spandre de la universidad de Pisa en Italia, y debido a ese calor abrasador decidimos

introducírnos a un bar con la esperanza de que una buena cerveza fría nos ayude un poco a mitigar los estragos del clima que en el ombligo del planeta tierra se siente y que tanto nos agota, estamos allí haciendo planes para poder viajar a las islas Galápagos, un archipiélago que se ubica a más de quinientas millas de la costa ecuatoriana, el viaje será compartido con otros compañeros de las universidades y tecnológicos de Venecia, Múnich, el Salvador, Guayaquil, La Habana y Aguascalientes, no tenemos mayor pretensión científica que poder caminar sobre la superficie de las islas de origen volcánico que contiene a una de las mayores diversidades biológicas del planeta, de observar a los enormes galápagos que han dado su nombre a la isla y de ser posible montar alguno de ellos, zambullirnos en el Pacífico y observar a las gigantescas y negras iguanas, observar el volar de las aves que tanta inquietud despertaron en Charles Darwin, los leones marinos y cangrejos tan especiales que habitan esta región y sobre todo los elegantes pingüinos que alejados del frío que viven permanentemente sus parientes de la Antártida, disfrutan del calor y las playas del Ecuador.

En Quito me encontré un día en el ombligo del planeta tierra, en Guayaquil navegué por ese inmenso río en cuyas márgenes pude apreciar una vegetación esplendorosa y en las Galápagos me encontré con un libro abierto sobre la evolución del planeta tierra, y todo gracias al interés que un día despertó un fósil que en clase de geología histórica tuve entre mis manos y a las pláticas y enseñanzas de Fernando Medellín Leal, que más que un maestro para muchas generaciones de geólogos, ha sido un amigo que nos abrió los ojos y ayudó a entender la relación entre la ciencia y la presencia divina de un ser superior creador y ordenador, a quien corresponde el juego infinito de la creación y la evolución y no a hombres que quieren jugar a ser Dios.

DE GORRÓN EN UNA BODA EN TOLEDO

*Se conocieron en uno de esos pastos urbanos,
entre apretujones
y copas vacías,
donde se cuecen las mentiras de primera
mano
y las vanidades
de bisutería.
Él era un consumado artista del ojeo
midiendo la noche
desde su atalaya.
Resistiendo los envites de los mirares ajenos
hasta que le echaban
humo las pestañas.
Cuando ella respondió al torniquete de su
mirada
con el navajazo
de sus ojos negros,
él se dio cuenta de que la vida le regalaba
una compañera
para sus juegos.*

-Joan Manuel Serrat

Desde siempre he sido poco afecto a andar de fiesta en fiesta, y si puedo evitar presentarme a alguna reunión para la que he sido requerido pues qué mejor, y no es que sea antisocial o grosero, por el contrario, me gusta convivir con la gente, sentarme a platicar, caminar y observar lo que sucede a mi alrededor mientras voy saludando y charlando con otras personas, pero eso de llegar a un festejo y sentarme con toda solemnidad, y ahí durar horas y horas entre la plática y las copas que se sirven previo a la comida o cena, pues la verdad

me da un poco o un mucho de flojera y luego llevar la sobremesa por espacio de otras tantas horas, con el sacrificio que llega en algunas ocasiones a representar el tratar de platicar a gritos, pues la mayoría de los directores de conjuntos musicales piensan que entre más fuerte esté el ruido la gente goza más, cuando resulta todo lo contrario y acaba uno con un espantoso dolor de cabeza o a punto de ser un miembro más de la comunidad de alcohólicos, pues no queda otra alternativa de tomar y tomar al fracasar los intentos de diálogo entre la estridencia emanada de las bocinas que vomitan el espanto de música que es el llamado “ponchis-ponchis”, al ritmo del cual se contorsionan los adolescentes y uno que otro viejo con ánimo de dejar regada la polilla por todo el salón, o de sentirse joven en un momento en el que ya las evidencias que emanan del abdomen, canas y arrugas no dejan lugar a la duda sobre su edad y cuando por fin la música para un momento, y parece ser que la concurrencia puede iniciar una plática más o menos ordenada, la sordera que padecemos nos obliga a levantar la voz y tratar de destaparnos los oídos, tiempo valioso que se pierde pues cuando apenas hemos conseguido nuestro objetivo, llegan los mariachis y a puro trompetazo a través del micrófono, nos vuelven a situar en nuestra desgraciada posición de mortales inmersos en un festejo que lo mismo puede ser una boda que unos quince años, velorio o baile de graduación. Otro de los factores que me alejan de los salones de fiesta son las “elegantes “ fundas que les ha dado por colocar a las sillas, que con un enorme moño del mismo tono que el cubre mantel le dan al festejo un toque de elegancia digno de algunas de sus graciosas majestades europeas, pero que la verdad sea dicha no son más que incomodidades, aunque mucha gente diga que no es así, que lo que sucede es que soy demasiado mal educado o que no tengo ningún gusto refinado, porque al llegar al evento en cuestión y antes de tomar asiento, procedo con toda elegancia y como diría el manual de Carreño a despojar a la silla en donde he de sentarme de su horrorosa e

incómoda funda, o bien a levantarla del asiento y deslizarla por el hueco que queda entre éste y el respaldo, de tal manera que a lo largo de la reunión no me ande resbalando o en el asiento y acabe debajo de la mesa, o fingiendo que voy al baño (como lo hacen muchas señoras) para acomodar el endemoniado e incómodo artefacto, de tal forma que se vea elegante y no quede demostrada su incomodidad ante los ojos de la concurrencia, no vaya a ser que luego anden comentando en las reuniones sociales que fulanito o sutanita no saben comportarse con propiedad ni pueden aguantar la molestia que en la espalda ocasiona el moño de la silla o son incapaces de poder acomodar con delicadeza digna de la corte la funda de su silla. En fin, siempre he tratado de rehuir los festejos a los que he sido invitado y con mayor razón he procurado evitar andar de gorrón en donde nadie me ha llamado y a donde muchos acuden sin siquiera conocer a los novios, quinceañeras, cumpleaños o difunto.

Al igual que hoy en día la muchachada espera la llegada del fin de semana para andar de fiesta en fiesta sean requeridos o no, en los años setenta muchos de mis compañeros hacían lo propio, sin embargo, yo prefería en la mayoría de las ocasiones tomar mi mochila de excursionista para irme a devorar caminos y conocer diferentes aspectos de mi estado, para muchos era un muchacho un poco loco y antisocial, para otros resultaba una persona extraña que tendía a estar apartado de los festejos y reventones, sin embargo de vez en cuando no me podía escapar y acababa en las fiestas de quince años o cumpleaños, más por obligación que por placer, al igual que hoy en día.

En el invierno de 1979 el frío calaba duro y sólo lograba calmarlo un poco caminando como loco por las calles del viejo Madrid y entrando de vez en cuando a un bar en donde con una copa de Brandy, se recobraba algo de calor y en donde la calefacción y la plástica ayudaban a aminorar los estragos que en la calle se sentían, pero cuando uno no tiene mucho dinero

o al menos el suficiente en los bolsillos, no queda más remedio en algunas ocasiones, que entrar al bar a disfrutar del calor y la plática evitando la copita de Brandy o cualquier otra bebida que incremente la temperatura externa, fue entonces cuando orillado por las circunstancias climáticas y económicas me vi obligado a hacerle honor a aquella vieja canción de Chava Flores, que dice en alguna parte; "...ahora si llegaron los gorrones, hay que esconder botellas y platones" y en compañía de otros amigos y compañeros de aula nos convertimos en los más asiduos asistentes a cuanta fiesta hubiese a nuestro alcance, fuera del tipo que fuera y llegamos al colmo cuando en una ocasión encontramos un festejo familiar en el parque del Retiro y sin el más mínimo recato abrazamos a la festejada que andaba cumpliendo setenta años y nos sentamos a comer tortilla española con un buen vaso de vino tinto, mientras envolvíamos en nuestra plática a la pobre señora que juraba éramos invitados de un nieto que aún no llegaba al festejo y al resto de la familia tratábamos de convencerla de que nuestra presencia era la de esperar a nuestro supuesto amigo que estudiaba ciencias políticas, afortunadamente nos pudimos retirar antes de la llegada del susodicho, si no nuestro papelón hubiese sido mayúsculo, sin embargo, aquella osadía nos había permitido a Carlos Rodrigo y Ramón, comer y festejar a una abuela que estaba feliz, rodeada por la familia y no extrañó al ingrato nieto que seguramente andaría por ahí corriendo la farra desde la noche anterior sin preocuparse en lo más mínimo por su familia, menos mal que nuestro buen espíritu y hambre nos ayudó a que la viejecita no extrañara a aquel nieto.

El colmo de nuestra desvergüenza llegó en un viaje a Toledo, ciudad a la que arribamos en un día viernes por la mañana, dispuestos a pasar un fin de semana entre las murallas de aquella hermosa urbe castellana, para recorrer sus calles y monumentos históricos y donde asegurábamos que aquel itinerario nos llevaría de dos a tres días y en donde pensábamos

dormir en nuestros sacos y acampar en algún parque, así es que con la mochila a la espalda iniciamos nuestro peregrinar por aquella joya de la humanidad, tratando de vivir todo lo que llevó al historiador romano Tito Livio, a relatar las hazañas del pretor Marco Flavio, al mando de las legiones romanas, cuando conquista la ciudad y entra a la historia con la frase “Toletum, ibi parva urbs erat, sed loco munita”, hace ya más de dos mil años. Pero antes de sucumbir al 100% por la magia de la ciudad acabamos avasallados ante una peregrinación nupcial que salía de la catedral y bajaba por la calle de Sixto Parro hasta la plaza de San Justo en donde se iniciaba una lluvia de pétalos y arroz, música y bailes que nos llevaron hasta la calle de la Cuesta de San Justo en donde se celebró el banquete de bodas, ahí un grupo de estudiantes latinoamericanos bailamos, bebimos y comimos, en ese momento la fiesta no se me hizo tediosa y gocé de lo lindo, al día siguiente volvimos a la tornaboda y todos nos recibieron con alegría, argumentando que algunos de sus familiares habían emigrado a América y siempre fueron bien recibidos, no sólo atendieron en la fiesta a aquellos gorriones sino que nos abrieron la puerta de su familia. Han pasado más de veinte años de aquella boda toledana y he tenido la fortuna de estar en muchas más bodas en donde a pesar de la música estridente me he divertido por sobre de mis manías.

Ayer se casó mi hermano Rafael y adquirí en Mary Chuy una nueva hermana, no estuvimos todos, pues algunas están al otro lado del mar, otra se fue hace mucho y uno más fue padre ese mismo día y se la vivió en el sanatorio, pero me la pasé bien al lado de mi familia y sus amigos (yo fui de invitado), descubrí la faceta de artista del novio, la que no había descubierto en treinta y tantos años que tengo de conocerlo ojalá y sean felices siempre.

EL DÍA EN QUE ENCENDÍ MI LUZ, EN LA CIUDAD LUZ

*Puede que a ti te guste o puede que no
pero el caso es que tenemos mucho en común.*

*Bajo un mismo cielo, más o menos azul,
compartimos el aire
y adoramos el sol.*

*Los dos tenemos el mismo miedo a morir,
idéntica fragilidad,
un corazón,*

*dos ojos, un sexo similar
y los mismos deseos de amar*

y de que alguien nos ame a su vez.

*Puede que a ti te guste o puede que no
pero por suerte somos distintos también.*

- Joan Manuel Serrat

La verdad sea dicha, no recuerdo con precisión cuándo fue la primera vez que vi una fotografía de París, había observado litografías y algunos óleos sobre la capital de Francia y en todas aquellas obras aparecía siempre un cielo gris y la imagen de los charcos en las calles, y así fui creciendo con la idea de que era una ciudad triste y siempre con lluvia, situación que me confirmó la imagen impresa en aquel papel fotográfico que un día llegó a mis manos, y las postales que empecé a coleccionar, más aún al leer el poema “Piedra negra sobre una piedra blanca”, escrito por el peruano César Vallejo que dice: “Me moriré en París con aguacero, / un día del cual tengo ya el recuerdo. / Me moriré en París -y no me corro- / tal vez un jueves, como es hoy, de otoño. / Jueves será, porque hoy, jueves, que proso / estos versos, los húmeros me he puesto / a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto, / con todo mi camino, a verme solo”.

La imagen de tristeza y desolación, aunada a la humedad se fue arraigando en mi mente juvenil, hasta que también descubrí que la vida nocturna de aquella ciudad y sus museos eran el polo opuesto, pues mucha gente hablaba sobre lo maravilloso de aquella lejana urbe y así poco a poco se me fue metiendo entre ceja y ceja que algún día tendría que conocer aquellos lugares a donde habían ido a morir lo mismo el general Porfirio Díaz, que el músico Jim Morrison y donde Napoleón fincó la grandeza de su imperio.

De San Luis Potosí se dice que es una ciudad colonial y que los majestuosos edificios que componen su centro histórico son la prueba contundente de ello, sin embargo, esto sólo es cierto en parte, pues si bien la ciudad tiene un largo historial relacionado con la época de la dominación española, la mayoría de las edificaciones coloniales han desaparecido y sólo las imponentes iglesias y dos de los edificios de la Universidad Autónoma confirman esto, mientras que los edificios y monumentos de mayor realce son totalmente afrancesados y éstos se construyeron durante el gobierno de Porfirio Díaz, quien después de haber combatido a los franceses se convirtió en un admirador de su arquitectura y comercio, a tal grado que durante su dictadura en todo el país se vio la influencia de la cultura gala. Y mientras que uno de mis maestros nos trataba de persuadir de que aquello que nos decía sobre el general Díaz era cierto, y que era fundamental entender aquella lección, yo continuaba jugando con el futbolito que había adaptado en la tapa del mesabanco, y donde justo en aquel instante se desarrollaba un imaginario encuentro entre la selección nacional contra el equipo de la Unión Soviética y Salvador “Chava” Reyes acababa de anotar un golazo a centro del “Chololo” Díaz, lo que me hizo dar un grito que se escuchó por todo el salón de clases e inexplicablemente incomodó al maestro que no entendió mi confusión entre el general y el “Chololo” que también llevaba el apellido Díaz, y terminé con toda mi humanidad en la dirección de la escuela, en donde de nada me sirvió prometer que aquello no volvería a suceder, y

mucho menos cuando quise componer todo y traté de repetir en absoluto desorden lo que yo había entendido de la clase, ya que fui a decir que los franceses nos colonizaron mientras que el general don Porfirio se había unido a los españoles para construir en Francia algunos monumentos y edificios de estilo mexicano. El regaño, reporte y sobre todo el cero obtenido aquella semana me orillaron a ir estudiando un poco de lo que era Francia y su influencia en México.

En la primavera de 1979 tuve por fin la oportunidad de viajar por vez primera al otro lado de los Pirineos, con dirección a la capital de la República Francesa, fue un viaje largamente planeado ya que coincidía con el periodo vacacional de la semana santa y por mucho tiempo el grupo de amigos que habíamos tomado la decisión de incursionar por aquellos lugares, nos habíamos estado reuniendo para intercambiar opiniones, buscar hospedaje barato y plantearnos el modo de comer al más bajo costo, en aquellos días en donde la Internet no era ni siquiera un sueño, la información salía de las bibliotecas, agencias de viaje y visita a la embajada gala en Madrid que era el lugar en donde estaba viviendo, amén de intercambiar opiniones con algunos compañeros de aula que ya habían tenido la oportunidad de efectuar el viaje.

A París se le conoce como la “ciudad luz” y de verdad su iluminación es maravillosa, no sólo la que de noche distingue a la torre Eiffel, o la de sus calles y cabarets en donde mis ojos se iluminaron con la belleza de sus mujeres, sino la luz del mundo que brota de un señorial palacio cuya historia data de hace ya ocho siglos de proyectos, de construcciones, de transformaciones y destrucciones. Durante todos estos siglos ha sido sucesivamente palacio real y sede del comité de Salud Pública, lugar festivo, prisión y por último museo. Este lugar fue construido bajo el reinado de Felipe Augusto, dando así inicio al desarrollo de la ciudad en la margen derecha del río Sena y de ahí en adelante la extensión de esta edificación irá a la par con el desarrollo de la ciudad.

He tenido la inmensa fortuna de estar en varias ocasiones en la “ciudad luz”, de permanecer en cada oportunidad por más de un día recorriendo las salas del museo del Louvre, me he quedado extasiado ante la historia de la humanidad que se conserva en ese mágico lugar, allí estoy seguro que se encendió la luz de mi pobre conocimiento, el día en que ingresé por vez primera aprovechando mi credencial de estudiante para no pagar, no podría precisar si fue frente al Código de Hammurabi, la Gioconda o algún otro de los tesoros que ahí permanecen esperando poder contarnos lo que ha pasado en este planeta.

Con los años me di cuenta de que valió la pena aquel castigo por haber confundido al “Chololo” Díaz con don Porfirio y la influencia francesa, el cero fue lo de menos, lo verdaderamente importante, fue que un día constaté que lo que el maestro nos dijo era cierto.

Lalo y yo tenemos mucho en común, no creemos a la primera, somos necios y tercos, hemos visitado en muchas ocasiones la dirección de la escuela en donde estudiamos, los reportes y castigos han formado parte de nuestra vida académica, tenemos atención dispersa e hiperactividad, ahora sólo espero que seamos coincidentes en poder aprender de los viajes y que así como a mí se me abrió el camino del pensamiento el día que encendí mi luz en el gran Louvre, él la pueda encender ahí o en otro lugar de la Francia.

Hijo, espero que tengas un buen y provechoso periodo de estudio y que vuelvas con tu luz encendida.

TOMEMOS LOS NUEVOS CAMINOS DE LA VIDA

*Que te quiero más que a nadie y más que nada
te lo he dicho con mis ojos centinelas,
te lo he dicho con mis manos que te celan,
te lo he dicho con mi lengua enamorada.
Que te quiero más que a cualquier otra cosa,
te lo he dicho con el sol y los cometas,
te lo he dicho con el viento y la veleta,
te lo he dicho con el agua luminosa.
Que te quiero, te quiero, mujer.
Te quiero, y no hay nada que hacer.*

-Luis Cernuda y Joan Manuel Serrat

Cuando empecé a devorar caminos y los zapatos se fueron gastando de manera desigual como consecuencia de mis pies planos y mi pisar chueco, fui sumando millas o kilómetros según el sistema de medición en que queramos estar situados, sin tener idea de quién en algún día o momento se me iba a unir alguien en la marcha, entonces sólo me preocupaba aprender a través de las aventuras y mis primeros compañeros de viaje fueron otros scouts y amigos a los que me unía la afición por devorar distancias y andar de “pata de perro”, en aquellos años lo más importante era tener una buena mochila a la espalda, una cachucha o sombrero que me librara de los embates de los rayos solares y un bordón que me ayudase a sostener el paso y apoyarme en lo más empinado y difícil del camino. El rumbo y las distancias no importaban siempre y cuando el camino nos llevase a encontrar nuevas vivencias y hermosos paisajes, jirones de historia y sudor en la frente. Hoy con más de cuarenta años de carga y camino auestas la visión de la aventura comienza a cambiar, ya no puede ser igual por muchas circunstancias, algunos se van conformando con tener recuerdos y han tirado por la borda las botas y mo-

chila; otros comienzan a pensar en que los años de aventura se terminan en la medida en que los hijos y responsabilidades van creciendo, mientras que yo pienso que ha llegado el momento de iniciar nuevas aventuras y andanzas, de ir tratando de encontrar nuevos caminos que andar y de sentarme de vez en cuando al calor del fuego si no de la fogata, sí de la cocina de casa para al lado de mi familia intercambiar experiencias, leer la correspondencia que nos habla de las andanzas de mis hijos y compartir a través de la experiencia propia y el intercambio epistolar lo que hoy ni mi esposa y yo no podemos ver directamente, pero que nuestros cachorros van viendo, oliendo y probando por el mundo.

Un buen día a finales de los años setenta mi vida dio un giro insospechado, cuando mis abuelos me acompañaron al aeropuerto internacional de la ciudad de México para despedirme, pues partía por vez primera a Europa con la finalidad de estudiar, aunque esa no era mi única pretensión, pues entre mi equipaje se encontraban mis arreos de excursionista y me fui con la intención de estudiar en las aulas, en los campos y calles, cuando me despidieron en la puerta de la sala de abordar me di cuenta de que las cosas cambiaban para siempre, ya no iba a estar a mi lado nadie que me ayudase a resolver los líos en que me metiera ni que me orientara de manera directa, y así me fui a recorrer el mundo, pero aquí en la muy noble y leal ciudad de San Luis Minas del Potosí se había quedado tendida un ancla que me mantenía unido al altiplano y que me hizo volver.

La conocí en el barrio de San Miguelito aunque ella es del barrio de San Sebastián de las Flores y desde el primer momento en que la vi, me di cuenta de que algún día se iba a convertir en mi compañera de aventuras y de hecho nuestro camino juntos se inició con excursiones y caminatas al campo, pero nunca pensamos que un día íbamos a llegar tan lejos, por algunos años le fui contando y enterando de mis andanzas a veces de manera directa y otras a través de postales y cartas,

mientras que ella me contaba de sus estudios y vida familiar por medio de cartas que leía y releía, pues en aquellos años nos encontrábamos muy lejos aún del correo electrónico y los hoy tan populares ciber cafés, sus cartas me acompañaron en los viajes por tren, aventón, camión y avión y cada vez que me sentía solo las volvía a leer y era como si escuchara su voz. Así es que un día que ya no pude más con la soledad y tomé la decisión de hablar y pedirle que fuese mi compañera de aventuras, que se fuese conmigo a recorrer caminos y encontrarle sentido a la vida, que nuestros horizontes estaban más allá de la Calzada de Guadalupe y el jardín de San Miguelito y que el mundo nos ofrecía la gran oportunidad de comérselo poco a poco.

Han pasado ya más de veinte años desde que iniciamos el gran viaje, Dios ha sido muy generoso con nosotros, formamos una familia unida y tenemos dos hijos que han ido creciendo con la misma sed de aventuras y deseo de conocer el mundo, los viajes por diferentes latitudes y longitudes han sido en la medida de lo posible en plan familiar y cuando esto no ha sido así, al regreso del viajero nos sentamos en la cocina de la casa para comentar de lo visto y lo vivido, para ver las fotografías y recuerdos, para leer las cartas y/o postales que hemos enviado, porque a pesar de los avances en el ámbito de la computación y de que se usa el correo electrónico y la Internet, éstos no son equiparables a la emoción que da la llegada del cartero, aunque muchas veces el viajero vuelva a casa antes de que llegue la correspondencia.

Estamos una vez más en el aeropuerto de la ciudad de México, en esta ocasión el viaje no es familiar, parte el menor de nuestros hijos y después de veinte años mi mujer y yo nos volvemos a quedar solos por un largo tiempo, seguramente no somos los únicos que estamos en esta situación, al lado nuestro entre abrazos y lágrimas otros jóvenes se despiden de sus padres, seguramente se van solos por vez primera a recorrer el mundo, algunos en plan de estudio, otros a pasear, pero allí

entre pasaportes, pases de abordar, lágrimas, abrazos, bendiciones y promesas de escribir al menos por el correo electrónico, vemos cómo se van cortando cordones umbilicales, cómo diferentes muchachos parten para empezar a formar sus propias vidas, se va repitiendo un ancestral procedimiento en el que los jóvenes se marchan para volver como hombres, algunos afortunados parten al extranjero a estudiar o pasear, otros lo harán viajando desde sus comunidades a la capital de su estado o a la del país para estudiar o trabajar, para otros el viaje es más difícil pues se irán para trabajar en otro país por la falta de oportunidades y el espejismo del dólar, pero como dijo Elton John en el tema del “rey león” es el círculo de la vida. A partir de aquella tarde en que mis abuelos me fueron a llevar al aeropuerto para cortarme el cordón umbilical, la historia se ha repetido con mis hijos, primero llevamos a José Ramón, luego a Bárbara que ha sido como una hija propia, y hoy a José Eduardo.

Me espera otra vez la Calzada de Guadalupe, las calles de mi barrio y mi ciudad, para iniciar un nuevo viaje, otra vez estamos solos Rosario y Ramón, es tiempo de desempolvar la mochila de excursión, la gorra o el sombrero, de que las botas de campo y los tenis estén listos, de que salgamos a compartir caminos y aventuras, de esperar correspondencia para leer y releer al calor del fuego del hogar, de escuchar música a bajo volumen, de tener la atención puesta en el silbato del cartero como en checar nuestro buzón electrónico cada mañana, es tiempo de tomar nuevos caminos en la vida y esperar el regreso.

*Que te quiero sobre todas las mujeres,
te lo he dicho con el pan de cada día,
te lo he dicho con el medio y la alegría,
con el tedio que nos mata y que nos muere.*
- Cernuda y Serrat

LOS PIRATAS DEL CARIBE

*Todos los piratas tienen
un temible bergantín,
con diez cañones por banda
y medio plano de un botín
que enterraron a la orilla
de una playa en las Antillas.
Todos los piratas tienen
un lorito que habla en francés,
al que relatan el glosario
de una historia que no es
la que cuentan del corsario.
Ni tampoco lo contrario.
Por un quitame esas pajas te pasan por la
quilla.
pero en el fondo son unos sentimentales
que se graban en la piel
a la reina del burdel
y se la llevan puesta a recorrer los mares.*

-Joan Manuel Serrat

Un día de hace ya más de treinta años o tal vez cuarenta, no estoy muy seguro, llegó papá a casa con un enorme cargamento de cajas en cuyo interior se encontraban muchos libros de diferente naturaleza, había todo tipo de novelas, cuentos, libros de historia y aventuras y una enciclopedia, que fue lo que menos me despertó el interés, tal vez porque la relacionaba con la escuela y las tareas, pero de entre aquellos libros que se fueron acomodando en los libreros, hubo uno que llamó especialmente mi atención, no sólo por su presentación que era muy atractiva, ni porque tenía imágenes que se iban intercalando con las páginas llenas de letras, sino porque su título era muy sugerente y me situaba ante la oportunidad de

conocer un poco más de los piratas que surcaban los mares y que había ido conociendo en el fascinante mundo del cine y en series de televisión, el título de aquel libro de aventuras era el de “La isla del tesoro” y verdaderamente se convirtió en un tesoro que leí y releí cuantas veces pude, después fui descubriendo que la obra de Robert Louis Stevenson no era la única que sobre los piratas se encontraba en aquella biblioteca y así poco a poco fui descubriendo las obras de Emilio Salgari y de otros autores que me ayudaban a llenar mis ratos de ocio en la búsqueda de aventuras por otras latitudes muy lejanas a las de mi barrio y escuela, creo que llegó un momento en que todas aquellas lecturas me fueron comiendo poco a poco el coco y llegué a creerme que todo lo que leía era verdad o al menos en una buena parte y no estaba tan errado pues al consultar con algunos de mis maestros, me contaron como efectivamente los tan temibles corsarios habían surcado los mares y se habían robado grandes tesoros que en algunos casos habían terminado en el fondo del mar o bien se habían quedado enterrados en algunos remotos lugares de las islas del Caribe, ya que si bien en todos los mares han existido piratas, en las costas del Mar Caribe su actividad fue mayor, sobre todo porque aquí atacaban a las naves españolas que llevaban los grandes tesoros de la Nueva España al viejo continente.

Con el paso de los años las lecturas relacionadas con bucaneros pasaron a un segundo término, pero los viejos libros permanecieron en los estantes esperando una segunda vuelta del lector o bien que alguien más se interesara en ellos, después algunos ejemplares fueron regalados, prestados o inexplicablemente se perdieron, sobre todo cuando mi hermana Isabel andaba urgida de algún dinero, fenómeno que en aquellos años resultaba inexplicable, pero que después acabé atribuyendo a un osado acto de piratería digno de barba azul o cualquier otro filibustero y es que la pandilla de amigos y amigas de mi hermana, verdaderamente podían ser comparados con los más temibles piratas, pues no conformes con fumar

como chacuacos, beber como cosacos y vestirse en unas fachas peores que las mías (que ya era mucho decir), siempre andaban al abordaje colándose a cuanta fiesta fuese posible y ayudándose entre ellos para seguir con sus ondas jipis.

Cada vez que tengo la oportunidad de sentarme en la playa o en un malecón y la vista se pierde en el horizonte, recuerdo aquella poesía que aprendí en la primaria y que recitaba cada vez que podía, y que después de muchos años mis hijos sin que yo los influyera acabaron declamando en los certámenes de la escuela, titulada “La canción del pirata” y que dice en una de sus partes; Con diez cañones por banda/ viento en popa a toda vela/ no surca el mar sino vuela un velero bergantín ..., y entonces de nueva cuenta surgen las imágenes de los corsarios que con su pata de palo, parche en el ojo y daga entre los dientes se lanzan al ataque de los navíos cargados de oro y la mente que se alocó en la infancia se vuelve a inquietar con la idea de buscar tesoros.

Un buen día sin darme cuenta y como consecuencia de mis fantasías me encontré camino a la Isla del Tesoro, fue algo no planeado, algo que surgió al calor de unos rones tomados dos días antes en el famoso bar “La Bodeguita del Medio” en pleno corazón de La Habana, cuando mis queridos amigos del Instituto Superior Politécnico José Antonio Echeverría de la República de Cuba, apoyados por Roberto Spandre, un incansable viajero y maestro italiano, tomaron la decisión de hacer realidad el sueño de un viejo cuarentón que se imaginaba que la Isla del Tesoro era ficticia y grande fue mi sorpresa cuando llegamos a la Isla de la Juventud en el Cayo Largo y entonces ahí sentados frente al mar me explicaron que los aborígenes la llamaron Camargo, Guanaja o Siguanea, que Colón la visitó y Diego Velázquez le puso el nombre de Santiago, ha sido llamada también Isla de las Cotorras e Isla de Pinos. Para los cubanos esta pequeña isla tiene un significado mayor que el de las historias de tesoros perdidos y planos de piratas que están ocultos en algún lugar de ese territorio y que prometen

inmensa riqueza a quien tenga la fortuna de encontrarlos y consecuentemente acceder a joyas así como doblones de oro y plata, ya que en este lugar José Martí encontró refugio en un momento decisivo de su vida y prestigiados intelectuales estuvieron prisioneros por exteriorizar sus opiniones e ideas, pero sin lugar a dudas el más famoso prisionero que ha pisado el presidio de la Isla de Pinos ha sido el comandante Fidel Castro, quien fue recluido en este sitio por haber encabezado el ataque al cuartel Moncada.

La última vez que estuve en Cuba, comentaba con mis amigos que efectivamente la visita que había tenido a la Isla del Tesoro, me permitió encontrar joyas importantes, doblones de oro y plata y que partía a México con un erario en mis bolsillos y maletas, hecho invaluable que compartiría siempre con ellos ya que me consideraba un miembro más de la tripulación de un velero bergantín, que cada uno de nosotros y el buen Roberto Spandre enamorado de Cuba y sus mujeres, éramos un poco o un mucho como Barba Negra y sus piratas, unidos por un mismo ideal, que el tesoro que me llevaba de aquella isla era el cariño y verdadero sentido de la amistad, pues aquel grupo encabezado por Pepe, Julio, Mayito, Roberto y Carlos no escatimó en sacrificar su tiempo y pesos por llevarme a cumplir un sueño que nació el día en que papá me regaló la Isla del Tesoro, hace más de treinta años.

En el aeropuerto José Martí de La Habana, espero el despegue del avión que me llevará de regreso a casa, en tanto enciendo mi walkman y escucho a Serrat que va cantando: “Todos los piratas tienen / atropellos que aclarar / deudas pendientes y asuntos / de los que es mejor no hablar. / Se beben la vida de un trago / y se ríen con descaro”.

¿EL MISERICORDIOSO?

Salam Rashid.

*Ya ni sabes cuánto hace
que caminas por las ciudades alquiladas.
Arrastrando,
la sensación de que en todas partes sobras.*

Te conocemos.

*Eres carne de subterráneo y de conquista,
la cuña justa para que
no se tambalee la mesa de la fiesta.*

*Hierves en el perol,
sueños del sur contra la incierta rabia
de morir a solas.*

Querías volar y Europa es una jaula.

Y vas perdiendo

*poco a poco recuerdos por las aceras
torpemente,*

pero te sientes vivo y esperas como las fieras.

-Joan Manuel Serrat

Acabamos de aterrizar en la pista aérea de Ciudad Valles, el calor es como siempre, poco más que espantoso y pareciera que nos estamos asando, nos reciben con la noticia de que se está desarrollando un ataque aéreo a los Estados Unidos de manera directa sobre su capital y también en la “gran manzana”, en esa ciudad a la que le cantó Frank Sinatra y casa de los Yanquis para muchos el más grande equipo de beisbol, en un principio no lo creemos y pensamos que es una broma o tal vez una nueva campaña publicitaria, sin embargo, al encender la radio de la camioneta en que nos trasladamos, nuestro asombro crece, lo que escuchamos supera en mucho a las películas de ciencia ficción y de los súper héroes que

encontramos en los cómics y las producciones de Hollywood, en donde un sólo hombre logra salvar a una nación y domina a los villanos, el resto del camino permanezco callado, mientras lo que escucho me va helando poco a poco, y dejo de sentir el abrasador calor de la huasteca potosina, las noticias siguen golpeando a mi sentido común, respiro pausadamente y mi mente empieza a entretejer recuerdos con realidades actuales y pronósticos futuros, ¿qué pasa, por qué actuamos así?

Al ir caminando por las viejas y estrechas calles de Córdoba en Andalucía, mis ojos se van llenando de maravillas, hasta mis oídos llega la música que escapa de algunos lugares y mi asombro no tiene límites cuando ingreso a la mezquita de Córdoba y admiro el mihrab (o lugar hacia donde se dirigen todas las oraciones) que constituye una de las partes más importantes de la ampliación realizada por el califa Al-Hakam II, quien solicitó al emperador bizantino Nicéforo Focas que le enviara materiales y artistas musivarios que fuesen capaces de llevar a cabo la decoración de las partes nobles de la mezquita. Al sentarme en un tipito jardín cordobés escucho el tranquilizante sonido del borboteo del agua y me pareciera ver a los niños cordobeses que sentados sobre cojines aprenden el Corán, mientras otros prueban los higos secos en tanto juegan al ajedrez. Más allá de los patios de aquella casa andaluza, en el pasado una próspera ciudad donde en completa calma se mezclaban diferentes ciudadanos que acudían a mezquitas, palacios, sinagogas, iglesias cristianas y tiendas se significaba como la capital del islam occidental, desde donde salieron los conocimientos de eruditos que pasaron a la atrasada Europa para ser la simiente del renacimiento. La mezquita de Córdoba fue construida en el lugar que ocupó un templo cristiano, situación que predijo su destino pues al concluir el dominio de los moros sobre los reinos de lo que hoy es España y haberse reconquistado la ciudad en 1236, se decidió construir una catedral dentro de los muros de la mezquita, tal vez para respetar el trabajo artístico o bien con la intención de plantear una afrenta simbólica.

Enciendo mi computadora para consultar el correo electrónico, quiero saber lo que mis hijos piensan sobre la masacre en la isla de Manhattan, que opinan sobre la respuesta que darán los Estados Unidos, la descarga de correo es lenta en una sola entrada he recibido 27 comunicados de varias partes del mundo, tanto mis hijos como mis amigos me han escrito cada uno tiene una visión diferente, pero muchos puntos en común, Bárbara desde Austria me dice que tiene miedo, que el frío ya ha empezado, pero es mayor el frío de un posible conflicto, que vuelve a clases en la universidad con la angustia de no saber qué pasará, que lo sucedido es el preámbulo de una nueva guerra. José Ramón desde Monterrey ha escrito un largo ensayo que me llama a la reflexión me habla sobre las culturas en choque y la política del imperio yanqui, de la reacción de sus compañeros de residencia estudiantil, de la lluvia que ha azotado a la capital de Nuevo León y con su permiso le transcribo lo siguiente:

“Lo que Godzilla no pudo hacer, lo que la guerra de los mundos no destruyó, lo que el cometa de Armagedón o Impacto profundo no lograron, se hizo posible gracias a la irracionalidad, al odio y la irresponsabilidad. Sigue lloviendo, me he mojado los tenis, pero miles de norteamericanos y ciudadanos de distintas naciones del mundo no volverán a ver la lluvia de la que nos quejábamos a las siete de la mañana, cuando empapados llegamos a la escuela”. Lalo me escribe desde Francia está enojado, consternado, y se pregunta ¿por qué? En el barrio en donde está viviendo hay emigrantes y algunos son de origen árabe, juegan en las calles y parques, algunos son sus compañeros en el equipo de rugby, van a la escuela y hoy muchos los empiezan a ver con desconfianza, ¿por qué han actuado así?, si el culpable es Osama Bin Laden, pues que vayan por él y sus secuaces pero que dejen en paz a los demás, se preguntan muchas cosas y dice no encontrar explicación a lo que ha visto en la televisión, tiene miedo de que se desate otra guerra. Los tres coinciden en pedirnos que estemos uni-

dos, que nos quieren ver, que recemos por las víctimas y la paz, pero los tres también reconocen que hoy hay vientos de guerra y los tambores llaman a combate.

Cuando camina uno por Medina Azhara, asiento de uno de los palacios más grandes del mundo en el año 1000 construido por el califa de Córdoba, escucha aún los pasos de aquella turba procedente de Córdoba que acompañada de mercenarios beréberes demolió el palacio alrededor del año 1010 y a partir de ahí vino una gran mortandad que concluyó con el abandono de Medina Azhara.

Un día el poeta andaluz Federico García Lorca, escribió; “Jaca negra, luna grande/ y aceitunas en mi alforja. / Aunque sepa los caminos,/ yo nunca llegaré a Córdoba”. Señalando de esta manera que la llamada en la antigüedad “la madre de las ciudades” se ha quedado como algo inalcanzable, tal vez ahora será conveniente declamar el mismo verso para referirnos a la ciudad de Nueva York, la llamada “gran manzana” punto de convergencia de los caminos del mundo moderno, moderna torre de Babel, amalgama de razas y culturas, en donde los embotellamientos de tránsito se han vuelto arte, crisol de la emigración, puerto en donde ahora podemos ver a la estatua de la libertad por cuyas mejillas escurren lágrimas de dolor, por lo que ha sucedido y lo que vendrá como consecuencia.

Nueva York, como Medina Azhara, como Córdoba y muchas otras ciudades conocen ya la furia de los fanáticos religiosos que quieren escudarse en el Islam y el Corán para mostrar su odio y su mayúscula estupidez, hace siglos fueron los mercenarios beréberes, hoy los fanáticos talibanes, que en el supuesto nombre de su Dios son fanáticos asesinos como lo hemos sido también los católicos, los protestantes, los judíos, etc., en fin, todas las religiones han venido aportando a lo largo de la historia de la humanidad su cuota de odio y fanatismo, pero ya es tiempo de estar en paz.

Hablo un idioma que está salpicado de palabras de origen árabe, como almohada, aljibe, alcázar, Guadalajara, entre mi-

les y miles más, me gustan las aceitunas y el aceite de oliva, he estudiado álgebra y geometría, legado de la cultura mora y uso como millones de gente de habla hispana la palabra OJA-LÁ, que viene del árabe y significa quiera Dios. Y hoy como otros muchos hombres en todo el planeta, le pido a Jesús, Buda, Alá o a quien usted quiera que pronto se calme este odio.

VIAJAR ES QUERER. REGRESAR, se terminó de imprimir en agosto de 2023 en los talleres gráficos de la Editorial Universitaria Potosina de la U.A.P. En su composición se utilizaron las tipografías Arial y American Typewriter. El tiraje fue de 1,500 ejemplares.





Ramón Ortiz Aguirre

Nació en el Centro Histórico de la muy noble y leal ciudad de San Luis Minas del Potosí hacia finales del otoño y principios del invierno de 1955, sus primeros años transcurrieron en aquella zona en donde fue descubriendo los misterios que encerraban las calles, plazas y casonas de la vieja ciudad.

Comenzó a estudiar en el Jardín de Niños de la maestra Guadalupe Torre que se ubicaba en la Acción Católica, de allí paso a estudiar en el Colegio Salesiano, en donde descubrió por medio de un concurso que tenía ciertas habilidades para contar y escribir historias y desde entonces no ha dejado de hacerlo.

Un día su padre les informo que se cambiaban de casa, que dejaban el centro y los barrios para irse a la “Lejana” Colonia Industrial Aviación, en un principio se preocupo porque le quedaban lejos los campos de beisbol de la liga pequeña, el local de los Boy Scouts y su colegio, pero tenia una bicicleta que le permitió recorrer calles, avenidas y terrenos y las distancias se acortaron, y un día regreso al centro cuando llegó a estudiar a la secundaria Dr. Jaime Torres Bodet.

Estudio Geología en la hoy Facultad de Ingeniería de la UASLP, más tarde agarró sus maletas y se fue a Madrid a estudiar Hidrología en el Centro de Estudios Hidrográficos, regreso a México y años más tarde volvió a tomar su equipaje para irse a las montañas Rocallosas para estudiar en Colorado School of Mines, regreso y se puso a estudiar ingeniería urbana en su alma mater.

Ha sido catedrático en la Facultad de Ingeniería de la UASLP, fue jefe de la División de Difusión Cultural de su alma mater, ganador del Premio en Ciencias Francisco Estrada que otorga el gobierno del estado, recibió la Luna del Auditorio Nacional y está es la segunda ocasión que gana el Premio Arena al que convoca la UAPA.

Ha publicado varios libros, pintado 4 murales, recorrido cuatro continentes, practicado la marcha olímpica, el béisbol, softbol, futbol y natación.

Esta casado con Charis Castillo, es padre de Joserra y Lalo y un perro llamado Oreo.

ISBN-13: 978-607-535-343-2



9 786075 353432